

LORD BADMINGTON

Manual nacional de cortesía sexual

**EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES**

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.
1995, Editorial Sudamericana S.A.
Humberto 1° 531. Buenos Aires

ISBN 950-07-1097-B
Escaneado y corregido por Chicabyte

INDICE

BREVE AUTOBIOGRAFIA DEL AUTOR.....	Pag. 3
INTRODUCCION (<i>a este libro</i>).....	Pag. 6
1. ¿QUIEN, YO?.....	Pag. 9
2. ETIQUETA DE LA TOQUETA.....	Pag. 12
3. ELOGIOS Y ALABANZAS PREVIOS.....	Pag. 16
4. ELOGIOS Y ALABANZAS PARA DESPUÉS.....	Pag. 20
5. ¿SUBIS A TOMAR UN CAFECITO?.....	Pag. 24
6. DON DE LENGUAS.....	Pag. 27
7. FALTAS GRAVES DE CORTESIA ANTES, DURANTE Y DESPUES.....	Pag. 31
8. UN CABALLERO EN DIFICULTADES: COMO CONDUCIRSE CUANDO PEPE NO QUIERE.....	Pag. 34
9. MANIFESTACIONES DE PASION POR ESCRITO.....	Pag. 37
10. PRACTICA Y TEORIA DEL FORRO	Pag. 40
11. COMO CONTARSELO A LOS AMIGOS (Y ESCUCHAR SUS CONFIDENCIAS).....	Pag. 44
12. PROTOCOLO DEL TELO	Pag. 47
13. COMO ORGANIZAR UNA ORGIA ELEGANTE.....	Pag. 51
14. DESVESTIR Y DESVESTIRSE CON GRACIA Y REFINAMIENTO.....	Pag. 54
15. MODELOS NACIONALES DE MODALES SEXUALES.....	Pag. 59
16. LA PROBLEMÁTICA CORTESIA DE LA MAÑANA SIGUIENTE.....	Pag. 61
17. COMO DECIR CLARA Y CORTESMENTE QUE NO.....	Pag. 64
18. GAFFES SEXUALES: COMO DISIMULARLAS.....	Pag. 67
19. CONSULTORIO PROTOCOLAR.....	Pag. 70
20. INTRODUCCION (AL ARTE DEL VERBO EROTICO).....	Pag. 77

Breve autobiografía del autor

Si su Majestad, la reina Isabel de Inglaterra, hubiese tenido más visión de futuro, yo no estaría habitando estas magníficas tierras y el príncipe Carlos jamás habría manifestado a través de un teléfono intervenido sus deseos de convertirse en el tampón de su amante. Una de las primeras reglas de Cortesía Sexual indica que los comentarios eróticos de mal gusto sólo deben realizarse desde teléfonos públicos.

A veces pienso en todos los peligros que podría haberle evitado a la Corona Británica, con sólo darles unas cuantas lecciones de protocolo erótico a esos desorientados príncipes. Lamentablemente la Reina no aceptó en su momento mi generoso ofrecimiento. Creyó que sus hijos sabrían cómo comportarse de una forma natural, y los resultados están a la vista. En lugar de la completa indiferencia sexual que la Reina esperaba de ellos, los vástagos de la Corona han demostrado un gran interés en la materia junto con una deprimente ignorancia de las más elementales reglas de cortesía.

Mi vocación por la enseñanza de tan sutil materia se despertó en mí siendo aún muy joven. Nací en Badmington Hall, el pequeño castillo del linaje de los Badmington en el condado de Essex, Inglaterra. Mis padres me impusieron una educación muy severa en la que cada uno de mis actos estaba determinado por el protocolo.

Lejos de sentir, como otros niños de la aristocracia actual, que ese tipo de educación me resultaba represiva, a edad muy temprana comprendí la esencia y el espíritu de las reglas aparentemente arbitrarias que estaba aprendiendo. La cortesía sirve a dos fines: por una parte, se trata de obtener el aplomo y la tranquila seguridad con que se desempeña quien la conoce a fondo. Pero también y sobre todo, está pensada para brindar placer y alegría a las personas con quienes se trata.

Encantado por haber comprendido al fin lo que se esperaba de mí, casi niño aún empecé a sentir, como ya lo dije, que se despertaba mi vocación docente. Se despertaba y a veces me despertaba a mí. Después de volverla a dormir, di entonces en reflexionar por las noches entre las sábanas húmedas: ¿por qué privar a quienes no habían tenido la fortuna de nacer en una casa aristocrática de los beneficios de una buena educación?

Así, estaba una tarde enseñándole a la hija de nuestro guardaparques, de mi misma edad, la manera más elegante de pelar una banana cuando no se dispone de cuchillo y tenedor. Estábamos profundamente entretenidos en nuestra lección, cuando fuimos sorprendidos por mi institutriz alemana, que se quedó extasiada al comprobar lo exquisito de mis modales y me solicitó inmediatamente la posibilidad de tomar, a su vez, algunas lecciones privadas.

Pronto nuestra gobernanta sueca y la doncella francesa de mi madre quisieron aprender también. A continuación se inscribieron en mi improvisado curso dos de las cocineras italianas, tres mucamas de comedor de origen bretón, la señora del guardaparques, dos Damas de Honor de la Reina (amigas de mi madre) y un grupo de turistas norteamericanas que visitaba el castillo.

Dudaba ya de mis posibilidades de satisfacer las ansias de todas estas personas por obtener una correcta educación, cuando, atusándose el profuso bigote que brotaba de su verruga, me exigió un turno de clases la anciana ama de llaves de la mansión.

Esta experiencia fue muy importante para mí, porque me abrió nuevos horizontes. Después de algunos intentos fracasados, comprendí que me sería imposible impartir clases prácticas e individuales a todas y cada una de las personas que lo solicitaran. Y me decidí a formar grupos teóricos con las señoras de cierta edad y algunos caballeros que, informados acerca de mi notable material didáctico (ecológico, en tanto provisto por la naturaleza, y tan importante como mi vocación docente), estaban comenzando a hacerme proposiciones.

Contaba en mi familia con una persona extremadamente experta en cuestiones de conducta social. Mi tía, la bella Jane Paddle-Badmington, era famosa en todo el reino por su extremada cortesía en cualquier circunstancia. Era perfectamente capaz de atender a un caballero por debajo de la mesa mientras atendía, por arriba, la encantadora conversación de su mujer, sin por eso dejar de atender al resto de los invitados.

Se contaba de ella que, habiendo vuelto sorpresivamente a las cinco de la tarde de un breve viaje a Londres, encontró a su marido entretenido en su propio lecho con el mayordomo de la mansión, el encargado de la perrera y su fox terrier favorito. Lejos de alterarse, con semblante sonriente y modales impecables, la exquisita dama procedió a servirles el five o'clock tea y luego los atravesó a los tres con el atizador de la chimenea.

Si se decidió a conservar el fox terrier, me confesó un día en privado, fue sólo en razón de su excelente entrenamiento.

Como cualquier docente lo sabe, se aprende también de los alumnos. Yo era todavía un tímido adolescente cuando enseñaba y aprendía de hombres y mujeres de toda Europa que asistían a mis cursos. Estas lecciones pronto se convirtieron en el principal sostén de la Casa Badmington.

En efecto, mi pobre padre, jugador empedernido, había perdido toda la fortuna de nuestro linaje apostando a ver quién llegaba más lejos, con un representante de la casa Tudor al que prefiero no mencionar. Investigaciones posteriores me demostraron que el maldito Tudor había hecho trampa con un pequeño adminículo a motor que ocultaba en un bolsillo interno.

A pesar del enorme éxito de mis lecciones, los impuestos a la propiedad nos acosaban y nos vimos obligados a vender el castillo de los Badmington. Ése fue un golpe terrible para mí, no sólo en el aspecto sentimental. En efecto, junto a la sala de esgrima había un amplio salón que yo había hecho equipar adecuadamente con unas ocho camas de buen tamaño, donde impartía mis clases teórico-prácticas de cortesía.

Fue en esa época cuando le propuse a la Reina de Inglaterra encargarme como preceptor de los buenos modales sexuales de sus hijos. Y se produjo el ofensivo rechazo que me obligó a emigrar. Decidí instalarme en este lejano país, donde contaba con algunas amistades.

Las reglas de cortesía no son naturales ni biológicas, sino sociales. Por lo tanto, en el primer año de mi estancia en Argentina me di a estudiar las características propias de la cultura erótica nacional para adecuar mis lecciones básicas a las necesidades particulares de esta sociedad.

Así, creo estar hoy en condiciones de ofrecer un completo manual de instrucciones acerca de cómo debe comportarse un varón o una mujer argentinos para ser considerados personas refinadas y extremadamente apreciadas en la cama propia y ajena. Al punto de que mis alumnos apenas pueden cumplir con las múltiples invitaciones que reciben en función de su extremada gentileza.

Como todos los pioneros, he tenido y tengo enemigos. Unos me acusan de haber dado lecciones en privado a Sarah Ferguson, la esposa del príncipe Andrés. Otros aseguran que Madonna habría tomado clases conmigo.

Y muchos insisten ridículamente en que Lorena y John Bobbit fueron mis alumnos. Es importante aclarar que siempre insisto en recordar a mis alumnas que cortar el órgano sexual de sus maridos es una muestra de pésimos modales. De todos modos, si están definitivamente decididas a hacerlo, al menos sabrán empuñarlo correctamente sin levantar el meñique.

INTRODUCCION

(a este libro)

Mis profundos estudios y observaciones en esta materia, me han demostrado que no hay ninguna conducta humana en la que hombres y mujeres se sientan tan inseguros de estar haciendo lo correcto como en la actividad sexual.

.Aprendemos a comer de acuerdo a las reglas de nuestra cultura, mirando cómo lo hace la gente que nos rodea. El ejemplo de nuestros mayores nos enseña la forma correcta y educada de manejar cuchillo y tenedor. Nuestros modales en la mesa pueden refinarse con la lectura de obras adecuadas, con el roce mundano o incluso asistiendo a cursos al efecto.

Aun en materias desagradables, como la cuestión de las excreciones y secreciones corporales (caca, pis, mocos, saliva, estornudos, etc.), se nos guía desde muy niños para que incorporemos los hábitos que nuestro entorno considera correctos.

Todos sabemos que en nuestra cultura dejar escapar gases pestilentes en un banquete no resulta refinado ni agradable para el resto de los comensales. Todos sabemos también resolver la situación frunciendo delicadamente la nariz y mirando por el rabillo del ojo, como si disimuláramos nuestro desagrado, a la señora gordita que tenemos al lado.

De la misma manera, todos hemos aprendido que sacarse mocos de la nariz y pegarlos debajo de la mesa es una costumbre difundida pero poco apreciada, que es preferible realizar en estricta privacidad, o, si se realiza en un lugar público, con gran disimulo. Exactamente la misma regla debe aplicarse a los chicles masticados, Que sucede de todas maneras es una verdad incontestable. Si usted tiene dudas, fíjese debajo de la mesa.

La privacidad y el disimulo son las únicas reglas sociales que nuestros mayores nos inculcan con respecto a nuestra conducta sexual. Y no es suficiente.

Porque hay muchas otras dudas cuyas respuestas no solemos encontrar en los libros dedicados a la educación social. Por ejemplo:

- ¿Quién nos enseña la forma más educada de empuñar en público otras herramientas no menos útiles que un tenedor, algunas de las cuales nos ha provisto la naturaleza?
- ¿En qué curso explican a un caballero con qué dedo resulta más refinado satisfacer los deseos de la señora del Embajador?
- ¿Qué libro de texto le explica a una dama cómo rechazar cortésmente el sexo anal con el jefe de su marido?

Los temas son infinitos y están en relación con las situaciones específicas en que se encuentre cada persona. Es posible establecer algunas reglas generales que lo ayudarán a comportarse adecuadamente en el campo de batalla. Pero, naturalmente, usted tendrá sus propios problemas personales.

Por ejemplo, vean ustedes esta situación tan específica que me plantea un caballero preocupado por comportarse cortésmente. En la mesa no es correcto mantener el meñique levantado para sostener la copa. Al contrario, todos los dedos deben sostenerla simultáneamente. Pero en la cama, un caballero corto de vista ¿puede mantener educadamente un

dedo (de preferencia el anular) fuera de juego por si lo necesita seco y limpio para acomodarse los lentes de contacto? (Ésta y otras preguntas puntuales y específicas aparecen respondidas en este libro en la sección "Consultorio protocolar - Qué, cómo, dónde y cuándo, por qué, para qué y socorro").

Puedo asegurar sin temor a equivocarme que en materia sexual, como en todas las demás, prácticamente nada está prohibido por las reglas de la buena educación. Simplemente, hay un momento y un lugar adecuados para cada manifestación y sólo se trata de conocerlos y respetarlos.

En ese sentido es necesario dejar de lado ciertos prejuicios. Cuando proviene de una señora, la pintoresca expresión "Apoyame la garlopa, negro", por ejemplo, puede resultar muy adecuada para hacer sentir cómodo al Agregado Cultural de Francia. Y en cambio resultará quizás inconveniente para seducir al mucamo de comedor, que podría sentirlo como una alusión a su diferencia de posición social.

Precisamente aquellas personas más encumbradas son las que deben cuidar con máxima consideración los sentimientos de quienes están en inferior posición. Si usted se encuentra circunstancialmente arriba, señora, no le recomiendo aprovechar la comodidad de la postura erguida para realizar otras tareas. Tejer una bufanda, o depilarse las cejas mientras su compañero se afana debajo suyo son conductas que evidencian una gran falta de cortesía.

Las necesidades de la vida moderna han producido grandes cambios en los modales. Con la libertad sexual y el problema del SIDA, nuevas dudas se agregan a las de siempre. ¿Quién de los dos debe sacar primero el preservativo en una primera cita? ¿Es correcto que una dama lleve siempre un forro en la cartera? ¿Es correcto que lleve diecisiete preservativos de diferentes marcas, formas y tamaños, y proceda a probarlos todos hasta encontrar el que mejor se adecua a las características de su compañero?

Espero que la atenta lectura de este libro ayude a sus lectores a resolver todas estas cuestiones y muchas otras. Pero si a pesar de todo usted siente que ninguna de mis instrucciones generales han sido útiles para resolver su problema personal, puede usted escribirme y con seguridad encontraremos la solución más elegante.

Un caballero me interroga, por ejemplo, sobre la siguiente duda: habiendo penetrado a su compañera de juegos, siguió profundizando hasta llegar a encontrarse en su interior, y allí se cruzó con un proverbial bombero que había perdido su moto y el camino de salida. El hombre era, evidentemente, su rival. ¿Cómo correspondía saludarlo en tan extraña circunstancia? En ese caso aun las más estrictas reglas de protocolo aceptan que un simple movimiento de cabeza indicando el lugar por donde se ha entrado es más que suficiente. De paso, recuerde a Teseo, el único caballero que logró penetrar en el Laberinto sin perderse, y pídale a su Ariadna que le dé un hilito para atar a la entrada.

En cuanto a la peculiaridad nacional, es importante tomarla en cuenta. Un antecedente de este libro es cierto Manual de etiqueta sexual, escrito en Estados Unidos, cuyo autor es Tom Carey. Ese libro que no ha tenido bastante difusión en nuestro medio, precisamente por las grandes diferencias culturales entre latinos y anglosajones. Que yo mismo he comprobado y aun sufrido en este país, considerando que mis años de formación acontecieron en Inglaterra.

El concepto básico que los norteamericanos tendrían en relación con el sexo, a juzgar por el éxito local de ese manual, es el de un acto levemente repugnante, del que las personas educadas se arrepienten inmediatamente después. Se recomienda constantemente la ingestión de alcohol antes y durante, para ayudar a los participantes a dejar de lado cierto

"natural" rechazo a una actividad que puede causar fascinación y náuseas al mismo tiempo. Al parecer, para un típico marido estadounidense, una fantástica noche de amor conyugal empieza con un partido de bowling, dos bolsas grandes de papas fritas y dieciocho cervezas.

En cambio he observado que entre los latinos el alcohol no está necesariamente asociado al buen sexo, al contrario, en muchas ocasiones lo reemplaza. De hecho, así como hay Alcohólicos Anónimos, se están difundiendo en los últimos tiempos grupos de autoayuda para amantes compulsivos. Eso no significa que los participantes no tomen sus buenas copas. En muchos casos sí lo hacen, pero solamente para agregar un elemento festivo, y no porque les resulte imprescindible embotar sus sentidos para no enterarse del acto desagradable y resbaloso que están a punto de cometer.

Los argentinos/as, tal vez por la proverbial mezcla de razas, no sólo están bien dotados por la biología para realizar estas funciones, sino que han desarrollado una interesante cultura de la Trampa, propia de la región y con pocos antecedentes en el mundo (en algunos países tropicales sí los hay), que en las grandes ciudades se manifiesta, por ejemplo, en la proliferación de prácticos y útiles Albergues Transitorios. Aunque en un país donde hay una constante y nunca superada crisis de vivienda, los Telos no sólo sirven a los tramposos sino a deseosos de toda especie, incluyendo solteros que viven con sus padres, con sus hijos, con sus tíos o con su oso panda.

Lo importante es que, en lugar de verse obligado/a a manejar hasta un motel en las afueras de la ciudad, usted cuenta aquí con un agradable hotel por horas a la vuelta de su oficina, de la oficina de su amante o de su novia, en la cuadra de su casa, al lado de la escuela de los chicos, en la esquina del lavadero automático, enfrente del templo de cualquier religión que practique. Y en fin, en tantos y tan cómodos lugares que usted encontrará siempre un sitio adecuado donde practicar las sencillas reglas de cortesía que pretendo impartir a través de este Manual.

¿QUIEN, YO?

O cómo interpretar correctamente el lenguaje gestual

Para que nunca más se equivoque: un listado de los gestos nacionales que reemplazan la propuesta verbal.

¿Qué cuernos habrá querido decir? Este complejo problema de interpretación tiene dos etapas: el levante y la concreción del hecho. En las dos suelen presentarse dificultades de distinto tipo para aquellos que no son expertos en descifrar ciertos códigos eróticos no verbales. Es decir, para todo el mundo.

En la etapa del levante, se trata de interpretar correctamente el lenguaje gestual necesario para llegar a la cama.

Pero, si hemos logrado superar esa primera etapa, hay que saber que tampoco es fácil entenderse en la cama misma, donde es frecuente que las partes (sobre todo las partes femeninas) no verbalicen claramente sus deseos o fantasías. En este caso suele suceder que los silenciosos/as se expresen con gestos con la pretensión de que su pareja los entienda perfectamente sin hablar.

Si ése es su caso, no se queje si su compañero/a de juegos se pone a ejecutar la danza de los siete velos con las toallas del telo cuando todo lo que usted quería era algo tan simple como que le hicieran cosquillas en la ingle izquierda con el vértice de un diskette de computadora, o que le dibujaran un pavo real de la India con lápiz labial y sombra de párpados en una de las nalgas. Hay deseos complejos que es preferible expresar con la palabra.

Claro que para llegar a esta agradable situación, hay que pasar por el difícil momento del cortejo previo, en el que resulta cada vez más difícil darse cuenta de lo que le pasa al otro a través del lenguaje gestual.

En efecto, los gestos claramente codificados de otras épocas, en las que una mirada de Ella era una invitación al cabezazo de Él y un cabezazo en la pista de baile era señal clara de que Él invitaba a bailar, esa época de los gestos definidos y claros ha terminado. Hoy el lenguaje gestual de la discoteca sigue siendo bastante claro para quienes lo practican todos los fines de semana y están al tanto de sus modificaciones, pero en cambio... ¿cómo saber cuándo Ella está lista para Algo más?, ¿cómo estar segura de que Él está proponiendo Eso? Se supone que hemos atravesado la revolución sexual, se supone que nunca hubo una Restauración de la represión, se supone que todo el mundo practica alegremente el sexo, unos con otros. Y entonces, ¿por qué a nosotros no nos toca más seguido?

El tema de *cómo saber* se ha vuelto especialmente confuso en el caso de los caballeros, que, si escuchamos las quejas más actuales de las damas, son capaces de alentar las fantasías de Ellas sin estar dispuestos a cumplirlas como nunca antes en la historia de la humanidad.

Algunas señoras comentan indignadas que ya ni siquiera el hecho de que un señor haya extraído del corpiño el seno de una dama y proceda a frotar el pezón humedecido con saliva puede ser considerado como una clara invitación a acostarse juntos. Él podría estar ensayando simplemente ciertas habilidades técnicas que en realidad piensa utilizar con el señor que vino a hacer el service del lavarropas. Y aun con el lavarropas mismo. (Bueno, hay lavarropas que... quiero decir... los de tambor horizontal y todo eso, ¿no?)

Cuando el lenguaje gestual del caballero resulta poco claro, es hora, señoras, de entenderse directamente con su pequeño amigo. Él es mucho más franco, sabrán claramente si quiere o no quiere y nunca las engañará.

De todos modos y para ambos sexos, el sencillo ejercicio que propongo a continuación puede ayudarlos a practicar el desciframiento de ese código misterioso: los gestos del amor. Entérese de una vez por todas qué quiso decir cuando...

- Han estado bailando. Verano. Jardín. Solos. Se miran. Ella se pasa la lengua por los labios. Eso significa que...
 - a) Se olvidó la manteca de cacao.
 - b) Tiene un afta en la punta de la lengua.
 - c) Quiere que usted le traiga más champán.
 - e) Le duele la cabeza.

- Él la siguió con el auto siete cuadras diciéndole piropos. Cuando usted se da vuelta, le guiña un ojo. Eso significa que...
 - a) Le entró una basurita o tiene un orzuelo.
 - b) Sufre un tic nervioso.
 - c) Está tratando de seducir a un parquímetro.
 - d) Tiene el as de bastos.

- Él o ella están en la otra punta del salón pero miran fijamente en dirección a usted haciendo el gesto de tirar un beso. Eso significa que...
 - a) Quiere una pajita para su bebida.
 - b) Tiene el dos de oros.
 - c) Está buscando un cigarrillo rubio.
 - d) Practica gimnasia facial para reducir la papada.

De acuerdo a los datos que me proveen mis informantes pampeanos, parece ser que todos los argentinos estaban convencidos en su infancia de que cuando un varón tomaba la mano de una mujer y le acariciaba la palma con el dedo mayor en un suave movimiento de rascado ésa era una definitiva invitación a la cama. Al crecer se enteraron de que no era tan sencillo. Quiero decir, llegar a tener la palma de ella en posición de ser rascada.

Nadie duda de la comprensión y claridad de ciertos gestos tan antiguos como hacer un círculo con el índice y el pulgar de una mano y atravesarlo con el índice de la otra, o meter y sacar un dedo debajo de la mano apoyada sobre la mesa, o bien el gesto nacional de "tu mamá lava la ropa". Sin embargo ninguno de esos ademanes se consideran de buen gusto en una persona adulta y quien desee dar muestras de urbanidad debería evitarlos.

En la edad adulta, lamentablemente, es necesario considerar matices y sutilezas. Pensar que hubo un momento de nuestras vidas en que todo era tan claro que no teníamos más que chillar bien fuerte para que nos metieran el pezón en la boca. Pruebe a chillar ahora con esa intensidad delante de su amada y probablemente todo lo que consiga sea un pase gratis para una clínica psiquiátrica.

De todos modos y para que no vuelva a darse usted, dama o caballero, ese maldito porrazo siempre en el mismo lugar, producto de tirarse a la pileta sin agua, aquí le propongo un breve ejercicio que lo ayudará a practicar la traducción del lenguaje sin palabras. Se trata de

adivinar de acuerdo a sus gestos si Ella o Él quieren o no quieren. Póngase hielo en el chichón de la frente, marque la respuesta correcta y déle nomás para adelante:

Ejemplo 1: Cómo interpretar el lenguaje gestual de una dama

- Están en un café. Ella está en otra mesa. Usted la mira fijamente. Ella le sonríe. Eso significa:
 - a) Ella quiere filmar una película pornográfica con usted y un par de amiguitas.
 - b) Ella es su prima Eleonora, la que se hace una cirugía plástica dos veces por año.
 - c) Ella se acaba de hacer carísimos y dolorosos implantes bucales y está dispuesta a lucir su sonrisa con o sin excusa.
 - d) Ella quiere tomar un café con usted y comenzar una relación.
 - e) Ella es una vendedora de enciclopedias y lo que quiere comenzar es una relación comercial.

Ejemplo 2: Cómo interpretar el lenguaje gestual de un caballero

- Están en un café. Él está en otra mesa. La mira fijamente. Usted le sonríe. Él se levanta y va hacia su mesa:
 - a) Él siente que se le ha despertado un irrefrenable impulso amoroso por usted que sólo podrá saciar después de 24 orgasmos (de usted).
 - b) Él es ese señor que le prestó plata hace tanto que usted ya no se acordaba ni de la cara.
 - c) Él quiere tomar un café con usted, comer un sándwich tostado con usted y tomarse un par de whiskies con usted o con cualquier otra persona y no tiene con qué pagarlos.
 - d) Él siente que se le ha despertado un irrefrenable impulso amoroso por la señorita que está en la mesa detrás de la suya.
 - e) Él también es un vendedor de enciclopedias.

Este caso parece triste e insoluble, pero no es así. Lo ideal sería que pudieran reunirse el caballero del ejemplo No. 1 con la dama del ejemplo No. 2 y dejar que los dos vendedores de enciclopedias se las arreglen entre ellos.

El problema es que generalmente los dos que sí quieren tienen muy mala opinión uno del otro, sobre todo si son muy jóvenes. El tiempo enseña a resignarse.

ETIQUETA DE LA TOQUETA

La aproximación física gradual en una primera cita: por dónde empezar y cómo seguir.

En esta cuestión es importante diferenciar lo que corresponde en verdad al protocolo de lo que, simplemente, resulta más efectivo. Manotearle la bragueta a un macho de las pampas puede ser absolutamente efectivo si se trata de ponerlo en funcionamiento (si no es de las pampas, probablemente pase lo mismo). Pero no queda nada fino. Empezar la aproximación metiendo directamente la mano en las profundidades de la selva de una dama no sólo no queda nada fino sino que tampoco es efectivo para obtener el efecto deseado.

Por supuesto, se trata de establecer cuáles son las reglas de etiqueta que definen el timing de la toqueta en una primera cita entre desconocidos. En encuentros sucesivos la pareja ya se habrá puesto tácitamente de acuerdo acerca de una serie de cuestiones protocolares y de las otras, de modo que ya no necesitarán este tipo de consejos. O bien no se habrán puesto de acuerdo en absoluto, en cuyo caso no volverán a encontrarse y tampoco necesitarán consejos.

¿Por dónde empezar? Ésta es una de las preguntas que con más frecuencia me hacen mis alumnos de los cinco continentes. Encabeza mi lista de FAQ (Frequently Asked Questions). Bien. Esta pregunta tiene varias respuestas según la situación y también según la haya formulado un caballero o una dama. La principal regla de cortesía indica que la dama debe dejar precedencia al caballero, al menos en cuanto a las apariencias exteriores. El varón puede sentirse halagado pero excesivamente sorprendido (y en algunos casos hasta molesto) si es ella la que empieza directamente con la toqueta.

Sin embargo, no todo les está prohibido a las damas. Mientras que el manoteo directo puede resultar incluso desagradable para un verdadero gentleman, la dama puede ejercer en sus diversos matices la aproximación física fingidamente involuntaria. No resulta inconveniente, por ejemplo, tocarle al varón la mano, el hombro, el brazo o antebrazo para enfatizar ciertos tramos de la conversación.

Si se trata de una oficina o un comercio donde los dos trabajan (típico caso de la seducción en ámbito cerrado), ella puede hacerle fauls involuntarios sin temor a que le cobren falta. Se trata de chocar contra él en diversas posiciones. Empujarlo delicadamente contra el marco de la puerta, por ejemplo, queda muy bonito, sobre todo si se logra disimuladamente que entre una teta en colisión. Tampoco queda mal rozarlo al pasar fingiendo que no se trata de un roce totalmente intencional, en todas y cada una de las oportunidades en que se crucen dentro del local. Por ejemplo, ella puede restregarse discretamente contra él cada vez que vaya y venga del baño. La cantidad de veces que una mujer puede ir y venir del baño es absolutamente incalculable, ni siquiera el Guinness Book se ha atrevido a proponer un récord.

Todo este estilo de contactos aparentemente no intencionales pero que la dama tampoco evita, puede y debe realizarse únicamente en los pasos previos a la obtención de la primera cita.

Pero cuando se encuentran por fin, ya sea en el café, en el restaurante o en el auto, queda mucho más delicado dejar que sea él quien intervenga en forma directa. En cambio es muy adecuado animarlo con miradas ardientes. Toda mirada en la que no se desvíe

pudorosamente la vista será automáticamente interpretada por el caballero como ardiente e incluso muy ardiente.

Como siempre, el grueso del trabajo nos queda a nosotros, los pobres y tan injustamente acusados y acosados machos de la especie.

Supongamos que ya hemos reaccionado ante las repetidas miradas ardientes que la dama nos echó en el lugar de trabajo, en la calle, en un bar o en cualquier otro lado. Supongamos que finalmente, después de cincuenta y siete colisiones involuntarias con compromiso de tetas, llegamos a la conclusión de que al menos tres podrían haber sido intencionales (a tal extremo llega nuestra tímida ingenuidad). Supongamos que, reaccionando como caballeros que somos, le hemos dado a la dama la oportunidad de concederle una primera cita, o mejor dicho, se la hemos pedido. (Las que fingen conceder son siempre ellas.)

La gradual aproximación física que viene a continuación debe seguir una serie de pasos en los que resulta importantísimo no apartarse del protocolo, quizás más que en otras actividades conexas a la relación sexual. No es igual si se trata de una mujer casada o soltera, no es igual si se trata de un lugar público o privado.

Si los contendientes se hallan en un lugar público y la dama es casada o equivalente, el método ideal consiste en aproximarse por debajo de la mesa. Obviamente, el caballero se habrá asegurado previamente, por vía oral o visual, de que la dama está dispuesta aceptar cierto grado de proximidad. Cuando la dama se siente enfrente, el caballero puede avanzar sus pies y tomar delicadamente entre ellos uno de los pies de la dama.

Sólo en los casos en los que el mantel llegue hasta el suelo puede la dama quitarse el zapato y avanzar con su pie desnudo o envuelto en una finísima media, acariciando la pierna del caballero por debajo de la botamanga del pantalón. Si vamos a ser sinceros, esto pasa sobre todo en las películas. Pero siempre hay gente que se siente feliz si es capaz de imitar un poquito a Hollywood. Eso no tiene nada de malo siempre que se haga con gran discreción. Se recomienda iniciar esta acción sólo en el momento en que ha llegado a la mesa el plato principal, en particular si se trata de algún elemento difícil de servir y cortar, lo que mantendrá la atención de los invitados en sus propios platos. El caballero no debería esperar, sin embargo, una respuesta tan fogosa en una aproximación inicial.

Si están sentados uno al lado del otro, el caballero puede rozar delicadamente el brazo de ella, aproximar su pierna y apoyarla con firmeza contra el costado de la pierna de ella y, en la medida en que la respuesta de la dama resulte alentadora, puede iniciar un lento trabajo con su mano en la rodilla de ella, con el pretexto de acomodarse la servilleta. Todo resultará más agradable si la dama lleva pollera.

Sin embargo, no sólo hay que considerar las cuestiones de etiqueta sexual, sino también las de etiqueta en términos generales, y no queda bonito que las manos de un comensal queden fuera de la vista de los demás invitados durante mucho tiempo. De modo que, por agradable que resulte el avance hacia arriba por el muslo de Ella hacia su entrepierna, el caballero debe retirar la mano con más frecuencia de lo que desearía para utilizarla en otros menesteres relacionados con la comida. La combinación resulta ideal cuando el plato principal es pescado.

Pero supongamos ahora el tema, tal vez más frecuente, en que la dama en cuestión no es casada ni tiene compromisos estables con otro señor. ¿Cómo, cuándo y por dónde empezar el ataque? ¿Cómo, cuándo y por dónde proseguir? Una regla general de cortesía indica que un caballero que se precie de su buena educación no debe entrar a ningún lado sin pedir permiso. Si usted, antes de entrar a una casa, toca el timbre, exactamente lo mismo debería hacer con su dama. Tocar el timbre. O, mejor dicho, los timbres.

Es cierto que hay hombres casados que tocan los timbres en casa ajena y cuando llegan a la suya meten la llave directamente. No puede decirse que ése sea un error de protocolo, puesto que por lo general su mujer ya conoce y reconoce ciertos sonidos previos que anuncian su presencia: que el ruido del ascensor, que los pasos característicos, cierta cancioncilla, el sonido del llavero, en fin, en una pareja estable los dos integrantes tienen ya un código propio que les permite anunciarse al otro sin necesidad de atenerse rígidamente al protocolo general. Sin embargo, por uno u otro método, y aun en su propia casa, el caballero debe asegurarse, antes de meter la llave, de que la cerradura esté bien dispuesta.

El a b c de la cortesía sexual indica que en ningún caso es elegante que un caballero refinado penetre a una dama sin lubricar, porque además raspa y después arde que es un fastidio.

Como éste no es un *Kama Sutra* ni un *Manual del Buen Amante*, no voy a indicar aquí la serie de pasos necesarios para lubricar a una dama, que además no son siempre exactamente los mismos, porque, como nunca me cansaré de repetir, las damas tienen la molesta costumbre de ser bastante diferentes unas de otras.

Me limitaré, simplemente, a indicar algunos de los errores de protocolo más comunes en una primera cita. En particular aquellos que provienen de una mala interpretación de la regla general.

Por ejemplo, la regla general dice que es correcto que el caballero aproveche alguna excusa para empezar a acercarse físicamente en lugar de hacerlo directamente. Sin embargo, hay un punto en el que las excusas deben dejarse de lado y es preferible ir al grano. De acuerdo a esto, marque las actitudes que le parezcan correctas.

Actitudes correctas e incorrectas para comenzar la aproximación física

- Fingir que debe decirle algo en secreto para hablarle cálidamente echándole el aliento en la orejita.
- Fingir que está tratando de sacarle una tarántula que se le metió en la bombacha para meterle la mano por ahí abajo.
- Con la excusa de protegerla para cruzar la calle, tomarla del brazo con más presión de la necesaria.
- Usar la excusa de que es muy miope y se confundió con una fruta para morderle una teta.
- Decirle que le va a leer la fortuna en las líneas de la mano para retener su mano entre las suyas.
- Insistir en que la penetración es sólo un nuevo método *new age* para curar el dolor de muelas.
- Aduciendo estar un poco mareado por el alcohol, pasarle el brazo por el hombro para apoyarse en ella al caminar.
- Aprovechar una conversación sobre enfermedades para sacarse los pantalones con la excusa de mostrarle su hernia inguinal.

Si usted percibe que ha atravesado correctamente esta prueba (consúltela con amigos exitosos), pase a la siguiente. Se trata de acertar cuál es la zona del cuerpo de Ella que debe tocar en cada ocasión.

Zonas del cuerpo de la dama y el caballero que pueden y deben rozarse como al descuido

- Para ayudarla a salir del auto, usted toma a una mujer:
 - a) de la mano
 - b) del antebrazo
 - c) de la teta izquierda.

- Para enfatizar un comentario, usted le da a Ella un suave golpecito
 - a) en la cadera
 - b) en el hombro
 - c) en el clítoris.

- Como primer saludo cuando llega a buscarla, usted deposita un suave beso
 - a) entre sus cejas
 - b) entre sus labios
 - c) entre sus nalgas.

- Cuando están sentados a la mesa del restaurante, es natural que usted roce la rodilla de Ella
 - a) con su propia rodilla
 - b) con su mano
 - c) con su prepucio.

No necesito darle las respuestas correctas. Si usted no las sabe, ya tiene perfecta conciencia, en vista de los resultados, de que está haciendo todo mal. En ese caso siento decirle que no le alcanzará con leer este, libro. Le aconsejo que participe de mis clases privadas.

ELOGIOS Y ALABANZAS PREVIOS

0 cómo lograr con dos palabras que su partenaire se sienta feliz y dispuesto/a a dar lo mejor de sí mismo/a.

Una parte esencial de la cortesía consiste en elogiar al prójimo. Si usted está invitado/a a comer, seguramente ya sabe (y lo pone en marcha automáticamente) que corresponde alabar la mano de la dueña de casa en la confección de los alimentos que se van a servir.

La buena mano de nuestro compañero/a debe valorarse en la cama exactamente igual que en la mesa, en alta voz y sin ahorrar adjetivos. Aderezar la ensalada no lo es todo: también hay que saber revolverla.

Cuando usted está invitado a una comida, las alabanzas se dividen en dos etapas: en primer lugar, se trata de elogiar la presentación del plato cuando llega a la mesa, aun sin haberlo probado. Es correcto y agradable hacer algún comentario mientras se lo está degustando. Y finalmente, corresponde recordar con deleite, después que la cena haya terminado, durante la sobremesa y el café, la perfección de alguna de las exquisiteces que le hayan servido.

No está mal, incluso, que se le pregunte a la cocinera (o cocinero, ahora que se estila que nosotros tengamos que lucirnos también en la cocina) la receta de algún plato o al menos de dónde lo tomó. Y la gente verdaderamente cortés llama al día siguiente para agradecer y elogiar nuevamente por teléfono.

Ésta es exactamente la gradación que corresponde seguir en un encuentro sexual. La diferencia básica consiste en que, mientras los elogios a la comida deben ser calurosos pero medidos para que resulten verosímiles, las alabanzas a la presentación y el desempeño sexual pueden ser absolutamente exageradas y nadie lo va a tomar a mal. Varones y mujeres, aun los más torpes y desagradables, suelen estar convencidos de sus extraordinarias dotes en la materia. Pero incluso aquellos que dudan de su físico o de sus habilidades, están perfectamente dispuestos a soportar elogios desmedidos.

Esto es particularmente cierto entre los varones argentinos. Su extrema soberbia les permite recibir sin sonrojo alabanzas completamente desaforadas. Les parece perfectamente aceptable que a una dama le guste cualquier aspecto de sus características físicas o de su comportamiento, desde la cicatriz de la operación de divertículos intestinales que lo curó del meteorismo, hasta la costumbre de golpearse el pecho y lanzar el alarido de Tarzán en el momento del orgasmo.

Con las mujeres, en cambio, hay que tener ciertos cuidados. Para empezar, todas las mujeres argentinas, aun aquellas que miden 1.92 m. y pesan 35 kilos, se sienten demasiado gordas. Todas están a dieta. Todas quisieran ser bastante más delgadas SIEMPRE.

Ensaye tres veces por día todas las variantes posibles de decirle a una mujer que se la ve flaca. Es la mejor manera de halagarla.

Ejemplo de elogios previos a una mujer argentina

- Cómo me da vuelta tocar el piano en tus costillas, flaquita linda.
- El juego de tu esternón con las clavículas me vuelve loco.
- Adoro la forma en que sobresalen las alas de tu sacro ilíaco.
- Qué flaca estás.
- Desnuda se te ve más delgada que vestida.
- Qué delgada estás.
- Vestida se te ve más delgada que desnuda.
- Qué esbelta estás.
- Estás mucho más flaca que el mes pasado.
- Estás mucho más flaca que la semana pasada.
- Estás mucho más flaca que hoy a la mañana.
- Ese maquillaje te hace más flaca.
- Ese body te hace más flaca.
- Ese dietólogo te hace más flaca.
- Ese peinado te hace más flaca.
- Ese conjunto de lencería erótica te hace más flaca.

Al contrario de sus partenaires, bastante tranquilos o con dudas razonables en cuanto a sus atractivos viriles (a menos que sean pelados, los pobres calvitos son tan sensibles e inseguros como las mismísimas mujeres), todas las argentinas dudan espantosamente de sus encantos físicos. Todas confían en que no se noten ciertos efectos secundarios de las cosas horribles que hacen para embellecerse. Jamás elogie nada si no está seguro de que su dueña se proponía dejarlo así.

Ejemplo de elogios de Él a Ella completamente equivocados

- Adoro los hoyuelos de tus nalgas.
(Seguramente son el resultado de un error en el procedimiento de lipoaspiración).
- Me encanta tu vientre liso y tenso.
(Un cirujano se lo acaba de estirar y le quedó como el parche de un tambor).
- ¿Qué es ese rodete tan simpático que tenés en la nuca?
(Debe ser la piel que sobró después que le estiraron la cara).
- Me re-calientan los lunarcitos de tus mejillas.
(Ella se hizo un peeling con ácido de frutas y los cachetes le quedaron como un campo minado).
- Adoro esa naricita respingona.
(Al plástico se le fue la mano con el bisturí y le rebanó media personalidad).
- Me vuelven loco esas tetas tan duras.

(Tienen el aspecto y la consistencia de un bloque de granito por una mala reacción a las siliconas).

Este último es uno de los mayores peligros: jamás haga comentarios acerca de la dureza de los pechos de su dama antes de asegurarse de que no están rellenos de siliconas. Si cuando la dama se da vuelta con la cabeza y el cuerpo hacia un lado, sus pezones acompañan el movimiento tan rígidamente como la punta de su nariz, es que SÍ están rellenos de siliconas y se ha producido una inconveniente reacción del tejido conjuntivo que rodea la prótesis. Usted puede decir algo simple y sencillo, como "Qué lindas tetas", sin temor a cometer una gaffe social.

También se pueden hacer comentarios elogiosos un poco más complejos acerca del buen tamaño y la forma de cualquier busto. Después de todo, si ella se operó es justamente para eso. Y si no se operó, mejor todavía. Eso sí, tenga mucho cuidado con las comparaciones poéticas extremas que pudieran afectar su sensibilidad.

Comparaciones correctas e incorrectas: Las tetas de la dama

Pueden compararse con

limones, naranjas o pomelos
granadas de mano
cervatillos mellizos
lunas gemelas
globos recién inflados

No conviene compararlas con

sandías o pasas de uvas
pelotas de fútbol reglamentarias
guanacos mellizos
pelotas de ping-pong
bolsas de polietileno vacías

Los varones, como decía antes, somos extremadamente sensibles a cualquier observación dudosa y en cambio estamos en condiciones de aceptar alegremente cualquier ridícula exageración. Eso es particularmente cierto con respecto al tamaño de nuestro pequeño (y en ocasiones rebelde) amigo.

De manera, señora, que usted puede aventurarse en este terreno sin ningún temor. Todos sus disparates serán aceptados y provocarán agradables reacciones físicas en su partenaire. Recomiendo, por ejemplo, los siguientes elogios en cuanto a su aspecto físico:

Ejemplo de elogios previos de Ella a Él

- Tu doble papada me da vuelta, amor de mi vida.
- No veía un pecho tan peludo desde que salí con King Kong.
- ¡Perón Perón! (A continuación viene "qué grande sos" y ni siquiera es necesario decirlo).
- Ese rollo de grasa que tenés en la cintura me enloquece de pasión.
- ¡Oh, qué sorpresa, no sabía que Buenos Aires tenía dos obeliscos!
- Ésta es mi experiencia más grande desde que participé en la expedición que escaló el Everest.
- ¡Ahora ya sé por qué te llaman Led Zeppelin!

Si usted es una señora o señorita y considera que necesita un entrenamiento especial para elogiar adecuadamente el plato cuando se lo presentan en la mesa, le proponemos el siguiente ejercicio. Dedíquese a elogiar en privado y apasionadamente los siguientes elementos:

- una tetera
- una estufa de tiro balanceado
- el disco rígido de su computadora
- un carozo de aceituna
- un fósforo quemado
- un lavarropas en acción
- un potus
- un sapo africano.

Anote los elogios que mejor le suenen y trate de memorizarlos para la próxima vez que esté con él. Recuerde que no queda elegante sacar el papelito y empezar a leer en el momento de la acción.

ELOGIOS Y ALABANZAS PARA DESPUÉS

Sepa todo lo necesario para asegurarse su buena reputación como amante refinado y cortés.

De este importantísimo capítulo depende el futuro de muchas parejas. Y la buena reputación de muchos caballeros a los que no les interesa que su pareja tenga futuro. se supone que a las damas les interesa siempre. (Por supuesto, esto no es verdad, pero resulta de buen tono para ambos integrantes fingir que sí).

Lo cierto es que alabar la performance del compañero/a es tan importante como elogiar el plato que usted acaba de terminar. ¡Sobre todo si quiere que lo inviten a cenar otra vez! Su cocinero/a se ha esforzado en complacer su gusto y merece que usted repare en sus esfuerzos y los aplauda. No siempre basta con limpiarse los labios con la servilleta y eructar ruidosamente. A veces sí basta.

Los hombres, por supuesto, solemos estar persuadidos de que nuestra conducta ha sido extraordinaria y hemos batido todos los records en la especialidad, ya trate de una competencia de remo (no sólo tenemos reflejos sino que hay que ver cómo lo introducimos en el agua) o una carrera con motor fuera de borda (quién tiene tanta habilidad y tanto combustible al mismo tiempo).

Sin embargo, siempre nos queda una tremenda a resolver: ¿ha sabido apreciar ella, en su ENTERA perfección, nuestro extraordinario desempeño? a decirlo con otras palabras, ¿cómo estar seguros que ella sí fue feliz? ¿Y cuántas veces fue feliz? ¿Y habrá sido suficiente?

Hoy las señoras se han vuelto fastidiosamente exigentes en la materia, leen tontas informaciones periodísticas sobre el punto G y quieren acabar tantas veces como la vecina del tercer piso (que en realidad no es más que un travesti cizañero).

No crea que las damas tienen menos conflictos que nosotros. A las permanentes dudas acerca de sus encantos físicos, que, naturalmente, se multiplican después del orgasmo (de él), se suman las dudas sobre el estilo de conducta sexual que prefiere su compañero, en particular si lo conocen poco.

Porque el sexo es como la danza. Mientras que a los varones les alcanza con saber bien un par de firuletes y pueden repetir alegremente su estilo con todas sus partenaires, las damas deben ser capaces de adaptarse a los más diferentes pasos de baile, y estar listas para cambiar con cada compañero.

Claro que también ellas tienen sus preferencias, pero como son reacias o por lo menos lentas para manifestarlas claramente, se nos obliga a los hombres a una compleja búsqueda a ciegas. Es muy raro y va contra las reglas de cortesía que una dama solicite claramente que le hagan la *Piccolina* o exija con voz audible una *Mineta a la Emperatriz* en un primer encuentro.

Hay que saber que los hombres son incómodamente diferentes unos de otros. Y con las mujeres, lamentablemente, pasa lo mismo. Es el problema esencial de las relaciones humanas. Si usted no es capaz de reconocer la importancia de esas diferencias personales no se desaliente, hay otras posibilidades. Las cucarachas son enormemente parecidas unas a otras y todas pueden llegar a ponerse muy sexies si son adecuadamente estimuladas.

Esta situación exige en los primeros encuentros una gran cortesía por ambas partes, con grandes elogios y alabanzas después que el acto sexual ha terminado. Si realmente se aman

y la relación sigue adelante, ya llegará el momento de eructar, acusarse mutuamente de no haber pagado las expensas, despedir olores mefíticos, insultar a sus respectivos antecesores o dormirse sin comentarios mientras su compañero/a se va a practicar autoerotismo al baño. A esas y otras expresiones de mal gusto suelen denominarse el Amor Verdadero. Ahora nos estamos refiriendo sólo a un Enamoramiento Pasajero, que requiere una mayor atención a ciertas reglas de buena conducta social.

Cuando la dama se dedique a alabar a su compañero, debe tener en cuenta el recurso de *La Primera Vez*. Es cierto que el mito de la virginidad hace mucho que ha perdido vigencia, pero a los hombres, aventureros y exploradores por razones culturales y biológicas, nos encanta ser los primeros en algo. Por ejemplo, haber llegado primero a cierto pico montañoso, a cierta zona no hollada de la selva, o a los cinco al hilo de su compañera de juegos.

Cuidado con el recurso del Primer Orgasmo. Aunque los machos de la especie tenemos una arrogancia a toda prueba y gracias a esta cualidad estamos dispuestos a tragarnos prácticamente cualquier sapo, si usted (o él) no es una persona muy joven, intentar convencerlo de que es su primera vez puede resultar:

- a) Inverosímil
- b) Ridículo
- c) Peligrosísimo

¿Por qué tan peligroso? Simple: si nadie lo había logrado hasta ahora, ¿cómo puede estar seguro de que Él mismo podrá volver a realizar semejante hazaña? Es posible que prefiera dejarle ese Recuerdo Imborrable antes que volver a arriesgarse a tan difícil competencia contra sí mismo.

Pero si se las ingenia un poco, y aun sin mentir groseramente, usted se dará cuenta de que siempre hay una Primera Vez de algo y él se sentirá muy bien si usted lo hace notar con un simpático comentario elogioso.

Elogios de la dama al caballero: variaciones sobre el tema de la Primera Vez

- Nunca me hicieron tantas cosas divinas. Es Primera Vez que alguien me perfora el tímpano la oreja izquierda...¿Eh?...¿Qué?...
- Creo que nunca estuve tan caliente. Es la primera Vez que me trago todo sin vomitar inmediatamente sobre la cama... Ay... Para qué lo dije.. .Aggg... Ug...Ggggaaaaaaahhhh.
- Sos un amante maravilloso. Es la Primera Vez que gozo así sin necesidad de que le cambien elcabezal a mi vibrador.
- ¡Me volvés loca, mi vida! Es la Primera Vez que lo paso tan bien con un tipo que la tiene tan chiquita.
- Te juro por ésta que es la Primera Vez que salí volando de la cama, choco contra la pared, doy tres vueltas carneras en la alfombra, y termino desmayada en el suelo.

Este último caso suena realmente verosímil y probablemente él se quede realmente seguro de que sí fue para usted la Primera Vez. No es necesario que usted le cuente que todo empezó cuando metió sin querer los dedos en el enchufe.

En cuanto a las mujeres, tienen la maravillosa virtud de que jamás se cansan de los elogios. Para el auténtico varón un elogio nunca es desmedido, pero una sucesión de elogios demasiado larga e insistente puede resultarle molesta, sobre todo cuando tiene ganas de dormirse de una vez. Y más todavía si lo despiertan para decirle lo maravilloso que fue todo.

En cambio un Elogiador Profesional puede derramar toda la jarra de sus piropos sobre la dama sin temor a que ella se fatigue. Al contrario, con sus ojos húmedos y ansiosos la pobrecita estará esperando siempre más y más. De todos modos probablemente no se convenza de nada positivo, porque su autoestima es un barril sin fondo, pero en cambio le estará siempre agradecida. Una mujer agradecida suele ser muy agradable en la cama. Elogie nomás, amigo, sin contenerse, sin dudar y sin parar. Ella ha estado bastante bien: hágaselo sentir.

Si a los hombres les encanta el Tema de la Primera Vez, a las mujeres no les desagradan las comparaciones prestigiosas, cuando se inclinan a su favor. Dentro de ciertos límites, un poco de jactancia masculina no resulta descortés. Es bueno para ella enterarse de que el caballero ha tenido posibilidades de elegir y no que se trata de un desahuciado al que ninguna dama realmente atractiva se la chuparía dos veces.

Elogios para después del caballero a la dama: tema de las comparaciones prestigiosas

- Me volviste loco, sos una hembra salvaje. Te juro que esto no me había pasado ni con la mona Chita... quiero decir, con la mujer de Tarzán.
- Fue bárbaro, mi amor, estar adentro tuyo me recordó esa experiencia en las cuevas de Altamira... quiero decir, con una chica española, ¿no?
- Sos una Diosa, estar con vos fue mucho mejor que entretenerme mirando el video de la Ciciolina.
- Hacer el amor con vos me ha dejado una marca imborrable. Nunca me había vuelto a pasar algo así después de aquella hermosa profesional que operó de apendicitis.
- Me encanta cómo te movés, loca divina, no tenía una experiencia así desde que probé con las gallinas de la abuela.

Tal como se lo proponíamos a la dama en el capítulo anterior, usted puede practicar elogiando desafortadamente distintos elementos tales como:

- Una manzana agujereada y untada con crema.
- Un trozo de hígado crudo entibiado al microondas.
- La canilla de la bañadera.
- Una frazada eléctrica.
- Una bolsa de agua caliente.
- Una bomba neumática.
- Un cepillo de dientes.
- Una almeja.

Escriba los mejores elogios y memorícelos para usarlos en el momento adecuado. También puede hacer una grabación para usarla en el lugar del hecho, pero sería muy desagradable que Ella se diera cuenta.

¿SUBIS A TOMAR UN CAFECITO?

Las mil excusas posibles para que aun los más tímidos lectores se atrevan a invitar a su casa.

Bien, ha llegado el momento. La cita resultó, se gustaron, ya transaron, apretaron, franelearon o rascaron (pero todavía no curtieron) según a qué generación pertenezcan los integrantes de la pareja. Incluso es posible que uno haya franeleado mientras el otro apretó. Y ahora uno de los dos debe ser el primero en invitar a proseguir con lo que tienen entre manos en un lugar donde no puedan procesarlos por escándalo.

Supongamos que no se trata de ir a un telo, una situación que merece un capítulo aparte, sino de subir al departamento de ella o de él. ¿A quién le corresponde invitar primero? ¿Y en qué términos debe hacerlo?

"Vení nena que te hago un vestidito de saliva" es una frase perfecta para descargar la agresión oral que le provoca a un caballero ver a una señorita fuerte de caderas deambulando por la vía pública escasamente vestida. Pero no resulta una manera cortés de invitar a una dama a proseguir los escarceos amorosos en un lugar privado.

"Vení que tengo ganas de tenerla toda adentro" es una frase perfectamente adecuada para que una verdadera dama la emplee ya instalados en el lecho. Las mismísimas princesas de Mónaco deben haberla usado más de una vez. También es una frase muy correcta una profesional que se ofrece por teléfono, una se ha puesto de acuerdo con el cliente en cuanto al precio del servicio. Pero no es la forma elegante en que una dama invita a su casa en la primera cita.

Eso no quiere decir que no se deba ser directo/a. Se puede ser muy directo y no por eso brutal. Pero no todos se sienten capaces de enfrentar la situación en forma abierta. Desde pequeñines se nos ha educado en el arte del rodeo. Y en particular he observado que los varones y mujeres argentinos son auténticos artistas del eufemismo, estimulado por las vueltas y recovecos que usa para nombrar las cosas su poético y sobrio dialecto nacional.

Por otra parte, pese a toda la brutal franqueza que invade nuestra sociedad y que generalmente termina por convertirse, simplemente, en malos modales, siguen subsistiendo muchos malos entendidos entre los sexos. Son confusiones que solamente los auténticos profesionales de la seducción (los donjuanes y las histéricas) son capaces de sortear.

Así, aunque muchas señoras y señoritas preferirían que se las atacara frontalmente (todavía no se ha inventado nada más efectivo que el viejo estilo "Caballo Verde"), la gran mayoría de los hombres (por cierto, equivocados) no consideran elegante decir en forma cruda "Vamos a la cama". De la misma manera, aunque a los hombres nos encanta que las mujeres nos hagan proposiciones directas, es raro que una dama se atreva a encarar la cuestión de ese modo.

Debido a esos malos entendidos, se ha desarrollado todo un complicado conjunto de excusas e indirectas a las que los tímidos pueden apelar cuando se trata de invitar finamente a casa a la dama o caballero con quien se ha compartido la cena (a quien más de una vez se ha pagado la cena) y se ha trabajado incómodamente en el auto propio o ajeno.

Mientras que en mi isla natal lo más habitual es que él o ella propongan subir a tomar una copa, una última cerveza o en el peor de los casos, un té, no hay nada tan argentino como la vieja proposición del cafecito. Todo lo que está pasando entre ustedes dos empezó de todas maneras con un cafecito. (Aunque lo que le pidan en realidad al mozo sea un whisky, en nueve de cada diez casos la invitación inicial a conocerse empieza verbalmente por un cafecito). Salvo en el caso de bebedores empedernidos, y de gran franqueza verbal, el espíritu nacional exige que culmine con la excusa de otro cafecito. En la realidad el cafecito final puede transformarse en un vinito, un whisky o un champán, como se estila últimamente.

Pero por supuesto, el cafecito no es la única invitación posible. Como verán, aquí propongo muchas otras maneras probadamente eficaces de invitar al señor/a en cuestión a que venga al departamento de uno/ a. (Haciendo la salvedad, como les repito constantemente a mis alumnos, de que en materia de cortesía sexual, y si uno se atreve, nada es tan delicado como lo más simple, claro y directo).

Excusas más o menos inverosímiles para invitar a casa

- Tenés que venir a casa a conocer la pecera con mis pececitos de colores.
(Incluso hay uno que te quiere conocer a vos).
- Tenés que escuchar mi maravilloso equipo de sonido cuadrupléjico.
(No sabes el minicomponente que te voy a mostrar).
- No te podes perder mi colección de estampillas.
(Tengo una muy valiosa que hasta viene con la goma original).
- Tenés que ver mi colección de boletos capicúa.
(Vas a poder elegir el numerito que más te guste).
- Quiero que pruebes mi colección de armas antiguas.
(Vas a ver qué linda la pistola de duelo).
- Te va a gustar mi auténtica alfombra persa.
(A los persas auténticos les gusta sobre la alfombra)
- Subí a ver mi videoteca de cine de colección.
(Y basta de hacernos la película).

Si todas estas excusas fallan, una persona bien entrenada en los secretos de la cortesía tiene derecho a sospechar que el otro/a no tiene ganas.

En ese caso le propongo dos soluciones: si usted no pagó la cena ni el cine ni el taxi, dese por satisfecho/a y váyase a su casa solito/a sin molestar a nadie. Es una actitud sumamente refinada que su contrincante sabrá apreciar. Eso sí, no vuelva a llamarlo/a.

Pero si usted hizo ya una considerable inversión y está francamente decidido/a a recuperarla, recuerde la lección de nuestros antepasados prehistóricos. Déle un garrotazo y arrástrelo/a de los pelos. Ese consejo servía antes solamente para ser utilizado por los

caballeros, pero según me cuentan mis alumnas argentinas, los varones nacionales están últimamente tan histéricos que ya no se puede contar en que se concretará la seducción. Eso sí, sea usted varón o mujer, si opta por la violencia acuérdesese de Mike Tyson y tenga a mano un buen abogado. En la gran mayoría de los casos, él o ella le estarán agradecidos, pero siempre hay algún ingrato al que se le da por pedir indemnización.

DON DE LENGUAS

O cómo nombrar las partes que entran en juego, además del juego mismo.

Como cualquiera lo sabe, hay una enorme variedad de términos para referirse al órgano sexual masculino y al acto sexual, y una pequeña cantidad para el aparato sexual externo femenino. Esta diferencia se debe a un hecho que ya comentamos: es difícilísimo encontrar en este mundo algo parecido a esa cosa tan rara que tienen las mujeres ahí abajo.

Ante tal variedad de denominaciones, no es extraño que varones y mujeres tengan dudas con respecto a cuál es la forma más adecuada para llamar al objeto o al acto en cada ocasión y con cada persona. Sin embargo, como regla general, recordarnos que es cortés de parte de un varón demostrar cierto conocimiento de los hechos y no exhibir sorpresa. El mantener la calma aun ante hechos asombrosos es una regla de distinción, válida para cualquier actividad.

Por ejemplo, si lo invitaron a un almuerzo en casa de la Encargada de Negocios de la Embajada de Tanganika, usted debe mantener la compostura y comerse las ostras degustándolas apreciativamente como si se las sirvieran todos los días en el desayuno.

Procediendo exactamente de la misma manera, si Llega a la cama de la Encargada de Negocios de la Embajada de Tanganika, no resulta en absoluto aconsejable que usted demuestre su sorpresa con exclamaciones del tipo de "¡Así que ésta era la famosa ostra!" cómasela sin comentarios y será usted muy apreciado, también puede comparar los sabores de uno y otro molusco, que en el mejor de los casos serán bastante parecidos. (Por supuesto, esta adecuada comparación en alta voz jamás debería realizarse durante el almuerzo).

Propongo aquí una breve e incompleta lista de los nombres más comunes que reciben en este país los elementos naturales que entran en juego en una relación amorosa. Quien desee informarse más plenamente de esta cuestión, debe leer a Geno Díaz, un verdadero tesoro de conocimientos en materia de vocabulario erótico de rioba.

Más adelante explicaré cuándo y cómo debería usarse cada estilo de lenguaje.

Órgano sexual masculino

Alimentos

Vegetales

banana
berenjena
batata
zanahoria
nabo

Embutidos

salchicha
salamín
salame
chorizo

morcilla

Groseros

poronga

Pija

Infantiles

pitito

pitulín

pipí

Despectivos

maní

ñoqui

Otros

pistola

pelado

pedazo

palo

pito

garlopa

herramienta

instrumento

Realizar el acto sexual

Copular

fornicar

coger

tener relaciones

realizar el coito

hacer uso

fifar

garchar

medir el aceite

acostarse

enterrar la batata

sentarse sobre el pelado

sopletear el garaje

revolver los fideos o la ensalada

Traducciones españolas

Pijo

cola

polla
capullo

Órgano sexual femenino

cajeta
concha
cachucha
gata peluda
osito
conejo

Otras expresiones relacionadas con el tema

Si no se come la galletita, se sienta sobre el paquete
Le llenaron la cocinita de humo
Es una chica de hogar (*garcha* arriba de la cama, *garcha* abajo de la mesa)
estirar el fideo
tirar de la goma

Como es posible comprobar rápidamente, los argentinos cuentan con un amplio vocabulario a su disposición para mencionar las partes del cuerpo que entran en contacto durante el acto, el acto mismo y situaciones conexas.

Muchos caballeros me preguntan si es educado referirse en la cama al sexo de ella con un término vulgar. Y una gran cantidad de cartas de señoras se interrogan acerca de la cortesía a seguir cuando se trata de mencionar en una situación de alto voltaje erótico el órgano sexual masculino.

En este caso lo más importante es conocer la regla general, antes que definir cada caso. Y la regla general es que no hay reglas. Es decir, poco a poco y a lo largo de dos o tres encuentros ustedes irán conociendo las preferencias de su acompañante en cuanto al tipo vocabulario que prefiere. Mientras algunos (tanto damas como caballeros) optan por usar (y exigir) en situación un vocabulario que en cualquier otra ocasión considerarían soez, otros pueden sentirse molestos ofendidos por expresiones excesivamente crudas y prefieren apelar a comparaciones menos directas.

Lo único que realmente queda feo para todo mundo es la utilización de términos científicos. Los caballeros deberán abstenerse de proponer a su dama "Creo que ha llegado el momento de insertar mi pene en tu vagina". Y de la misma manera ninguna señora hará el ridículo de insinuar al varón que "Mi vulva se complacería si te decidieras a honrarla con un *cunnilingus*".

Pero, si bien las reglas de etiqueta no pueden enunciarse con precisión a la hora de concretar el hecho erótico, en cambio sí hay reglamentaciones bastante precisas acerca del vocabulario correcto en cada situación no francamente sexual. Y ésta es la clave de dama o el caballero corteses: se trata de conocer y dominar el más amplio número de términos, pero utilizarlos correctamente de acuerdo al momento y a la jerarquía y relación de mayor o menor intimidad con el interlocutor.

Cómo emplear o no emplear determinado vocabulario

- No queda bonito que una gerenta de producto levante de la mesa del restaurante donde está almorzando con su jefe y un cliente diciendo que tiene que cambiar el agua de las aceitunas.
- Un caballero invitado a la casa de un amigo, jamás debería elogiar públicamente los encantos de la anfitriona diciendo que le hace poner la poronga al palo.
- Yendo a cuestiones más sutiles, un caballero que está convencido de garcharse a una señora casada, seguramente preferirá pensar que lo que ella tiene con su marido son relaciones sexuales.
- "Tener una relación" es la forma más educada de referirse al hecho a la hora de conversar con el obstetra. En general, en el consultorio médico, los términos científicos que tan ridículos suenan en la cama, se vuelven tolerables, corteses y absolutamente necesarios.

A continuación proponemos un ejercicio de vocabulario. Las columnas de la derecha y la izquierda no se corresponden. Usted debe unir con un trazo de lápiz de color (pero le pedimos que no sea, por favor, un lápiz japonés) la expresión más adecuada para utilizar con cada una de las personas y en cada una de las situaciones que le propongo (es posible que usted encuentre más de una correspondencia posible).

Persona a la que usted se dirige

Expresión que debe emplear

Maestra del jardín de infantes
en el jardín de infantes

Me encantaría saber cómo.
plantan batatas en su tierra

Señora del Embajador
en la cama del Embajador

Señorita, Catriel se está
tocando el pitito.

Ministro de Industria de país
desarrollado

Vení gordita que te apoyo la garlopa

Ministro de Agricultura de
país subdesarrollado

Dame tu torre de petróleo
para mi Tierra del Fuego

Urólogo en su consultorio

Metete un palo en el culo
y anda a cantar "La vida me engañó".

Camionero que lo chocó de atrás

Creo que me arde un poco al orinar.

FALTAS GRAVES DE CORTESIA ANTES, DURANTE Y DESPUES

Todo lo que ellas consideran grosero, todo lo que ellos consideran inaceptable. Errores evitables.

Como regla general, podría decirse que los varones consideran una grave falta de urbanidad de parte de sus compañeras el hecho de que ellas no estén atentas a lo que están haciendo. He conocido el caso de un joven caballero que estuvo a punto de separarse porque su esposa tuvo un ataque de estornudos durante el acto sexual. Se recomienda también a las damas encontrar la manera más efectiva de reprimir los bostezos, que resultan sumamente desalentadores.

Yendo a cuestiones más particulares, insisto en que ninguna señora o señorita debería dedicarse a las siguientes actividades mientras están realizando el acto sexual:

Actividades que una dama debe evitar mientras está haciendo el amor o como quiera llamarlo

- Hablar por teléfono con la tía Margarita (Ni siquiera en el caso de que estén dispuestas a cortar en el momento del orgasmo).
- Hacer comentarios acerca de la necesidad de pintar o refaccionar el techo del dormitorio.
- Aprovechar el espejo para retocarse el peinado, el maquillaje, o, lo que es peor, para reventarse granitos.
- Enumerar a media voz las tareas domésticas o profesionales que deben realizar al día siguiente.
- Tararear o silbar cualquier melodía, incluyendo la Marcha de la Caballería Ligera.
- Pintarse las uñas, cortarse las cutículas o masajear suavemente las manos con una crema humectante. Si tiene crema humectante a mano, es preferible que masajee otras cosas.
- Quedarse dormida, sobre todo si tiene tendencia a roncar ruidosamente.
- Para no desperdiciar el tiempo, elegir la postura de costado que le permitirá zurcir la funda de la almohada.
- Sacarse cera de las orejas.

Como los caballeros necesitan cierto grado de concentración para poder realizar el acto, son menos propensos a las distracciones durante el coito en sí. Sin embargo, el estilo de concentración también cuenta. Sin duda ellos necesitan estar muy atentos pero... ¿a qué? Las mujeres suelen considerar muy descortés que a lo largo del acto sexual el varón cometa alguno de los errores que detallo a continuación.

Errores que el caballero elegante debería evitar si quiere volver a realizar ese acto con la misma dama

- Llamarla por el nombre de su concuñada, su secretaria, la vecina del 4 D, o incluso su tía Margarita (precisamente cuando la dama se está reprimiendo para no hablar con ella por teléfono).
- Mantener su vista fija en la pantalla del televisor, haciendo ostentosos y jadeantes comentarios acerca de los encantos de las actrices que intervienen en el video porno como si los estuviera comentando con los muchachos del café.
- Es exactamente lo mismo si en lugar de un video porno es un programa infantil y los comentarios son acerca de la animadora. Hoy en día no hay mucha diferencia entre una cosa y otra.
- Es bien sabido que un partido de fútbol puede resultar muy estimulante, sobre todo en el momento del gol, pero debe saber que la mayoría de las mujeres no lo comprenden así.
- Si lo que mira el caballero con ardiente intensidad mientras se hace a su dama, es el noticiero de la noche, quizás haya llegado para los dos el momento de cambiar de pareja.

Pero además, el varón puede cometer sin quererlo gravísimas faltas de cortesía en el después, que, vaya uno a saber por qué, resultan tan importantes para ellas. Mis últimas investigaciones arqueológicas demuestran, en función de la disposición de los huesos humanos encontrados, el derrumbe de un mito. En contra de la hipótesis que se mantuvo vigente durante tantos años, el garrotazo que los hombres prehistóricos les daban a las mujeres no era para conquistarlas. Era para hacerlas dormir después que se las rifaban. Lo cierto es que, lamentablemente, el sistema del garrotazo ha pasado de moda. Y hoy en día las mujeres suelen considerar sumamente descortés que después del final el varón se entregue a alguna de las siguientes actividades.

Lo que ningún caballero debería hacer después

- Retirar velozmente y correr a embeber el instrumento en permanganato. Esa actitud es anticuada y perfectamente inútil desde el punto de vista higiénico. Es preferible el forro, por razones de cortesía pero también de salud.
- Dormirse inmediatamente con fuertes ronquidos y murmurando en sueños otros nombres femeninos. Si nombra jugadores de fútbol, peor todavía.
- Arrancarse con las uñas ese molesto callito del dedo chiquito del pie.
- Llamar por teléfono a su oficina y apenas lo atienden gritar jubilosamente: "¡A que no adivinan con quién estoy en la cama!"
- Ponerse a jugar con la computadora o con el *Game Boy*. Vaya a saber por qué las mujeres consideran hoy que la computadora es una de sus principales rivales. Sabemos todo lo bien que usted la pasa con ella, pero aguántese un ratito.
- Sacarse cera de las orejas.

Muchas mujeres tienden a confundir su propio estilo de sexualidad con la sexualidad masculina, tal como les pasa a los hombres pero al revés. A las mujeres no les desagradan las comparaciones favorables y se sienten halagadas de sumarse a una lista prestigiosa (los donjuanes profesionales conocen bien esta característica femenina y por eso no temen jactarse ante ellas de sus hazañas con otras mujeres). Por eso algunas damas poco sutiles creen que al varón puede sucederle lo mismo. No es así.

En efecto, está comprobado que los hombres, en términos generales, aunque ya no tienen esa ridícula exigencia de ser los primeros, prefieren pasar por alto la idea de que ha habido otros hombres en la vida de Ella, salvo que se trate de algún personaje muy famoso (por ejemplo, Robert Redford). Las comparaciones, incluso las favorables, les resultan bastante descorteses.

De modo que si usted piensa, señora, que Él la tiene más larga que los últimos 27 caballeros que se la tiraron o incluso de mayor calibre que la del verdulero de la esquina, lo que no es poco decir, no le aconsejo que se lo haga saber. No al menos de ese modo.

Naturalmente, hay excepciones. Como la de Redford. Dícese por ejemplo que el marido de Teresa, la amante de Lord Byron, solía jactarse de que su mujer fuera o hubiese sido, aun durante su matrimonio, sexual objeto de tan prestigioso sujeto.

Nada comparable sucede en esta zona del globo terráqueo. El dorima de la Pirucha, por ejemplo, jamás se jactaría de haberle soplado la dama a quien lo hizo, por más que tiene un considerable mérito haber logrado reemplazar él solo y tan exitosamente al cuarteto Malapata de Villa Insuperable.

UN CABALLERO EN DIFICULTADES: COMO CONDUCIRSE CUANDO PEPE NO QUIERE.

Máxima prueba de educación y buenos modales para las señoras y los caballeros que pretenden ser corteses.

Si el nombre "Pepe" le resulta incómodo o extraño, puede reemplazarlo por el que más le agrade dar a su irresponsable amigo de ahí abajo: John Thomas, como se estila genéricamente en mi añorada isla natal, el Látigo Vengador de Todas las Praderas, el Pepino Mutante, la Manguerita o cualquier otro apelativo cariñoso que acostumbre darle. Ésa es una costumbre masculina universal documentada en la literatura erótica de todos los tiempos. Si lo duda, lo invito a leer algunos de los Trozos Escogidos que encontrará en este libro.

Sin embargo mis investigaciones arqueológicas acerca de la prehistoria sexual de los argentinos demuestran que en este país el nombrecito privado comenzó a hacerse más público desde que llegó a estas costas del sur la película sueca Adorado John. El protagonista de Adorado John le daba a su pequeño amigo el nombre de Pedro.

Las nuevas generaciones, en cambio, aprenden sus modales eróticos en las películas de asesinos sádicos. Esta costumbre puede resultar algo incómoda para una de las partes en juego, pero no es necesariamente mala desde el punto de vista de la buena educación. Los perversos sexuales que optan por el asesinato suelen ser extremadamente corteses antes de destripar a sus víctimas.

Vayamos ahora al análisis de la situación que di título a este capítulo. Y que es precisamente una de las claves de la urbanidad en la cama. Porque, como en ningún otro caso, se trata de una situación donde la necesidad de educación y buenos modales se hace absolutamente imprescindible.

Como dice un popular refrán de estas pampas, en la cancha se ven los pingos. Y cuando el varón se halla en conflicto con su herramienta de trabajo, que no responde como debiera, allí es cuando se ve el grado de cortesía que cada uno de los contendientes ha adquirido en la vida. Éste es un caso en que el hombre y la mujer deben adoptar conductas radicalmente distintas para ser considerados corteses.

Cómo explicar el mal comportamiento de su pequeño amigo

Un hombre refinado jamás apelará a la vulgar excusa "No entiendo nada, es la primera vez que me pasa", por las siguientes razones:

- Equivale a decir: "Sólo me pasa con vos". Eso grosero y de mala educación.
- Aunque sea cierto, no le van a creer.
- Sólo servirá para hacer sentir más culpable a si partenaire. Que ella *sea* en realidad culpable no tiene nada que ver.
- De todos modos, no es cierto en absoluto.

Aquí le propongo algunas excusas que lo harán quedar como un elegante caballero sin menoscabar su reputación. O al menos sin menoscabarla más, si ya tiene muy menoscabada:

- Las mujeres tan bellas como vos me intimidan. No me pasaba esto desde la primera vez que me acosté con Claudia Schiffer.
- Siempre me pasa la primera vez cuando estoy profundamente enamorado. No te imaginas lo difícil que fue con mi maestra de tercer grado.
- Esto es sólo una ilusión de tus sentidos... Esto no está sucediendo... Mira fijamente este punto... Ahora tenés sueño... mucho sueño... Cuando te despiertes no te vas a acordar de nada.

Si piensa usar esta última opción, asegúrese de practicar antes sus dotes de hipnotizador. Un buen golpe en la cabeza en lugar de los puntos suspensivos también da buenos resultados.

Eso sí, no se equivoque. Un pequeño error puede echarlo todo a perder. Recuerde que usted está en una situación de nerviosismo y cuídese de no decir una palabra por otra. Recuerde que está en el país del psicoanálisis, donde todo se pasa por la máquina de picar cerebros y un lapsus involuntario podría considerarse como la verdadera voz de su subconciente, además de delatar su verdadera edad, hábitos que usted prefiere mantener en secreto y otras falencias. Queda muy feo, por ejemplo, tratar de zafar de la situación con alguna de las siguientes propuestas

Cómo no explicar el caprichoso comportamiento su pequeño amigo (o enemigo)

- Las mujeres tan bellas como vos me intimidan. No me pasaba esto desde que me acosté con el portero de mi edificio.
- Las mujeres tan bellas como vos me intimidan. No me pasaba esto desde que me acosté con Mariquita Sánchez de Thompson.
- Las mujeres tan bellas como vos me intimidan. No me pasaba esto desde ayer a la mañana.
- Siempre me pasa cuando estoy profundamente enamorado. Por ejemplo ahora estoy profundamente enamorado de tu prima Tota.
- Me olvidé de cargarle agua tibia a la prótesis (Recuerde que la verdad suele ser enemiga de la cortesía).

Pero si ésta es una verdadera prueba de fuego para los buenos modales del caballero, qué no decir con respecto a la dama. La esencia de la cortesía consiste en hacer sentir cómoda a la persona que está con nosotros. Esto es absolutamente imposible en el caso del señor al que se le ha trabado el mecanismo de su instrumento: diga usted lo que diga, él se va a sentir terriblemente incómodo de todas maneras; cuanto *más* insista en restarle importancia a la cuestión, más difícil será todo. Le recomiendo, simplemente, cambiar tema.

Pero si hacerlo sentirse bien no es posible, sí hay formas de hacerlo sentirse mucho peor, que usted debería conocer y evitar.

Lo que una dama jamás debería decirle a un caballero con la pistola trabada

- A ninguno de mis otros 847 amantes le pasó esto conmigo. Ni con ninguna otra.
- Ni siquiera le pasa a mi mismísimo marido.

- Si hubiera sabido, me traía el libro de Postales Españolas para aprovechar el tiempo.
- No te preocupes, seguro que esto solamente te pasa con las mujeres.
- No te preocupes, igual estuviste muy por encima de lo que yo esperaba.
- No *es* nada, igual es lindísimo estar con vos. ¿Falta mucho para la hora?
- No tiene importancia, mi vida, ya me contaron las chicas de la oficina que te especializas en trabajos manuales.
-

Mi tía, Lady Jane Paddle-Badmington, siempre señora y señora en lo que a cuestiones de cortesía se refiere, propone, simplemente, que la dama debe fingir que no ha notado nada y seguir adelante.

Es cierto que no se trata de un ejercicio sencillo pero... ¿Acaso usted haría notar una incorrección social de un invitado? ¿Una flatulencia, un eructo, un volcar la salsera sobre el smoking del Ministro de Industria? ¿Un súbito ataque de bulimia que lo lleve a ingerir de golpe los cinco kilos de helado que usted había servido de postre para luego vomitarlos compulsivamente sobre su mejor mantel adamascado? De ninguna manera: una anfitriona refinada debe seguir comiendo y conversando con sus otros invitados como si nada hubiera sucedido.

Practique este ejercicio (seguir adelante como si no se hubiera dado cuenta de nada) dos veces por día ente al espejo. Incluya movimientos convulsivos, interjecciones y todo tipo de sonidos adecuados a la situación. Si no la convierte en una mujer más refinada menos servirá para fortalecer los músculos abdominales.

MANIFESTACIONES DE PASION POR ESCRITO

De los "billets doux" a los pasacalles, pasando por las servilletitas de los bares.

La Regla Número 1 de la Escritura (de toda escritura) dice así: si a usted no le interesa que nadie lea sus palabras, no las escriba. Si quiere que las lea solamente su Dama o su Caballero y ninguna otra persona en el mundo, tampoco las escriba, a menos que los de sean capaces de descifrar la escritura jeroglífica egipcia.

Siempre y cuando no estén viviendo en el Antiguo Egipto. O el marido de ella también sea arqueólogo.

Sin embargo, ha habido épocas en la historia en que no quedaba más remedio que escribir. Cuando no existía el teléfono, cuando un hombre y una mujer no podían hablar en privado en lugares públicos, la única solución era apelar a los "billets doux", literalmente "billetes dulces", es decir, cartitas.

Así, era de muy buen tono enviar a la amada amado una breve esquela manifestando todo tipo sentimiento amoroso, desde afecto y simpatía hasta una intensa y aun satisfecha pasión. Esta costumbre peligrosísima dejaba a cualquier hijo de vecino en la misma situación de riesgo que tiene hoy un famoso con el teléfono pinchado.

Como en esa época se estilaba manifestarse en forma indirecta, con ciertas vueltas de estilo, para entender hoy lo que querían decir algunos de aquellos mensajes tenemos que implementar un sistema de traducción.

"Billetes dulces" (no, la plata dulce era otra cosa). Equivalencias de traducción

- El júbilo me embarga, anoche me has hecho feliz.

Traducción: Por fin me vuelvo una noche a casa sin que me duelan las que te dije.

- Siento por ti una profunda pasión que inflama mis sentidos.

Traducción: Estoy hasta acá de calentarme al pepe, desinflámame, Pirucha.

- Su gran refinamiento y discreción conmueven profundamente mi espíritu.

Traducción: Ma concreta de una vez, macho.

- Su extrema generosidad no es el menor de sus muchos atractivos.

Traducción: Poniendo estaba la gansa, hermano.

Con el tiempo el teléfono fue reemplazando las cartitas para suplir la necesidad de comunicación urgente. Resultó ser un medio bastante más discreto de decirle a la novia (o lo que sea) todo lo que a uno le gustaría hacerle y funciona bien en el caso de la gente común, que no suele tener el tubo intervenido. Y siempre y cuando las compañías telefónicas no nos jueguen una mala pasada armando una conferencia con un tercero en línea.

Los famosos, en cambio, pueden sufrir espantosas situaciones de vergüenza pública cuando salen a relucir las grabaciones de las chanchadas que se les ocurren en un momento de alta inspiración. Cuanto más alta, peor.

Pero la carta de amor, con pasión y detalles escabrosos incluidos, siguió existiendo durante mucho tiempo. Ya sin ninguna necesidad, como quienes grababan sus nombres en un árbol, hombres y mujeres siguieron sintiendo que sus ganas de amasarle las lolas a Yamila del Carmen o acariciarle la cabecita al pelado de Lisandro Emanuel merecían trascender sus propias vidas. Es decir, acceder al prestigio de la palabra escrita.

Y siguieron y siguen escribiendo en hojas de cuaderno, en papelitos sueltos o borroneando servilletitas en los bares con manifestaciones más o menos galantes, finas y/o groseras de su amor.

La gran novedad en la materia es el correo electrónico que permite enviar cartitas de computadora a computadora. Es cierto que esas cartitas se borran apretando un botón. Pero también se archivan apretando un botón. Por lo tanto, no son menos peligrosas que sus viejos antecesores, los "billetes dulces".

Unos días antes de terminar este libro se denunció en Estados Unidos el caso de un jovencito que des apareció de su casa en Cincinnati y se tomó un avión para reunirse con el señor mayor que había logrado seducirlo a través del correo electrónico, mientras sus padres se preocupaban por la falta de contacto humano que tenía el chico, siempre encerrado en su cuarto y pegado a su computadora. Además, todos dicen que Cincinnati es aburridísimo.

No tan nueva como el correo electrónico, pero típica de este país de playas ventosas, es la manifestación de la pasión amorosa a través de pasacalles. Jamás saldrá usted de su casa en Londres para encontrarse con un cartel que atraviesa la calle detallando lo que siente el Negro Fito por su Corazón de Melón.

Esta costumbre encantadora es típica del carácter nacional de los argentinos y merece perdurar. Deseamos que la municipalidad logre erradicar la publicidad comercial por medio de pasacalles pero no los mensajes personales, que alegran la vida.

Como en todo, hay reglas de cortesía que indican cuál es la forma más correcta, adecuada y agradable de manifestar su amor, su deseo o lo posta que la pasó anoche por medio de pasacalles.

Le propongo aquí un sencillo ejercicio. A continuación encontrará usted una serie de propuestas para mensajes de pasacalles con los que podría decorar la calle de su amado/a. Para ensayar su capacidad de manifestarse en forma cortés, debe marcar con verde las que considere groseras, con rojo las que, a su juicio, rozan el límite del mal gusto y con azul las que corresponden a una persona de gran refinamiento. Notará que, tal como sucede en la realidad, algunos mensajes están en clave privada y otros son para informar también al público. Así, los hay en primera, segunda y tercera persona.

- ANOCHE ME MATASTE, FABI. SOS UN HEMBRÓN
- NEGRA DE MI VIDA, OTRA VEZ ME HICISTE FELIZ
- ¡GRANDE, VANESSA! GRANDE, ANDE, ANDE, ANDE
- MI CUCHI CUCHI ES ÚNICO (NO TANTO DE LARGO COMO DE DIÁMETRO)
- ROLFI ES LO MÁS GRANDE QUE HAY
- PEDACITO DE MI ALMA, SOS LO MÁS

- YOLI, MI AMOR, AYER CUMPLIMOS NUESTROS PRIMEROS 100 POLVOS. ¡POR 54.237 MÁS!
- YOLI, SOS MI GRAN INSPIRACIÓN. TE VEO Y SE ME INSPIRA TODA
- VERÓNICA, MI VIDA, AMO LA FORMA DE TU DULCE BOCA
- VERÓNICA AGUSTINA RODRÍGUEZ MENDI TEGUI, ¡QUÉ BIEN QUE LA CHUPAS!
- LA VERO ES GARGANTA PROFUNDA. ¡VAMOS VERO TODAVÍA!
- EL QUE MEJOR LA PONE EN EL EDIFICIO ES EL VECINO DEL QUINTO B
- HERNÁN MARÍA ANCHORENA ES MI CHUPETÍN DE DULCE DE LECHE

Como regla básica general, piense qué le gustaría a usted que le escribieran en el pasacalle que va a decorar por lo menos por una semana un lugar por donde pasa todos los días. Y si le gustaría o no ser reconocido por los vecinos como destinatario/a de tanta pasión. No sólo es ése el imperativo de la ética kantiana, es también la mejor manera de sobrevivir al ataque de nervios de su homenajeado/a.

PRACTICA Y TEORIA DEL FORRO

Desde cómo comprarlo con elegante displicencia hasta cómo sacárselo educadamente.

Este adminículo que fue tan importante en la vida sexual de los abuelos y tan alegremente rechazado por la generación de los 60, vuelve a imponerse en la actualidad por obra y gracia del maldito virus.

El SIDA, que tantos cambios ha provocado en nuestro protocolo erótico, también nos ha traído de vuelta a este simpático amigo de fino látex.

Se podría suponer que, revolución sexual mediante, los jóvenes del siglo XXI ya no tendrían ningún inconveniente en pedir las cosas por su nombre. Sin embargo hace poco me informé de dos episodios que me demostraron que la situación de incomodidad seguía teniendo vigencia.

Uno de ellos fue un video educativo acerca de la prevención del SIDA, que se realizó hace un par de años con la intención de que fuera visto y debatido por alumnos de los colegios secundarios. El video, que finalmente resultó prohibido, mostraba un grupito de muchachos que iban a comprar forros y no se atrevían a mencionar su nombre delante de una chica. La joven, más desenfadada, lo pedía sin avergonzarse. Los muchachos aplaudían su correcto desempeño.

El otro episodio que me dio la pauta de que un profesor de buenos modales todavía tenía algo que enseñar en la materia, fue un chiste que sirve para ilustrar, además, lo ancho de la brecha generacional.

Un muchacho entra a la farmacia y pide:

—Me da un preservativo, señor. El farmacéutico, un hombre mayor, le guiña el ojo y en tono cómplice le propone:

—A mí puedes decirme forro, pibe.

El muchacho pide entonces, cortésmente:

—Me da un preservativo, forro.

En realidad, ahora, gracias a los nuevos sistemas de comercialización, usted no tiene que preguntarse como lo hubiera hecho su abuelito, si resulta más fino pedir un forro, un preservativo o un profiláctico. Sea usted hombre o mujer, puede tomarlo simplemente de su dispenser y colocarlo con soltura sobre el mostrador, sin necesidad de mencionarlo de ninguna manera. En el supermercado lo encontrará cerca de las cajas junto con las afeitadoras descartables y los calditos de pollo. Emergencias.

Pero existe también la posibilidad de que usted se haya olvidado de comprarlo. O que no pensara en absoluto que se iba a encontrar en situación de usarlo. Y he aquí que se le dio y no es cuestión de desaprovechar oportunidad. Supongamos que usted está entrando y al telo y se da cuenta de que no tiene encima un mísero forro. Supongamos que ése no es uno de los telos que obsequian forros dejándolos con sutil gentileza en la mesita de luz, o en el baño junto con el peine, la cofía, y el equipo descartable para cepillarse los dientes. (¿Será por el mal aliento de origen bucal, por prevención de la piorrea o para sacarse después el gusto raro?)

Lo cierto es que si usted no trajo forro, tendrá comprarlo en la conserjería y en esa situación se hace imposible pasar por encima la denominación del adminículo. Si usted es una dama, la situación es absolutamente embarazosa en todos los sentidos de la palabra está casi aceptado socialmente que usted lleve forre en la cartera, pero queda feísimo que se los pida conserje del hotel. Es indispensable que hable de la situación con su compañero. Si él tampoco tiene, tendrá que comprarlo. Un verdadero gentleman no debe permitir que su dama se vea obligada a solicitarle un forro al señor de la entrada.

Pero si usted se las ingenia un poco, ni siquiera en el hotel debe pasar, si no lo desea, por el problema del nombre: puede pedir directamente la marca comercial. En atención a las circunstancias sociales de su uso actual (antes se reservaban para emplearse sobre todo con señoras estrictamente profesionales) los forros actuales tienen nombres más agradables que Velo Rosado, Baraja, Cabezón o Puntín. Sobre todo los importados. Solicite Prime, Sultán, Tulipán, o alguno de esos forros alemanes con nombres formados por iniciales y números, como para acentuar la imagen de la industria alemana en cuanto a calidad científicamente garantizada y, sobre todo, tecnología de punta.

Como decía, la señora o señorita puede perfectamente llevar su forro en la cartera o el bolsillo. Pero no queda bonito que inicie una conversación acerca de las bondades de los forros alemanes con respecto a la de los americanos, detallando su experiencia personal en cuanto a la respuesta de cada marca a las pruebas estipuladas por las normas IRAM.

En una primera cita puede resultar, una vez más, embarazoso para la dama asegurarse de si su compañero está dispuesto a colocarse el elemento. Sin embargo, esto puede preguntarse de muchas maneras corteses. Las damas delicadas pueden reemplazar el nombre o la marca por puntos suspensivos. Todo puede insinuarse con fineza sin expresarlo a modo de exigencia, a menos que sea imprescindible. Por ejemplo:

- ¿Trajiste...?
- Me gustaría que te pongas un...
- ¿No vas a usar el...?

Como las mujeres, (según las últimas investigaciones y hasta que las próximas lo desmientan) están algo más expuestas al contagio que los varones, también está permitido que insistan en su uso con mayor rigor.

Formas sutiles de insinuar al caballero que sin forro no va

- Muéstrole una tijera bien afilada y comente pasar que Lorena Bobbit tuvo que ser drástica porque él se negaba a usar forro.
- Desmáelo con un directo seco a la mandíbula póngale el adminículo usted misma. Si en estado de reposo le resulta difícil, recuerde que la asfixia estimula la erección.
- Propóngale jugar al toro y ensártele el globito en el cuerno al pasar. Éste es un ejercicio difícilísimo que sirve para mejorar la motricidad fina. Si lo logra, podrá llegar a ser campeona olímpica de video juegos.

En caso de que la dama no lo pida, el caballero tiene la gran ventaja de que puede ponérselo directamente sin hacer comentarios. En cambio queda poco elegante traer el forro puesto,

ya que evidencia una situación de alta tensión erótica que se mantiene desde hace un tiempo, sin relación directa con la dama que se tiene al lado.

Es perfectamente correcto que la dama colabore con la colocación del elemento. Sin embargo, fuera de las profesionales, hay todavía pocas señoras o señoritas realmente hábiles en la correcta colocación de forro (las más jóvenes, sin embargo, tienen un mayor entrenamiento). Lo ideal sería que ella ayude con la boca pero la realidad indica que, al menos en una primera cita, es más práctico y efectivo que Él proceda a la colocación. En posteriores encuentros pueden realizar sucesivas prácticas hasta que Ella aprenda a hacerlo con toda corrección.

Si usted, señora o señorita, desea ejercitarse en realizar este acto con elegancia, puede realizar diversas prácticas en su propio hogar. Para adaptarse a las diferentes características con que podría contar su partenaire en cuanto a tamaño, forma y, sobre todo, consistencia, le proponemos practicar con elementos variados.

Elementos que puede usar la dama para ejercitarse en colocar un forro

- Un salmín picado fino, bien estacionado
- Una morcilla fresca
- Una banana verde con cáscara
- Una banana muy madura, pelada
- Pepinos de variadas formas y tamaños
- Una calabaza pequeña (Para no sufrir desilusiones, sepa que no es el caso más frecuente).
- Un lápiz o birome
- Un maní
- Una gelatina de frutas.

Voy a detallar ahora dos formas de colocación que usted puede ejercitar: *a la inglesa* y *a la francesa*. Estas denominaciones no corresponden a lo que realmente hacen los/as nativos/as de los países correspondientes, sino a la idea popular que se tiene con respecto a ellos.

Colocación a la inglesa: Se coloca el forro sobre el extremo del pepino y se hace descender la parte enrollada con el índice y el pulgar, tratando de que la menor parte posible del dedo entre en contacto con el forro o el pepino. El brazo debe estar extendido de modo que la mano se mueva a cierta distancia de su dueña. Es conveniente mantener una expresión de alta concentración en la mirada y el gesto algo fruncido como cuando se ha probado jugo de limón. Algunos caballeros creen que este estilo de colocación es algo ofensivo, pero otros lo consideran simplemente una prueba de falta de experiencia. Como la falta de experiencia no siempre resulta ser espontánea, le recomendamos ejercitarla varias veces por día hasta que lo parezca.

Colocación a la francesa: Se coloca el forro sobre el extremo del pepino, se apoyan los labios sobre la zona enrollada, y se lo hace descender introduciendo al propio tiempo y con cierta lentitud el pepino en la boca. Es importante practicar varias veces para que los dientes no rocen el látex, ya que podrían romperlo. Este ejercicio fortalece y da turgencia a los labios. Lo principal y lo más difícil es fingir durante todo el procedimiento una expresión de éxtasis absoluto. Se recomienda practicar frente al espejo.

Si, en cambio, el varón opta por colocárselo solo, no tiene mucha importancia cómo lo haga, aunque puede acompañar el acto con comentarios que haga notar la buena consistencia, postura erguida y gran tamaño que percibe en su instrumento, adjudicándole a la gran pasión que en él despiertan los encantos de su dama. Es siempre una muestra de buenos modales asegurar a su acompañante de que usted está disfrutando de la situación. Es conveniente, en este caso que el comentario sea breve.

Parece complicado, pero no lo es: "Me lo pusiste como una palmera", por ejemplo, podría aludir las tres características a la vez (consistencia, postura, tamaño) y también constituye un elogio hacia Ella. Si recordamos cuál es el principal piropo que hace feliz a una mujer argentina, podría completarlo de la siguiente manera: "Qué flaca estás, me lo pusiste como una palmera".

¡Oh, no! El forro para damas

Hasta el momento de escribir este libro, el temí del forro para damas sigue siendo algo controvertido

Sí usted quiere aprender a colocárselo a su dama en forma fina y educada, es bueno que primero tome algunas lecciones generales acerca de cómo cuernos colocarlo en términos generales.

Un ginecólogo podrá asesorarlo mejor que muchas mujeres, que suelen tener sus propias confusiones y dificultades con su oculta anatomía. Pero lo ideal es tener una novia ginecóloga.

La colocación es en algo similar a la del diafragma. Si usted nunca insistió en ponerle el diafragma a su novia, tampoco se meta con el forro. Hay muchas cosas más interesantes y divertidas que usted puede ponerle con extremada finura y buen nivel. Por ejemplo, el tapado. Entre otras.

Tampoco sabría qué objeto recomendarle para realizar sus prácticas, porque el aparato sexual de las mujeres es algo tan extraño en la naturaleza que resulta difícil encontrar con qué compararlo. Aun si los moluscos bivalvos tuvieran pelo, seguirían careciendo de ese repentino hundimiento, tan apropiado como misterioso.

El forro femenino bien colocado provoca actualmente sobre la zona externa del sexo de Ella, (el osito, conejito o chacón) un efecto visual (y táctil) comparable a lo que le sucede a la cara de un maleante enmascarado con una media de nailon. Si finalmente Ella le roba algo, es posible que usted nunca sea capaz de reconocerla. No en esa parte, por lo menos.

En resumen, lo más cortés pareciera ser dejar que se lo ponga ella cómo y cuándo se le dé la gana. Y siéntase simplemente halagado si ya lo trae puesto.

COMO CONTARSELO A LOS AMIGOS (Y ESCUCHAR SUS CONFIDENCIAS)

La respuesta a todos los interrogantes acerca del cómo, cuándo, qué y a quién contar.

¿Cómo, cuándo, qué y a quién contar? Las reglas de cortesía indican que al hombre le está permitido contar los detalles escabrosos mucho más minuciosamente que a la mujer. Al menos cuando se relatan las hazañas a la barra. No queda mal lucirse en rueda de amigos, siempre y cuando no se abuse de la paciencia ajena.

En realidad, las mujeres también cuentan. Tal vez no en una mesa colectiva, pero sí a sus amigas íntimas. La gran diferencia está en que mientras las señoras casadas de cierta edad suelen comentar groseramente en rueda de amigas todo tipo de intimidades con sus maridos, los hombres son mucho más discretos en lo que se refiere a sus mujeres oficiales.

Los caballeros pueden hablar de características, olores personales y extrañas costumbres sexuales de lo que ellos consideran un levante pasajero, pero en cuanto pasa a convertirse en Novia Oficial, las confidencias a la barra cesan repentinamente y la actitud cortés de parte de sus amigos es fingir que se les han olvidado todos los detalles, habilidades personales y gustos de su dama de los que hasta hacía poco se jactaba.

En este punto hay que recordar las muchas acepciones que la palabra Novia tiene hoy en el país. Mil investigaciones arqueológicas han comprobado qué hace muchos años Novia era la joven a la que se visitaba en su hogar, se llevaba al cine y con la que uno se relacionaba intensamente en el zaguán, en el ascensor, en el cine o en el sofá de la casa de sus padres, en el caso de padres permisivos. Antes de la década del sesenta, la mayor parte de los varones argentinos relacionaban la palabra Novia con las siguientes incómodas opciones:

- a) dolor en los testículos.
- b) pantalones húmedos.

Con el tiempo, la palabra Novia cayó en desuso y fue reemplazada por Pareja, Compañera, Chica-con-la-que-ando. En esos casos la novia sólo se mencionaba como Novia cuando ya estaban comenzando los aprestos para la ceremonia nupcial.

Los varones jóvenes podían llegar a tener relaciones sexuales completas con sus novias pero resultaban algo incómodas, penosas, muy conversadas y siempre con dudas de carácter psico-ético-social.

Hoy se ha despojado al término Novia de sus connotaciones matrimoniales y se llama alegremente Novia a cualquier mujer con la que se tengan relaciones, incluyendo a lo que antes se llamaba Novia, pero también a lo que se llamaba Programa, Amorcito, Fato, Aventura y/o Amante. Mientras que antes Novia había una sola, un hombre puede tener ahora tantas Novias como se las arregle para mantener entretenidas.

Aclarada esta cuestión, hay que recordar, sin embargo, que sigue existiendo una gradación en la seriedad con que un varón argentino encara la relación con una dama, y esa gradación se puede observar justamente en lo que cuenta o no cuenta acerca de ella.

Claro que la confusión con respecto a sus propios sentimientos puede llevar a ciertos caballeros a contar más de lo conveniente sobre una dama que empieza siendo una novia más y termina por convertirse en su mujer. Esa tendencia puede provocar errores de protocolo que los buenos amigos nunca deberían hacerle pagar con sangre.

Comentarios que los amigos no deben hacer cuando un caballero presenta a la dama con la que piensa contraer matrimonio

- Encantado de conocerla, ¿así que usted era la famosa loca que pedía que le revolvieran los fideos?
- Mucho gusto, señorita, ojalá yo tuviera una novia como usted que no hace arcadas ni cuando la meten hasta la campanilla.
- Qué simpático verla por acá, Iván Facundo siempre nos contaba cómo se moja usted hasta las rodillas cuando le apoyan el dedo ahí.
- Por fin nos encontramos, cuánto me alegro que haya aceptado usted dejar esa costumbre ponerse desodorante en el conejo.
- Viéndola tan elegante, quién se podría imaginar que se le da por usar viejas bombachas de algodón a la cintura.
- Permítame estrechar su mano, aquí los muchachos siempre pensamos que era muy original estilo de saltar desde la cabecera de la cama como quien emboca un aro.
- Qué agradable conocerla en persona, la felicito por su intensa capacidad de absorción que tanto aprecia nuestro amigo.

Algunas señoras consideran descortés que su compañero de juegos hable de ellas con la barra. Por contrario, deberían sentirse orgullosas de ser las causantes de esa jactancia. Esta costumbre es universal; aún los caballeros ingleses de alta alcurnia se las arreglan para insinuar de un modo u otro sus aventuras aunque el protocolo exija cierta reserva.

Con más razón necesitan desahogar sus corazones los argentinos, a los que suele definirse en ese sentido con el viejo y famoso chiste del naufragio.

Naufragio. Sólo dos sobrevivientes. Un argentino y la mujer más bella del mundo han logrado llegar hasta una isla desierta. Allí viven un apasionado romance durante varios días. Hasta que el hombre empieza a decaer visiblemente. Está triste, angustiado, suspira. Ante las preguntas de ella, finalmente le plantea una extraña exigencia: quiere que la chica se vista de varón. Después de mucha insistencia y muy sorprendida, ella acepta un poco asustada. Entonces él se le acerca feliz, con una sonrisa de oreja a oreja, le da una palmada en la espalda y le dice: "¡Qué haces hermano! ¡No me vas a creer a quién me estuve garchando últimamente!"

Con todo, un caballero fino debería tener en cuenta ciertos detalles en cuanto a cómo contar, a quién y en qué circunstancia.

Contando con gracia y natural fineza

- Usted puede lograr fácilmente que TODOS se enteren sin necesidad de convocar a una conferencia de prensa. Basta con contárselo a dos de sus amigos pidiéndoles discreción. Cada uno de ellos se lo contará a otros dos. Ése es el fundamento de las explosiones nucleares.
- Cuando cuente en el café puede ayudarse en la descripción de sus hazañas sexuales haciendo dibujitos sobre una servilletita de papel. Pero no queda fino que llegue directamente a la mesa con un block de hojas canson y carbonilla.

- Los amigos deben insistir cortésmente y hacer preguntas para que El-que-Cuenta pueda desarrollar su historia. Si no lo hacen, sea honesto y pregúntese si no ha abusado algo de su buena voluntad.
- Para los que no son buenos dibujantes, está permitido granear los hechos haciendo gestos con lo dedos. No se considera de buen gusto, en cambio, llevar maquetas a escala.

Hay cierto tipo de vocabulario y expresiones idiomáticas referidas a posiciones, acciones y situaciones que se dan en el combate amoroso que el caballero debe abstenerse de utilizar con su compañera, debido su extrema crudeza. Sobre todo en los primeros encuentros, y hasta asegurarse de que ella está interesada en escuchar ese tipo de expresión.

En cambio puede usarlos en barra de amigos (café, lugar de trabajo, etc.), que se complacerán con su dominio idiomático. "Sopletearle el garaje" o "Revolverle la ensalada", por ejemplo, son expresiones gráficas mucho más apropiadas para contar a los amigos que para usar en el lugar del hecho. La tradicional Piccolina, el Panchito, la Tortugueta, la Afeitadora pueden y deben salir a relucir agradablemente en reunión de amigos, siempre y cuando exista cierto grado de intimidad, y en cambio es posible que a ella le resulten algo molestos por su connotación poco afectuosa. Si usted no conoce el significado de esos términos, hágase asesorar por algún experto. (Recuerde que la experiencia en los hechos no necesariamente coincide con la experiencia en su expresión. Siempre hay gente que conoce a fondo la teoría y no la ejerce). No espere encontrar aquí una lista descriptiva de posiciones más o menos gimnásticas y aun acrobáticas, con sus nombres vulgares y científicos. Este *es* un manual de cortesía sexual, y no de autoayuda erótica. En cualquier biblioteca o librería usted encontrará abundante bibliografía acerca de Cómo Hacerlo.

Entre las mujeres, no siempre se estila como rasgo de cortesía el contar intimidades eróticas a la barra. Todo depende de la barra. Hay barras de amigas que admiten confidencias fuertes, sobre todo aquellas que han sobrepasado la edad de la timidez y ya les falta poco para la edad en la que ya no van a tener nada que contar.

De todos modos, no es apreciado entre damas de cierto nivel el dominio de las simpáticas expresiones idiomáticas que enriquecen la jerga de los varones y que apuntan a demostrar cierta indiferencia emocional de parte de uno de los participantes (el que cuenta).

Si usted, señora o señorita, tiene muchas ganas de contar y siente que su grupo de amigas no es el adecuado receptor de sus confidencias, no dude en contármelo a mí, que siempre estoy encantado de recibir nueva y buena información de primera mano para perfeccionar mis clases.

PROTOCOLO DEL TELO

Dónde, cómo, cuándo y, sobre todo, qué hacer una vez allí.

Podría comenzar este capítulo citando esa interesante maravilla autóctona que es el tango: "Telo que me hiciste mal y sin embargo te quiero". Fue casa de citas, amueblado, mueble, hotel alojamiento y actualmente albergue transitorio, pero de su tránsito por la penúltima opción le quedó para siempre Telo. Su existencia y abundancia demuestra que la trampa es una institución nacional. Con sus características de hotel funciona solamente en las grandes ciudades. En las más chicas es reemplazado ventajosamente por el motel, menos democrático porque exige llegar con auto.

Los hombres que pueden darse el lujo de tener un cuartito azul, la *gargonnière* velada y el gato de porcelana pa' que no maulle al amor son poquísimos. De acuerdo al último censo del INDEC, quedaban solamente tres.

Y si no me cree, eche una discreta mirada a los garajes y verá hermosos autos importados dignos de un bulo en Barrio Norte y no del miserable estacionamiento de un telo.

Hoy todos los bulos de Barrio Norte están convertidos en consultorios de psicoanalistas o de astrólogos. Adentro hay psicoanalistas tristes y solos, cantando tangos en los que recuerdan a sus pacientes traidores que los abandonaron por un astrólogo cualquiera. También hay astrólogos/as trabajando muchísimo. También hay profesionales del sexo y del amor: traviesas, maduras con experiencia, activos para damas y caballeros, jovencitas de abundosas medidas que se ofrecen como expertas en bañar clientes. (Se dice que con la malaria los psicoanalistas subalquilan).

Como está sucediendo en todo el resto de las actividades del mundo actual, las empresas se van haciendo cargo de lo que en otro tiempo correspondía a los particulares. Así, muchas grandes empresas, sobre todo de servicios, tienen cuasi bulines, que se alquilan por día o por semana, para agasajar a sus clientes nacionales y extranjeros, que a veces aprovechan también los cuadros ejecutivos. Pero la gran mayoría de la gente se las arregla bastante bien con el telo.

Su utilización plantea múltiples dudas en relación con las reglas de etiqueta que damas y caballeros deben observar en todas las cuestiones conexas. Para empezar, recordemos que hay más de una razón por la cual una pareja puede elegir el telo en lugar de la casa de cualquiera de los dos. He aquí diversas posibilidades:

Razones que tiene una pareja para ir a un telo

- Los dos son divorciados entre sí y descubrieron que ahora es mucho más divertido, sobre todo en un telo.
- Los dos son divorciados de otras personas y sus hijos respectivos están durmiendo en sus casas.
- Los dos van a ser divorciados. Es de noche y sus respectivos cónyuges están durmiendo en sus casas. O despiertos.
- Ninguno de los dos se piensa divorciar. Esto sucede por lo general en días de semana entre las 10 de la mañana y las 5 de la tarde y nadie duerme en ningún lado.
- Uno de los dos está casado y la señorita vive con sus padres. Esto sucede por lo general al mediodía o en horario de salida de la oficina.
- Uno de los dos está casado y la señorita es profesional sin relación de dependencia.

- Los dos están casados y buscan una pequeña variante. Están casados el uno con el otro, la variante es el telo y pronto comprobarán que es tan aburrido como en su propio hogar, pero más caro.
- Los dos son solteros y viven con sus padres. Han decidido dejarlos dormir en paz por una noche.
- Los dos son solteros y viven solos pero todavía no se conocen mucho y ninguno tiene ganas de limpiar su departamento antes.
- Los dos son solteros y viven solos, ya se conocen lo bastante como para recibirse en medio de medias sucias y cajas de pizza con restos de muzzarella, pero ninguno tiene ganas de cambiar las sábanas después.

En una primera cita, ¿cómo debe proponer el caballero refinado a su amiga la visita al establecimiento en cuestión? En otro tiempo la cuestión de la decisión; quedaba totalmente en manos del varón y la dama debía limitarse a bajar los ojos y ruborizarse con pudor. Había que insinuar la decisión con excusas románticas.

Antiguadas excusas románticas para llevar a la dama al telo

- Necesito estar solo con vos para poder mostrarte todo mi amor.
- Necesito estar solo con vos para mostrarte toda la cicatriz de mi apenciditis.
- Vamos a algún lugar donde vos y yo podamos..... sin testigos. (Rellenar los puntos suspensivos con alguna de estas soluciones:)

- a) meternos el dedo en la nariz
- b) disfrazarnos de canguro
- c) amarnos
- d) untarnos la colita con óleo calcáreo
- e) besarnos
- f) comernos una pizza bien cargadita de ajo.

Pero ese ridículo sistema de antiguadas excusas ha pasado al olvido. Hoy está perfectamente aceptado que la pareja discuta los pros y contras de los lugares que han frecuentado, comparando las ventajas de los precios, servicios y ubicación del telo en cuestión. Sobre todo porque muchas veces le toca pagarlo a Ella.

Con todo, las señoras siguen prefiriendo al caballero que se limita a ahuecar la voz, mirarlas fijo y decir cavernosamente: "Vamos", mientras las encamina a pie o en su vehículo a un lugar que evidentemente ya tenía decidido antes de la cita. Aunque en posteriores encuentros ella tratará de hacerlo dejar el cigarrillo, en esta primera proposición una buena bronquitis tabacal ayuda mucho.

Sin embargo (así de variado y arbitrario es este mundo moderno), el estilo galán desvalido que se ha impuesto últimamente en los teleteatros también funciona. Él debe mirarla con pasión y desconcierto (quizás llorar un poco, para mostrar que es un hombre sensible que no se avergüenza de sus emociones) y dejar todo en sus manos. "¿Adonde vamos?", preguntará con voz temblorosa. En ese caso la que debe tener decidido un lugar es ella.

La cuestión de la indumentaria también tiene su etiqueta. Si se trata de un telo en el que se llega con el auto directamente a la habitación, tipo motel, a la señora le bastará con un par

de anteojos negros. Si tiene que pasar por el garaje, la conserjería y esperar el ascensor, es útil que use un abrigo al que se le puedan levantar las solapas, una bufanda y un pasamontañas. Para el verano se pueden usar simpáticos y livianos pasamontañas de bambula y jersey de algodón. No se aconseja una media en la cabeza porque podrían confundirla con un asaltante y apresurarse a disparar primero. Es una muestra de pésimos modales morir desangrada a la entrada de un telo.

Aunque la dama en cuestión no tenga ningún motivo para ocultar su cara, igual queda bonito que lo haga, al menos en parte. La esencia de la cortesía consiste en hacer sentir cómodos a los demás. Las miradas directas y desafiantes son de muy buen gusto en adolescentes, pero deben dejarse de lado después de cumplir los 21 años (aunque no los represente). Como mínimo, una señora o señorita digna y bien educada debe mirar hacia abajo o hacia el costado cuando se cruzan con otra pareja. Con más razón si uno de los integrantes de la otra pareja resulta ser su cuñada.

El caballero debe mostrarse más desenfadado y bancársela a pie firme: no le corresponde usar más que anteojos aunque tenga ganas de ponerse un disfraz de buzo. (Lo del disfraz de buzo, de paso, no es mala idea. Todo consiste en convencerla a Ella de que venimos directamente de las prácticas de un curso de buceo por correspondencia. Por eso estamos usando las antiparras, el traje de neoprene, las patas de rana y sin embargo seguimos tan séquitos. Se puede llevar la ropa en un maletín aparte y ponérsela después en el baño de un bar).

¿Con video o sin video? Todas las preguntas del conserje van dirigidas al caballero y él es quien debe contestarlas. Resulta extremadamente vulgar que la dama pregunte si no tienen la película de la rubia con los tres tipos y el caballo. Y en modo alguno debe preguntar por esa de la Cicciolina que la semana pasada la daban todos los días.

El caballero refinado debería arreglárselas sin video en una primera cita. Es una muestra de fina cortesía para con la dama que tiene a su lado, a la que supuestamente va a dedicarle todas sus atenciones. Pero si no se las arregla, o tiene dudas, pida con video nomás, que hay cosas peores.

Los telos vienen en todos los tamaños y medidas. Los hay extremadamente económicos, descascarados y deprimentes, los hay tiernos, tangueros y barriales y los hay cargados de barrocas luces de colores, cortinados imitación broccato y variantes divertidas. Las variantes van desde grandes piletones en los que es posible bañarse al estilo Hollywood años 50 hasta módicos gimnasios en los que es posible realizar todo tipo de pruebas acrobáticas. En la Panamericana hay lofts de 180 m y triplex con laberinto y pista de baile. El triplex tiene la ventaja de que se puede dormir tranquilo en un piso mientras la persona desagradable y aburrida con la que uno cometió el error de venir, hace su vida sin molestar en el piso de abajo.

En lo único en que los telos se parecen es en el olor a telo y en que todos tienen las sábanas cortas. Una dama verdaderamente cortés debería hacer algo por volver a dejar la cama más o menos prolija después del combate amoroso. Lamentablemente hoy quedan pocas de ese estilo (mis alumnas sí lo hacen). Como siempre, la cortesía se ubica en un justo medio. No queda bonito hacer levantar al caballero y tenerlo esperando sentadito mientras se da vuelta el colchón y se abre la ventana para ventilar un poco. De todos modos, es inútil: el olor a telo no se va así nomás.

Si busca variantes divertidas, recuerde que el concepto de lo que es "divertido" varía absolutamente de una persona a la otra, de modo que lo ideal es empezar por una habitación normal hasta conocer mejor los gustos compartidos. Hay a quien le gusta balancearse pe-

ligrosamente al borde del abismo amontonados en una hamaca paraguaya mientras otros optan por serruchar frenéticamente al compás de la vibración de una cama giratoria. Pero también hay estómagos sensibles que se marean hasta en un colchón de agua.

Si usted está completamente decidido a realizar pruebas acrobáticas, asegúrese de que el establecimiento esté cubierto por algún servicio de emergencias. Generalmente lo están y son discretos.

La situación de telo plantea innumerables dudas *al* caballero y la dama corteses. Como un simple ejercicio, le propongo intentar responder a las siguientes preguntas.

Tremendas dudas con respecto al protocolo del telo

- ¿Quién de los dos debería levantar el teléfono cuando el conserje llama para avisar que ya es la hora?
- ¿Es elegante llevar un maletín vacío para poder quedarse con un par de toallas con el monograma del telo de recuerdo?
- ¿Queda fino sacar del bolsillo del caballero o la cartera de la dama fósforos, peines, cofias de nylon o avisos de adminículos sexuales obtenidos en el telo?
- ¿Se debe o no se debe apagar el celular cuando uno está en la habitación con su novia/o?
- ¿Es correcto en una primera cita aprovechar la tarjetita que le dieron la vez pasada para el turno con almuerzo gratis incluido?

Si no se siente capaz de responder a estas preguntas, no se preocupe. A todos nos pasa lo mismo. En la duda, ya sabe: sonría sofisticadamente y déle nomás para adelante. La dama o el caballero cortés se reconocen por su aplomo. En la última sección de este libro ("Consultorio protocolar") podrá encontrar algunas respuestas.

COMO ORGANIZAR UNA ORGIA ELEGANTE

A quién invitar, cómo comenzar, con qué juego de sábanas queda más bonito recibir.

Naturalmente, no hay nada tan elegante como las orgías espontáneas. Son infinitamente preferibles a las más cuidadosamente elaboradas, pero... ¡tan raras! Al menos entre los heterosexuales.

Si, ya sé, si usted es lo suficientemente joven se acuerda todavía de aquella vez en que todo empezó yendo a escuchar un recital de rock y después fueron al departamento de Tito y se fumaron unos porros y... Pero sea sincero con usted mismo/a, mírese hasta el fondo de su alma y confiese la verdad: ¿fue todo tan espontáneo como parecía o fue en realidad el producto de una organización sutilmente elaborada? ¿Se la veía o no se la veía venir? Y, sobre todo, ¿cuántas veces le volvió a pasar?

¿Cuántas veces lo que había empezado como una simple reunión de consorcio terminó por transformarse en un enloquecido babosearse de las zonas íntimas entre los vecinos y socios concurrentes?

¿Cuántas veces le pasó ir al cumpleaños de un amigo/a (de 15 a 82 años) y que la reunión termine con todos los invitados desnudos bailando el hula-hula? ¿O un rap de Bob Marley? ¿O un tango compadrito? ¿O sin bailar ni nada, total lo que vale es la parte de estar desnudos?

¿Cuántas veces una reunión de padres en la escuela de sus hijos derivó en un alegre intercambio de caricias en las partes pudendas con los otros padres, la maestra y las autoridades de la escuela?

¿Cuántas veces esa despedida de fin de año de la oficina, la única ocasión en la que usted depositaba realmente sus ilusiones, se convirtió en el salvaje desenfreno general que usted había soñado? Y si vamos ser sinceros, lo mejor de su sueño ¿fue el salvaje desenfreno general? ¿O fue esa parte en que (gracias al desenfreno) conseguía hacerse a la jefa de Relaciones Públicas? ¿O, si usted es una dama, el sector del sueño en que obtenía por fin los favores del asistente de Contaduría? Y de todas maneras, en la realidad, ¿se llegó alguna vez al salvaje desenfreno o todo terminó en una curda triste?

No, las orgías espontáneas no son comunes, no son fáciles, no son cosa de todos los días. Pero una buena orgía, elegante y refinada, debería parecer tan espontánea como sea posible. No sólo el organizador (que no siempre es el dueño/a de casa) tiene que conducirla con extrema sutileza, sino que los invitados deben fingir una agradable sorpresa ante el desarrollo de los acontecimientos. Incluso queda muy bonita cierta resistencia de las participantes femeninas, a las que los caballeros tendrán que persuadir.

Lo primero, por supuesto, es elaborar adecuadamente la lista de invitados. El problema no consiste solamente en encontrar la gente adecuada, sino en no equivocarse invitando personajes que no están en al soluto interesados en la cuestión. Mi tía, Lady Jane Paddle-Badmington, me proporcionó gentilmente esta lista de gente a la que jamás habría que invitar a ninguna orgía.

Lista de gente a la que queda muy feo invitar a una orgía

- La mamá o el papá de cualquiera de los otros participantes.
- La directora del colegio donde van los hijos de uno.

- El degenerado de Panchito Filipelli que siempre se queda con las mejores minas.
- Esa basura de la Trini Saporosky que siempre se queda con los mejores machos.
- El ex cónyuge (propio o de cualquiera de los demás participantes).
- Cualquiera que tenga más de 75 años, a menos que se tengan pruebas de que participó exitosamente en otras orgías recientes.
- Cualquiera que sea menor de edad, a menos que el resto de los participantes, incluido quien organiza, sean también menores de edad.
- El hermano menor de la Chochi, yo sé por qué se lo digo.
- Gente que acostumbre largar los chanchitos cuando bebe en demasía, sobre todo si acostumbra beber en demasía. Es de muy mal gusto proponer a sus invitados revolcarse desnudos sobre una alfombra vomitada.

En cambio al dueño de casa se le pueden hacer las cosas mucho más fáciles si invita al portero y al vecino del piso de abajo. Las orgías no son necesariamente ruidosas, al contrario, suelen ser mucho más molestas para los vecinos esas fiestas inocentes en las que se busca anular el deseo sexual de los participantes (y cualquier otro deseo) atontándolos con el volumen de la música. Pero de todos modos no está mal tener a los vecinos a favor. Tampoco es mala idea incluir a uno o dos agentes de cierta jerarquía de la comisaría del barrio. Suelen ser participantes entusiastas y fogosos.

Es importante que el organizador sepa que va a contar con la buena voluntad de sus invitados y que, aun en el caso de que alguno no se muestre interesado: en participar, tampoco va a salir corriendo a denunciarlo a la Brigada de Estupefacientes, al Juez de Menores o a la suegra de uno/a.

Para eso nada mejor que deslizar en la invitación mismo algún tipo de insinuación que, sin mencionar groseramente sus intenciones, le permita al invitado tener una idea de lo que va a pasar, como para que decida con conocimiento de causa si quiere participar o no.

"Te invito a una fiestita con unos maquinones que dan para todo. ¡Tráete forros!" es perfectamente adecuado si usted está invitando a un amigo muy íntimo y si las participantes femeninas son francamente gatos. Pero no es ésta la clase de orgía profesional a la que me estoy refiriendo aquí, sino las más refinadas orgías en las que nadie cobra nada porque se supone que, todos la pasan bomba.

Cómo invitar finamente a una orgía

- Invite a una fiesta de gala y pídale a sus invitados que se pongan su ropa interior de más vestir.
- Invite como a cualquier reunión pero cuando su amigo/a pregunte qué puedo llevar déjelo elegir entre masitas secas surtidas o un surtido de forros de colores.
- Invite a una fiesta de disfraces aclarando que el tema general es una playa nudista.
- Invite a una fiesta de caridad a beneficio del banco de esperma más próximo a su domicilio.

Además de ciertas mínimas condiciones de aseo, por lo menos al comenzar, el lugar donde se realiza la orgía debería contar con algunos accesorios que sirvan para entretener y hacer sentir cómodos a los invitados, considerando que puede haberlos de muy distintos gustos.

Elementos con los que se debe contar en el lugar donde se realiza la orgía

- Una mesita ratona no muy baja y pantuflas por si alguno de los invitados desea hacer La Tortuguita.
- Buen servicio de agua caliente para los que quieran ducharse después. Y antes si fuera necesario. (Se recomienda agua caliente central y no termotanque si los participantes son muchos.)
- Varios juegos de vibradores con diferentes cabezales. Asegúrese de que sean tan fáciles de sacar como de introducir: queda muy feo tener que llamar al ginecólogo o al plomero a las tres de la mañana por un vibrador atascado.
- Más de una cama para evitar discusiones. También puede servir una alfombra mullida.
- Si no se cuenta con una alfombra mullida, proveerse de varias colchonetas.
- Si se cuenta con una alfombra mullida, tener a mano limpialfombras y quitamanchas.
- Un simpático surtido de forros de varias marcas y colores, con distintos adminículos incorporados.
- Vaselina y otras cremas lubricantes que no contengan vaselina. (Hay orgiastas alérgicos de todo tipo).
- Un juego de destornilladores y una linterna.
- Uno o varios sets de parafernalia sadomasoquista.
- Un botiquín de primeros auxilios.
- Los teléfonos del Servicio Sacerdotal de Urgencia, y de Emergencias Psiquiátricas para los que se arrepienten espantosamente en cuanto acaban por tercera vez. (Siempre hay alguno).
- Una o varias plantas carnívoras.

Usted se preguntará para qué el set de destornilladores y la linterna. O las plantas carnívoras. No tengo por qué decírselo. Es uno de los secretos de la Casa Badmington. Use su imaginación y averígüelo por su cuenta.

Teóricamente, habiendo buena disposición y si se tuvo la precaución de insinuar previamente a los invitados de qué se trata, la orgía debería armarse sola. En la práctica, como en casi cualquier otra actividad humana, la gente necesita ciertos ritos y ceremonias antes de empezar directamente a divertirse. Un buen organizador debe tener preparado algún juego que sirva de excusa para comenzar la toqueta. El más común en la época de la Corte de Versalles era el Gallito Ciego. Nuestra pudorosa posmodernidad exige excusas más sofisticadas. Por ejemplo, en los swinging sixties (que duraron hasta entraditos los seventies) se podían llegar a producir prehistóricas orgías psicobolches empezando con lo que entonces se llamaba un "sensitivity training". En todo caso, siempre es útil tener un terapeuta entre los invitados para que organice alguno de esos jueguitos de tocarse y desnudarse con la excusa de conocerse mejor, explorar los límites de la conciencia, etc. Normalmente y cuando se realizan con fines profesionales, los participantes de estos juegos

tienen que fingir que tocarse no les provoca la más mínima excitación sexual ni nada. Eso no conduce a ninguna orgía pero también es divertido. Es como un secundario mixto, de esas cosas siempre salen parejas.

El viejo juego de las prendas también tiene lo suyo. Se trata de organizar cualquier juego estúpido en el que los participantes deben entregar una prenda por cada error. Como cuando éramos chiquitos, pero esta vez, *all the way*. Si se sigue adelante con la parte de irse a Berlín y hay participantes imaginativos, puede salir una orgía para recordar.

En relación con los detalles de cortesía y buenos modales, las orgías tienen algunas ventajas sobre las comidas por el hecho de ser más informales. En una comida, por ejemplo, nadie debe empezar su plato hasta que no lo haga la dueña de casa. En una orgía, en cambio, nadie se fija mucho en el orden de precedencia, si bien quien se ocupa de organizar debería tomar la iniciativa para alentar a los demás. Tampoco hay que cuidar los lugares en la cama (la dama más importante a la derecha de la dueña de casa, el caballero más relevante a la izquierda) porque son intercambiables.

En cambio, tal como en una comida bien organizada, se recomienda separar los matrimonios, para evitar que terminen discutiendo entre ellos (si se llevan mal), o mirando a los demás y criticando (si se llevan bien).

Si usted sigue estas simples reglas, su orgía será un modelo de educación social y recibirá elogiosos comentarios incluso de los participantes más expertos y refinados.

DESVESTIR Y DESVESTIRSE CON GRACIA Y REFINAMIENTO

O cómo convertir el acto de sacarse la ropa en una situación erótica en lugar de ridícula.

La ropa de las personas no ha sido diseñada para ser sacada. No en público, por lo menos. Ni siquiera delante de un solo espectador. Excepto por personas especialmente entrenadas para ello. En el Actor's Studio, de Hollywood, además de las clases de baile y de actuación, se dedican seguramente un mínimo de tres semestres a la técnica de sacarse la ropa con gracia.

La gran dificultad que tiene el ser humano normal para dominar esta técnica hace que ni siquiera en las películas uno vea muy seguido a los actores en el acto de desvestirse. Sólo los mejores alumnos son capaces de realizar todos los movimientos con perfección suficiente como para que el acto pueda considerarse parte del juego erótico.

Claro que, hablando de películas, también están las comedias reideras. La definición de comedia reidera es la siguiente: una película en la que un hombre y una mujer que van a tener relaciones sexuales se desvisten como en la vida real. Eso no quiere decir que la vida real sea siempre una comedia. Pero admitamos que es bastante ridícula. Trate de imaginarse por un momento un drama profundo, una honda tragedia en la que aparece un señor bajándose los calzoncillos.

¿Y los espectáculos de *striptease*? Preste atención la próxima vez (¿no le da vergüenza ver espectáculos de *striptease*?) y comprobará que las bellas no usan ropa común y corriente (y no sólo por lo erótica o por las lentuejuelas) sino ropa especialmente diseñada para ser sacada. Bombachitas con botones de cote, corpiños que se desabrochan por adelante, medias con portaligas y el resto de la parafernalia erótica que venden en casas especializadas.

Pero la lencería es sólo una de las cuestiones: los jeans, los vestidos, los trajes, las camisas, presentan el mismo molesto problema. Tienen botones, cierres, ganchos. Esa ridícula prenda moderna, los jardineros, serían lo más difícil de sacar del mundo si no existieran los malditos bodys.

Sin hablar de las medias. Un problema que antes atañía solamente a los caballeros y que con el auge del pantalón femenino afecta por igual a las damas. ¿Conoce usted a alguien capaz de sacarse una media con refinada elegancia sensual? ¡Si es una dama, preséntemela por favor! Pero si es un caballero, también: estoy siempre deseoso de aprender y dispuesto a enriquecer mi catálogo de buenos modales y los ejercicios con que entreno a mis alumnos. Por el momento y en cuanto hace específicamente a las medias, recomiendo dejárselos puestos, al menos en una primera cita.

Hay prendas tan francamente ridículas que es preferible sacárselas en el baño. Por ejemplo, esas cosas horribles que les resultan tan prácticas a las mujeres y que de tan antiestéticas no tienen ni siquiera un nombre definido y adecuado que permita referirse a ellas con cortesía. Me refiero a las panties. Los caballeros elegantes pueden llamarlas collant, o leotardos, a menos que sean varones heterosexuales, en cuyo caso es más probable que les digan cancan o medibachas. Las mujeres les dicen simplemente medias, pero es mentira. Las panty o medias panty resulta un nombre bastante adecuado, aunque no muy atractivo, precisamente como la prenda en sí.

Pero pasemos a los consejos concretos. ¿Cómo desvestir y desvestirse con elegancia? La regla general de la cortesía sexual indica que, para hacer sentir realmente bien a su compañero/a de cama usted debe mostrarse absolutamente desenfrenado/a. Esto se aplica

sobre todo a los varones. No hay nada de tan buen tono como arrancarle salvajemente la blusa haciéndole saltar todos los botones. Si está decidido a optar por ese camino, recuerde tener siempre a mano un pequeño costurero portátil para cuando salgan del telo.

No recomiendo en cambio a las damas que le hagan saltar a El los botones de la bragueta. Los caballeros no aprecian ese tipo de gestos en todo su valor y prefieren que Ella se lo tome con más calma. El terror a no tener cómo cosérselos antes de salir a la calle puede llegar a desconcentrarlo por completo. (Sólo podría admitirse si están en casa de Él y si Él está seguro que usted se los va a coser).

Lo que de parte de Él puede pasar como una loca pasión, de parte de Ella podría ser visto como simple torpeza. Pese a toda la literatura en contra, hay que admitir que rara vez los varones estamos tan absortos en el acto que tenemos entre manos como para olvidarnos de la ropa. Más de una vez los caballeros refinados miramos con tristeza el horrible montón de la camisa y los pantalones sobre la moquette, que hubiéramos preferido mil veces colgar prolijamente en una percha aun a riesgo de romper el clima. A nosotros el clima no se nos rompe y la ropa fina sí. O por lo menos se arruga muchísimo.

Sacarle el corpiño a una dama es una acción que algunos caballeros hemos aprendido a practicar con arte maestro y no es difícil de aprender. Después de todo ellas se lo sacan siempre sin mirar. Pero los fabricantes, celosos de nuestra habilidad, siempre inventan algún truquito nuevo para volvernos locos. También suele suceder que el fabricante no tiene la culpa de nada y si resulta difícil extraer la prenda es simplemente porque está incrustada en las abundosas carnes de nuestra protagonista.

Si el primer elegante gesto no resulta en lo que esperábamos, nada es muestra de tan buenos modales como tomar cierta distancia y decirle a nuestra amiga que queremos ver cómo se lo quita ella misma. Con esa simple estrategia le pasamos la pelota del ridículo a la dama. Ya sea por absurdo o por erótico, el espectáculo será sin duda divertido.

En cuanto a cómo sacarse la ropa propia, tal como para mejorar cualquier otra acción que tenga que ver con el lenguaje corporal, no hay como el espejo. Y mejor todavía si tiene usted una cámara de video con la que pueda controlar sus ejercicios. En su folleto sobre ejercicios eróticos, mi tía Lady Jane Paddle-Badmington recomienda realizar las siguientes pruebas:

Ejercicio para quitarse el calzoncillo con refinada elegancia

- Tome con los pulgares de ambas manos los costados del elástico del calzoncillo. Agáchese deslizándolo hasta medio muslo sin flexionar las rodillas. Levante la pierna izquierda y sáquela del agujero con un movimiento de jeté desde segunda posición (una patada en el aire partiendo de los talones juntos y dedos separados). Deje caer el calzoncillo al suelo y con el otro pie déle una graciosa patada que lo envíe por el aire haciéndolo caer en la silla. Practique este ejercicio quinientas veces y no llore si a la vez número quinientas igual se le queda enganchado en un pie.
- ***Ejercicio para quitarse el corpiño con gracia inefable***
Eche los hombros hacia atrás y párese derecha como le enseñó su mamá. Lleve las manos hacia la espalda y desenganche. Retire las manos lentamente haciéndolas deslizar por su cuerpo hacia adelante mientras arrastra enganchados los breteles de la prenda en cuestión. Retírelo y arrójele graciosamente sobre la silla con un leve movimiento de muñeca. Debe caer justo sobre el calzoncillo de él. Practique este

ejercicio quinientas veces. No llore si a la vez número quinientas se le sigue quedando enganchado en el antebrazo o peor todavía, si no puede evitar el tristísimo efecto de aflojamiento y caída en el momento de desabrochar.

Pero además de los ejercicios para sacársela, la cuestión de la ropa en sí misma no es desdeñable. Por supuesto, usted puede tener la suerte o la previsión de estar usando esos slips recién comprados para esta precisa ocasión con su Princesa Ideal, esa lencería erótica que venía guardando para estrenarla con su Príncipe Azul. A veces pasa.

Pero también pasa que la ocasión nos encuentra con lo que trajimos puesto. Eso puede ser terrible, por supuesto, porque lo que los argentinos traen puesto habitualmente debajo de su muy cuidada ropa exterior suele ser bastante deplorable.

Se trata del pueblo sobre la tierra que más gasta por cabeza en desodorantes y jabones de tocador. Pero de acuerdo a los últimos estudios de marketing, la mujer argentina de clase media se compra un corpiño nuevo aproximadamente una vez cada año y medio como promedio. Y el varón incorpora un slip a su breve stock no más de dos veces por año, entre las clases más acomodadas.

Por lo que se hace imperioso proponer a mis lectores y discípulos algunos sencillos remedios para disimular la triste realidad:

Corno disimular las imperfecciones de su ropa interior

- *Situación:* Cómo disimular una papa en la media.
- *Solución:* Este era hace años un problema masculino, pero hoy cualquiera de los dos podría estar usando pantalones con medias deportivas. Sea usted la dama o el caballero, hágalo sin sacarse las botas. Queda sensacional, salvaje y refinado al mismo tiempo. Eso sí, cuando la temperatura pasa los 35° C. las botas molestan un poquito. Pero la elegancia siempre tiene algo de incómodo, ¿no es verdad?

- *Situación:* Cómo disimular un elástico estirado.
- *Solución:* En bombachas, slips masculinos o corpiños, quedan siempre muy antiestéticos. Las prendas con elástico estirado suelen tender, además, al color que los franceses llaman "gris lava-rrope" (pronunciar las r como g). Tiene a su disposición el viejo recurso de sacarse la ropa interior en el baño, volver a ponerse todo arriba y fingir que no usa nada debajo de los pantalones o la pollera. Queda muy elegante y terriblemente erótico. Total, para conocerse ya habrá tiempo.

- *Situación:* Cómo disimular los descosidos.
- *Solución:* Esos ex adornitos de encaje, ese detalle con frunce, esos apliques con forma de corazón que penden deshinchados y deprimentes porque se soltaron de la bombachita que está a punto de pasar a la categoría *trapo del baño*. Esos tenebrosos agujeros que adornan la varonil camiseta en las axilas. El cote del refuerzo en los calzoncillos tipo suspensores. Si la pasión viene tan arrolladora que no hay tiempo de esconderse en el baño, opte por la velocidad. En lugar de ponerse a luchar con

los botoncitos o ganchos de su oponente, dedíquese a sacarse rápidamente lo suyo y esconda todo debajo del saco.

Pero, sobre todo, tenga en cuenta el viejo y repetido adagio de que la verdadera cortesía empieza por casa. Si usted vive solo/a, le levantará el ánimo renovar con más frecuencia sus prendas íntimas. Además, cuando usted va a un brujo/a para conseguir pareja, lo más probable es que le pida una prenda interior usada y no va a pasar vergüenza con esas porquerías deformadas y rotas que tiene en el cajón.

Si usted es casado/a, ¿no le da vergüenza esperar a tener un fato para renovar su stock de ropa interior? Su cónyuge también se merece un poquito de atención. Que un calzoncillito nuevo de vez en cuando, que alguna bombachita sin agujeros no estratégicos. Y, sobre todo, se trata de estar prevenidos: el fato se puede dar en cualquier momento.

MODELOS NACIONALES DE MODALES SEXUALES

Desde Domingo Faustino Sarmiento hasta Valeria Mazza pasando por todo lo que se pueda imaginar

Las reglas de cortesía no son más que convenciones que van cambiando para adaptarse a los tiempos que corren, siguiendo apenas una regla general: se trata siempre de que el prójimo se sienta a gusto y bien tratado. Existe una cierta tradición que se va modificando de acuerdo a los cambios culturales y sociales.

Por eso cuando llegué a estas tierras me dediqué a la investigación histórica, para tratar de descubrir en qué modelos de cortesía sexual basaban su conducta los argentinos. Descubrí grandes diferencias generacionales. Durante muchos años los medios audiovisuales nos proveyeron información acerca de la conducta más adecuada a llevar en la cama.

Las escenas más ardorosas en el cine y con más razón en la televisión solían interrumpirse al llegar al beso. Esto era así en Hollywood y más todavía en nuestro tímido cine nacional. Es fama que la actriz y cantante Lolita Torres, madre del actor y cantante Diego Torres, se negaba por contrato a besar a sus galanes cinematográficos, por eso en sus películas los besos se muestran siempre de la rodilla para abajo. Un beso apasionado se hacía en puntas de pie o levantando una pierna con la rodilla flexionada hasta casi darse golpecitos en el trasero con el talón.

De modo que hay una buena cantidad de argentinos, pertenecientes a generaciones de cierta edad, que abrevaron sus conocimientos de cortesía sexual en dos fuentes bien diferenciadas: los varones aprendían leyendo las *Memorias de una princesa rusa* y las mujeres leyendo a Corín Tellado o Carlos de Santander. Esas diferencias provocaban ciertos desfasajes a veces difíciles de revertir.

En cambio las nuevas generaciones tienen a su disposición (y las usan) las más variadas técnicas de cortesía (y de todo lo demás) en films, series y teleteatros.

El mundo ha cambiado bastante, pero más todavía ha cambiado la forma de representarlo. Eso es fácil de observar en la evolución de las películas policiales. Así como Broderick Crawford se limitaba a poner vallas en los caminos, Mike Hammer era ya un poco menos formal y retorció por detrás el brazo de los maleantes mientras les recitaba sus derechos (a veces incluso ni les recitaba sus derechos), hoy los policías de la tele suelen cortar a los delincuentes en pedacitos chicos que luego introducen entre dos trozos de pan de centeno, aderezándolos con ketchup.

De la misma manera, un rápido paseo *zapping* por las variadas ofertas de los canales de cable muestra todas las variantes posibles, solitarias, acompañadas y en grupo de realizar el acto sexual, pero con una particular e intensa preferencia por los asesinos sádicos en serie.

Puede decirse que las nuevas generaciones se están formando con una propuesta de protocolo que incluye qué cuchillo es más adecuado (y cómo sostenerlo) para cortar el pezón izquierdo a una dama de cierta edad. Cualquier adolescente conoce el gesto displicente con que conviene apagar un cigarrillo en el ombligo de su partenaire (adecuadamente encadenado a la cama). Y ninguna jovencita se pregunta hoy si para rebanarle el sexo a su compañero es más correcto sostenerlo entre dos dedos o pincharlo con el tenedor.

Sus elecciones personales en cuanto a sus modelos de cortesía sexual pueden ser tan variados como lo es la personalidad de cada uno. Por eso, para conocerse mejor, le propongo este pequeño test:

- Su personaje nacional ejemplar en materia de modales eróticos femeninos es:
 - a) Dolores Barreiro
 - b) Moria Casan
 - c) Horacio Fontova
 - d) Cris Miró
 - e) Tania

- A usted le gustaría mostrarse en la cama tan refinado/a como imagina a:
 - a) Gerardo Romano
 - b) Miguelito Romano
 - c) Gerardo Sofovich
 - d) Jorge Porcel
 - e) Matilde Menéndez

- Usted le daría el Primer Premio de Cortesía Erótica a:
 - a) Bernardo Neustadt
 - b) Alvaro Alsogaray
 - c) Gustavo Beliz
 - d) Fernando de la Rúa
 - e) Florentina Gómez Miranda.

No importa cuántos puntos haya sumado, si usted eligió a cualquiera de los modelos propuestos, su situación es muy grave. Le recomiendo dejar de ver televisión abierta durante los próximos catorce años y dedicarlos a perfeccionar y refinar sus gustos en mis clases privadas.

LA PROBLEMÁTICA CORTESIA DE LA MAÑANA SIGUIENTE

No importa dónde se encuentre, siempre hay una manera de ser cortés con su partenaire de la noche anterior.

Está bien. Esta vez lo lograron, muchachos. Llegaron hasta el fin y no sólo por un miserable turno de dos horas sino con dormida incluida. Felicitaciones. Es mucho más agradable dormir juntos que andar dando vueltas a la madrugada por la ciudad, con frío, semidormidos y borrachos, buscando un taxi y preguntándose qué absurdo impulso fisiológico los llevó a esa triste situación. Peor todavía si se gastaron toda la plata en el telo y ahora tienen que esperar el colectivo. Decididamente es mucho más agradable dormir juntos.

Hasta ahí, todo bien. El problema es despertarse juntos, sobre todo si es por primera vez. Supongamos que no tengan dolor de cabeza, acidez en el estómago y en el aliento y una extraña sensación de irrealidad. Supongamos que cada uno logra recordar el nombre del otro e incluso en qué circunstancia se conocieron. Eso ya sería perfecto. Sin embargo, no siempre sucede y es precisamente en esas ocasiones de confusión y dudas cuando debemos echar mano a nuestras reservas de alta cortesía.

Qué decirle a la mañana siguiente a su compañero/a de cama cuando no logra recordar su nombre

- Buen día, corazón de melón, qué noche fabulosa. Quiero que me digas muy bajito en el oído todo lo que hicimos juntos. (Eso lo/a va a ayudar a orientarse).
- Hola, mi vida, qué linda/o que estás a la mañana, ¿no me buscarías el lente de contacto que se me cayó anoche en el baño? (Usted jamás usó lentes de contacto pero mientras él/ella busca, puede emplear ese tiempo en registrar sus pertenencias para encontrar documentos, direcciones y cualquier otro dato reciente).
- Lucecita de mis ojos, qué felicidad despertarnos así, abrazaditos. Ahora cerrá los ojitos y contá hasta setenta y dos. (Exactamente el tiempo que le llevará a usted ponerse la ropa y escapar rápidamente de dondequiera que esté).
- Negrita/o mío/a (esta denominación es correcta incluso en el caso de que Él o Ella sean rubios), el calor de tu cuerpo me enloquece, creo que voy a besarte otra vez. (Y si tiene ganas, aproveche, total igual después va a tener tiempo para pensar quién es y dónde está).

Por supuesto, ése es un caso extremo. Mucho más frecuente y más lógico es que usted recuerde perfectamente a la persona con la que está pero se sienta espantosamente incómodo de despertarse en ese lugar. ¿Qué lugar? Bien, el mundo moderno brinda muchas opciones.

Es posible que hayan dormido en un telo y entonces van a ser los dos los que se despierten en territorio enemigo.

Pero si ambos son adultos y no conviven con una pareja, es posible que estén en casa de alguno de los dos.

En esa casa pueden estar ustedes solos pero también pueden estar compartiéndola con hijos varios y hasta con empleada doméstica.

Si son ustedes adolescentes o muy jóvenes, no es raro que estén usando la novedosa opción de novio/a con cama adentro, con lo cual tendrán que enfrentar a los padres y/o hermanos/as de su compañero de cama.

Todas estas alternativas presentan tantos problemas de protocolo que es mejor analizarlas una por una.

1) Cómo comportarse por la mañana en casa de su compañero/ de cama, que vive solo.

- No importa qué porquería hayan estado haciendo con la boca la noche anterior, usar el cepillo de dientes del otro/a no es de buenos modales.
- Sonría amablemente, mire a su alrededor y elogie la inmundicia pocilga como si le pareciera un lugar perfectamente limpio y habitable.
- Contenga sus ganas de salir corriendo y acepte sin chistar el café con leche lleno de nata y las tostadas quemadas con la mermelada asomando por los bordes. Cómase todo calladito y no se limpie con las sábanas.
- Arrégleselas con sólo cinco minutos en el baño. Si la relación sigue adelante, él o ella ya va a tener tiempo de enterarse que usted necesita un mínimo de dos horas y media para hacerse la toilette.
- Si es varón, por favor no se olvide de levantar la tabla del inodoro. Si es mujer, no tire algodones aunque sólo estén embebidos en crema nutritiva o base de maquillaje.

2) Cómo enfrentar a la mañana a los hijos del compañero/a de cama.

- Contenga sus deseos de gruñir y póngase el ridículo salto de cama amarillo con lunares morados que Él o Ella le está ofreciendo. Es mejor que vestirse enseguida e infinitamente mejor que su vergonzosa ropa interior a la luz del día.
- Cuando el pequeño/a le vuelva a estampar el pan con manteca en su mejor pantalón, sonría sofisticadamente. Nunca le dé un mamporro a menos que la madre o el padre estén en el baño.
- Si se trata de un/a adolescente, puede desmayarlo de un zapatazo y fingir que se resbaló. Use el taco del zapato contra la nuca.
- Los chicos de hoy suelen aceptar muy bien este tipo de situación, hasta es posible que le preparen el desayuno. En ese caso, que lo pruebe primero el perrito. El teléfono del centro de intoxicaciones es 962-6666. El perrito, de todos modos, no sobrevivirá.

3) Qué decir en la mañana del domingo a la familia de su novio/a que está tomando el desayuno en la cocina.

- No decir nada es socialmente muy aceptable. Deslícese hasta la puerta de salida. Todos tratarán de fingir que usted no existe. Incluso si le da un pisotón al papá y cae violentamente sobre la mamá haciéndole volcar el mate, mientras usted no los obligue a otra cosa, se comportarán como si fuera invisible. Puede aprovechar para llevarse algo que valga la pena.
- Salude cortésmente pero sin exagerar. Ellos están esperando que usted afloje para mandarlo a comprar facturas. El primero que se viste pierde.

- Sobre todo, no hace falta que haga ningún comentario acerca de lo bien que la pasó con él/ella Ya todos escucharon.
- Sonría sofisticadamente y haga comentarios acerca de lo poco comprensivas que eran las familias de todos sus otros novios/as. Eso le va a caer muy bien a todos y es posible que lo/a inviten dormir el sábado siguiente con el gran danés que tienen en el patio de atrás.

COMO DECIR CLARA Y CORTESMENTE QUE NO

Sin lastimar, sin ofender, sin perder la simpatía de su admirador/a.

Ustedes pensarán que una persona de cierta edad, como yo, observa con malos ojos todos estos avances en materia de libertad sexual. ¡Todo lo contrario! Si nuestra sociedad fuera siempre igual a sí misma, la mayor parte de la gente, después de haber llegado a la adultez, sabría cómo comportarse simplemente por haber asimilado la tradición de sus mayores. Tal como están las cosas y en medio de este constante terremoto, nadie sabe exactamente qué es lo que se espera de él/ella. Y gracias a eso, tengo en mis cursos alumnos de todas las edades, incluyendo muchos ex alumnos satisfechos con mis cursos que deciden actualizarse.

Saber decir que no en forma definida, terminante y, al mismo tiempo, sin ofender al prójimo ni lastimar su amor propio, es una de las máximas pruebas de que se posee un alto grado de cultura social.

En otras épocas de la humanidad, este capítulo iría dirigido solamente a las mujeres. Se suponía que los varones de la especie eran ansiosos y desafortunados sexópatas siempre listos para aceptar cualquier invitación a cualquier cosa que viniera desde una mujer. Se suponía que las invitaciones por parte de las mujeres no venían, o venían menos o venían en forma menos abrumadora y directa que en estos tiempos.

Los caballeros se quejan, además, de las violentas e inesperadas reacciones que puede provocar hoy en una mujer un piropo cortés, o un flirteo sin mayores intenciones. Basta con que uno diga inocentemente, por ejemplo, "Qué agradables le quedan las medias ortopédicas" para que la dama en cuestión exija allí mismo que el caballero cumpla con sus deberes hasta el fin.

Hoy todos nosotros, varones y mujeres, tenemos que estar preparados para decir que no, y es preferible que sepamos hacerlo con gentileza, sin herir los delicados sentimientos de nadie.

Como las mujeres están menos acostumbradas a realizar avances directos, también sienten más duramente el rechazo. Por eso un auténtico caballero debería extremar su delicadeza a la hora de rechazar ofertas femeninas. Aquí proponemos salidas aceptables para distintas situaciones:

- *Situación:* Cómo retirar cortésmente de su rodilla la mano de la abuelita de Romina, que avanza por debajo del mantel.
- *Solución:* Finja que se le cayó un bocado y pínchela enérgicamente con el tenedor.

- *Situación:* Cómo impedir que una señora gordísima lo apreté en el colectivo con la excusa de que va muy lleno.
- *Solución:* Trate de robarle la billetera. Si no consigue sacársela de encima, al menos se habrá ganado unos pesos.

- *Situación:* Qué hacer cuando la dentista le pide que se saque los pantalones para poder revisarlo bien.
- *Solución:* Si su dentista no le gusta, ¿qué espera para cambiar de profesional?

- *Situación:* Cómo reaccionar cuando su psicoterapeuta se acuesta con usted en el diván.
- *Solución:* Analícele la contra transferencia y si no da resultado hágala caer de un empujón.
- *Situación:* Cómo evitar que la Jefa de Personal se siente con las piernas cruzadas sobre su escritorio.
- *Solución 1:* Si usted está por encima en el organigrama, y la dama en cuestión es bigotuda, díglele gentilmente que necesita más espacio en el escritorio para estudiar las situaciones de despido del personal jerárquico.
- *Solución 2:* Si usted está por debajo, lo siento, pero creo que va a tener que hacer un pequeño sacrificio. También puede denunciarla por acoso sexual, pero queda bastante feo.
- *Situación:* Cómo negarse a los legalísimos avances de su legítima mujer, que no tiene por qué saber en qué anduvo usted gastando proteína justo hoy.
- *Solución:* Use las mismas excusas que da ella: es muy tarde, me duele la cabeza, los chicos están despiertos, está por llegar mi mamá, mañana hay que levantarse temprano, tocan el timbre, me siento engripado, hoy mejor no, estoy paspado. Recuerde que no será fácil convencerla de que está menstruando.

Para las damas, no hay nada tan cortés como convertir el simple y brutal NO en un simpático, tierno y prometedor AHORA NO. Es la esencia del atractivo de las histéricas y cualquier chica popular sabe manejarlo perfectamente. Vale para todas las etapas y situaciones de la relación, incluso aquella en la que no hay ninguna relación.

De todos modos, una buena excusa nunca tiene por qué resultar ofensiva. Como ejercicio, elija entre estas excusas las que le parezcan más o menos corteses para decir que NO.

Excusas para diferir sin rechazar

- Hoy estuve en el dentista y me dijo que no me meta nada en la boca hasta mañana.
- El problema es que tengo faringitis y por eso me duele al tragar.
- Me encantaría pero estoy haciendo la dieta disociada y hoy no me tocan proteínas.
- Anhele con locura ser enteramente tuya, pero hoy no puedo porque tengo curso de citopatología del ángulo agudo.
- Sí, yo también, el problema es que voy a andar un poco a las corridas en los próximos 25 años. Pero después sería sensacional.
- Claro que quiero, mi amor, es sólo que hoy estoy agotada, mañana tenemos que salir, pasado vienen tus padres y la semana que viene me va a doler la cabeza.
- Te deseo desesperadamente pero tengo que ir a la marcha en defensa de los derechos del estornino polar.

En materia sexual, hay variadísimas situaciones en las que, ya sea usted la dama o el caballero, puede tener intenciones de negarse. En estos casos, un NO mal empleado daña seriamente la autoestima de nuestros amigos. La idea general consiste, entonces, en apuntalar el orgullo de la persona a la que vamos a negarnos, de manera tal que no se sienta incómodo/a y se atenúe lo que un psicólogo recién recibido llamaría la herida narcisística.

(Como regla general, absténgase de psicólogos/as recién recibidos, están en funciones día y noche y suelen ser sumamente descorteses. Si no puede abstenerse, en las casas especializadas en lencería erótica suelen vender también prácticas mordazas. En mi Inglaterra, cuna de la cortesía, a los psicólogos se les enseña desde chiquitos a no hacer comentarios personales, ni siquiera a sus propios pacientes).

Veamos entonces algunas frases adecuadas para rechazar ciertas proposiciones o pedidos fáciles de adivinar:

Excusas para negarse con elegancia a ciertas proposiciones

- Amada mía, compañera mía, eres tan tierna y maravillosa como una rosa con pétalos de carne. ¿Sabías que el pescado me da alergia?
- Luz de mis ojos, todo mi ser tiembla en el feroz deseo de ser tuya de todas las formas posibles. ¿Te conté de cuando me operaron de hemorroides?
- Por tu culpa estoy vibrando de pasión y ansío prolongar este loco placer que nos convoca al delirio pero de números no me hables que nunca fui bueno/a en matemáticas.

Espero que estas sencillas propuestas, en las que sólo he contemplado las excusas para las situaciones más vulgares y repetidas, le sirvan a usted para adoptar una regla general que le permita rechazar con elegancia todo lo que no quiere.

Mi tía, Lady Jane Paddle-Badmington, recomienda el uso de elementos más definidos para los casos de personas que por falta de entrenamiento en cuestiones de cultura social sean incapaces de aprender alusiones delicadas. Personalmente, ella prefiere el atizador de la chimenea pero un buen picahielos también puede ser. Como ninguno de los dos elementos suelen estar a mano en un hogar argentino, recuerde que los cuchillos de cocina también valen y siempre sirve clavarle la llave en un ojo.

GAFFES SEXUALES: COMO DISIMULARLAS

Cómo andar por la vida sin que nadie se dé cuenta de cómo y con quién, a menos que se nos dé la gana de publicarlo.

Vaya a saber por qué, el sexo es algo que a la mayoría de la gente le da muchísima vergüenza. Yo mismo tengo un amigo que siempre se pone todo colorado. (Mide unos 17,5 cm y cuando está contento sabe saludar solito). Bromas aparte, la educación que nos impone desde niños nuestra cultura occidental (cristiana o no), por supuesto, tiene mucho que ver.

Los buenos modales en general indican que el sexo no es para ser mostrado, excepto en las playas nudistas o en las playas comunes pero solamente hasta los cuatro años. Y aun así, cuando un chiquito/a menor de cuatro años anda por la playa desnudo, siempre aparece algún afable señor/a que notifica a los padres sobre el peligro de dejarlos así porque "los puede picar algún bichito de la arena". Se trata de misteriosos bichitos de la arena a los que les interesan solamente las partes sexuales de los niñitos y desprecian con indiferencia cualquier otra zona de su piel.

A las viejas generaciones les enseñaban desde la más tierna infancia que no había que tocarse ahí porque se iban a enfermar. También se hablaba de delincuencia y de demencia precoz. A las nuevas les explican que tocarse ahí es un acto sumamente secreto y privado que jamás deben realizar delante de otros, con la misma intensidad con que se les enseña que no deben instalarse con la pelela en la alfombra del living.

Pero ahora, por fin, ya somos adultos. Ahora ya sabemos que no nos van a crecer pelos en la palma de las manos (o por lo menos tenemos la firme esperanza de que no crezcan; y en el peor de los casos, la máquina de afeitar a mano). Y sin embargo las evidencias públicas de nuestras costumbres eróticas nos siguen avergonzando espantosamente y son motivo de papelones sociales. A menos que se nos dé por jactarnos, por supuesto. Así de ambivalente es el corazón humano.

Si en una reunión familiar al sacar su pañuelo del bolsillo se le cae un forro usado, usted va a pasar vergüenza en el condado de Essex exactamente igual que en San Antonio de Areco. Las enseñanzas que nos aportan un conocimiento cabal de las reglas de cortesía y buenos modales no van a evitar que alguna vez cometamos una gaffe sexual en público. Lo importante es estar convenientemente preparados para ese momento, es decir, ser capaces de comportarnos con indiferencia y aplomo para superar la situación como si todo fuera perfectamente normal y explicable. Exactamente igual que en una gaffe social de cualquier otro tipo.

Se trata de levantar el forro usado con una refinada sonrisa mundana y cosmopolita y preguntar en voz bien alta a quién se le cayó.

A nadie le gusta que un vecino abra la puerta y lo sorprenda en el acto de hacer muecas ridículas frente al espejo del ascensor. Pero a veces pasa. De la misma manera, no tiene nada de agradable ser sorprendido/a apretando en el ascensor con su novia/o. Y menos todavía en una simpática práctica de autoerotismo veloz (no recomiendo intentarlo a nadie que no viva del piso 14 para arriba).

La cultura de convivencia social indica que debemos estar preparados para todos los eventos. Por eso le propongo aquí una lista de posibles papelones socio-eróticos con la reacción adecuada en cada situación. Esta cuestión es particularmente importante para los nativos/as de este suelo, que poseen un extremo sentido de la dignidad y le temen al ridículo más que a la muerte. Naturalmente no es posible encarar todas y cada una de las infinitas posibilidades de pasar vergüenza, pero de la suma de los casos sabrá usted deducir las reglas generales subyacentes.

- *Situación:* Usted organizó en su casa una reunión de consorcio. Justo en ese momento a sus hijos se les ocurre sacar del placard la muñeca inflable que compraron en el *sex-shop* de Florianópolis.

- *Solución:* Sonría con refinado cosmopolitismo y comente: "Qué realistas hacen ahora los juguetes, ¿verdad?". No se sorprenda si el del cuarto B se la pide prestada para su sobrinito al terminar la reunión.

- *Situación:* Usted invitó a cenar a la directora del colegio religioso al que asisten sus hijos. De pronto la empleada entra en el comedor enarbolando un vibrador pintado con la carita de Gerardo Romano y pregunta: "Señora, ¿dónde se guarda esto?"

- *Solución:* Sonría con refinado cosmopolitismo y diga sin pestañear: "Por favor, Jacinta, póngalo en el freezer, ya le dije que eso no se sirve hasta después del postre". No se preocupe por lo que pase después: le aseguro que nadie lo va a reclamar con el café.

- *Situación:* La empresa recibe a sus principales clientes. Usted pone el video que muestra el funcionamiento de la fábrica. Apagan las luces y empieza "Lengüitas de fuego", el cassette que usted sacó para entretenerse en su hogar con su legítima señora.

- *Solución:* Sonría con refinado cosmopolitismo (total, están las luces apagadas y nadie va a ver que se puso mitad colorado y mitad verde) y haga algún comentario con respecto a la multiplicidad de servicios que la empresa brinda a sus clientes. Y vaya buscando otro trabajo.

- *Situación:* El jefe de personal abre de golpe el placard donde se guardan los abrigos. Ustedes están adentro. La dama está con un pecho al descubierto y la pollera arremangada. El caballero se ha bajado los pantalones.

- *Solución:* Sonrían con refinado cosmopolitismo e invítenlo/a a participar. También pueden fingir que él ha sufrido un desmayo y ella le aflojó el cinturón para ayudarlo a respirar y después ella sufrió un desmayo y él le aflojó el corpiño para ayudarla a respirar. Justo en ese momento se estaban dando respiración artificial el uno al otro. En ese caso no hace falta sonreír.

- *Situación:* Usted le dijo a su señora que saque la plata del bolsillo de su pantalón. Ella vuelve exhibiendo todo lo que sacó del bolsillo (plata no había): un paquete de forros abierto, un anillo erector, un cepillo de dientes descartable con un pomito de pasta, un sachet de shampoo y un aviso de crema con yohimbina.

- *Solución:* Sonría con refinado cosmopolitismo y use todos los elementos ahí mismo sin dar explicaciones. Incluso el shampoo. Cuando ella trate de hablar, lávele los dientes.

• *Situación:* Lo mismo pero a la inversa. Usted es Ella y el que encontró todos los elementos en su cartera es su marido. Parece que fuera la misma situación pero en realidad es completamente diferente y requiere otro tipo de respuesta.

• *Solución:* Sonría con refinado cosmopolitismo y corra a refugiarse en un lugar con llave y con teléfono. Llame a su abogado.

• *Situación:* Usted es sorprendido/a en mitad de su actividad erótica o autoerótica por

a) el portero

b) el acomodador del cine

c) su cónyuge (que no estaba participando)

d) el cónyuge de su pareja (que tampoco estaba participando)

e) sus padres

f) sus hijos

g) la profesora de geografía

h) su cuñada/o

i) un inspector de la D.G.I.

j) la policía

k) los 59 invitados a su cumpleaños sorpresa.

• *Solución:* Sonría sofisticadamente, vaya a vestirse y escápese por la ventana. Vuelva después de un par de días. Van a estar tan preocupados buscándolo que habrán olvidado cómo empezó todo. Pero si le da mucha, mucha vergüenza, siempre puede emigrar a Kuala Lumpur. Nadie lo va a buscar allí.

CONSULTORIO PROTOCOLAR

Qué, cómo, dónde, cuándo, por qué, para qué y socorro.

Pregunta: —¿Es correcto alabar insistentemente una parte en particular del cuerpo femenino? Me encantan las tetas de mi novia, pero ella siempre se queja de que los hombres "parcializan".

Respuesta: —No sólo es perfectamente correcto que usted demuestre su entusiasmo por los pechos de su compañera de juegos, sino que a ella le encanta y sentiría dolorosamente que usted dejara de alabárselos. ¿Por qué se queja entonces? Si ni siquiera Freud sabía qué quieren las mujeres, no pretenda que yo se lo diga en dos palabras: todo lo que puedo hacer es explicarle cómo dárselo de la manera más elegante. Hay sesudas investigaciones psicológicas que tratan el tema del Gataflorismo. Lo mío es la cortesía.

De todos modos, si necesita una respuesta elaborada, le propongo la siguiente observación acerca de ciertos mitos y costumbres de nuestro tiempo: si fuera cierto que los hombres parcializan y las mujeres se interesan en la totalidad... ¿por qué a la hora de los reemplazos los hombres se inclinan por las muñecas inflables y las mujeres por los vibradores?

Pregunta: —Soy muy miope y necesito usar lentes de contacto en forma permanente. ¿Tiene algo de malo que me preocupe por conservar un dedo fuera de juego para que esté limpio y seco por si me los tengo que acomodar?

Respuesta: —Por supuesto que no tiene nada malo siempre que su dama no lo note. Si para fuera evidente, podría tomarlo como una falta de entrega, una cierta distancia emocional de lo que están haciendo; en suma, una grave descortesía. Se supone que usted está completamente enloquecido y ha perdido todo control sobre sus actos. Si no es así, tenga la gentileza de fingirlo.

Para solucionar su problema visual, la forma mas, sencilla consiste en echarle a su amiga una buena mirada general de arriba abajo para acordarse de cómo era, y luego sacarse los lentes en el baño. Las partes que estén cerca de sus ojos usted las verá de todas maneras, y en ningún caso queda feo acercarse para ver mejor.

Pregunta: —¿Cómo rechazar cortésmente el anal con el jefe de mi marido?

Respuesta: —Bueno, si usted llegó a la situación de tener que rechazar el sexo anal, quiere decir que ya aceptó todas las otras clases de sexo, o por lo menos una buena cantidad de ellas. Eso puede ser útil para promocionar el ascenso de su marido pero también para librarse definitivamente de él. Recuerde que debe tener en cuenta el peligro de que el jefe lo despida a si marido sólo para sacársela a usted de encima.

En el caso particular que nos ocupa, usted debería haber aclarado antes de comenzar que no es completa. Pero ya en la situación, siempre puede aducir problemas funcionales en el último sector de su aparato digestivo. No queda nada elegante para usted pero como tampoco es ofensivo para él, resulta una excusa aceptablemente cortés.

Pregunta: —Estaba compartiendo un buen momento con ella, cuando sentí de golpe un fuerte pinchazo. ¿Debo decírselo? ¿Es educado insinuarle a una dama que guarde los alfileres en el costurero?

Respuesta: Es sumamente improbable que su pareja haya decidido usar su vagina a modo de alfilerero. Tampoco es verdad eso que se anda comentando por ahí con respecto a dientes afilados que acechan en la oscuridad. Si usted, sin embargo, sigue sustentando (en base a experiencias concretas) la teoría de los dientes, le proponemos que antes de volver a poner nada en ese lugar tan peligroso, intente con algo más firme y menos sensible. Una leyenda toba cuenta que el primer hombre logró bajarle los dientes (esos dientes de ahí abajo) a la primera mujer con un simple palo. Ahora usted tiene toda clase de sofisticados vibradores. Elija uno bien duro.

Pero si se trata de encarar la situación con buena educación, no tema ser descortés y dígame con franqueza lo que ha sentido. No es un caso común, pero puede pasar que esté asomándose la punta del espiral por el cuello del útero. En ese caso, a ella le gustará saberlo cuanto antes. Piense que su partenaire no tiene mayor interés en clavarlo, a menos que se trate de engancharlo en un anzuelo.

Pregunta: —Mi novia dice que ir a un telo es de mal gusto, los dos somos casados (con otras personas), de modo que no podemos usar nuestras casas. ¿Dónde se supone que debería llevarla para actuar cortésmente?

Respuesta: —Llévela a cualquier edificio de departamentos que sea bastante alto y pare el ascensor entre dos pisos. Se supone que también puede pedirle prestado el departamento a un amigo soltero, como se hacía en las películas norteamericanas antes de que se popularizaran los moteles. Pero piénselo bien: si usted cede en eso, lo que sigue es proponerle que se divorcien.

Pregunta: —¿Cuál es la forma más cortés de pedirle a mi pareja que se haga un test de HIV?

Respuesta: —Bien, no espere que sea muy gracioso en esta respuesta. Se trata de la muerte, que rara vez resulta cómica. Digamos que a veces es difícil contestar preguntas tan escuetas cuando no se tiene suficiente información acerca de la situación en la que se hace el pedido. ¿Es usted varón o mujer? ¿Y qué tipo de pareja tiene? Trataré de establecer algunas tipologías para que pueda usted deducir cuál es la idea general y cuál es la más parecida a su caso:

- Usted es un caballero y su pareja es un marinero ugandés que acaba de conocer. No se moleste en pedirle ningún test y límitese al forro. Para esas situaciones, vienen unos muy prácticos de acero inoxidable.
- Usted es dama o caballero y está casado/a hace 25 años con el mismo cónyuge. ¿Está seguro que quiere pedirle el test? Eso equivale a manifestar fuertes sospechas o bien a una autoacusación. Aquí no hay cortesía posible. De paso pida también hora a un abogado. Y quizás quiera hacer una terapia de pareja. Suerte, que la va a necesitar.
- Usted está casado/a hace 25 años con el mismo cónyuge pero el test se lo quiere pedir al Otro/a para ver si puede dejar de usar forro. Déle nomás sin asco, el Otro/a también quiere. Eso sí, se lo va tener que hacer usted también.
- Usted cree haber convencido a su pareja de que siempre usó forro con todas las demás parejas pero como sabe perfectamente que no es cierto tampoco le cree a él/ella cuando le dice lo mismo. En lugar de pedirle un test, invítelo a testearse juntos.

- Usted es adolescente y tiene relaciones con otro/ a adolescente de su misma edad. ¡Felicitaciones! Usted es una persona extrañamente responsable. Dígale a su pareja que van a hacer un viaje juntos y llévela a pincharse al hospital de infecciosas más cercano.

En todos los casos, recuerde que un negativo no significa mucho, se puede estar infectado durante varios meses antes de que aparezca algún signo en los análisis. Tal como están las cosas, no le va a quedar más remedio que la fidelidad: de ahora en adelante, propóngase ser fiel a todos/as sus amantes.

Pregunta: —¿Qué métodos de anticoncepción se consideran más correctos desde el punto de vista de la cortesía sexual?

Respuesta: —Hace años el forro resultaba sumamente descortés porque equivalía a plantear tales dudas acerca del comportamiento de la dama que la equiparaban a una profesional. Hoy en cambio es un método exigido por las más elementales normas de cortesía en los primeros encuentros. Pero tarde o temprano, si la relación sigue adelante, los integrantes querrán dejar de usarlo.

La píldora es un anticonceptivo absolutamente cortés y hoy viene en dosis muy adecuadas que casi no tienen efectos secundarios.

El Diu es perfectamente aceptable siempre y cuando no tenga tendencia a salirse de su lugar, en cuyo caso puede lastimar al caballero y dar lugar a situaciones poco finas.

El diafragma resulta muy correcto, sobre todo si la dama ya lo trae puesto. Si hay que ponérselo en el momento, requiere una breve explicación para adecuarse a las normas de cortesía.

La vasectomía, operación que esteriliza al varón, es común en el norte pero muy rara en estas pampas. Para ser realmente cortés, debe ir acompañada por un certificado con firma y sello del médico cirujano, que el caballero llevará siempre en la billetera. Sirve sobre todo para su tranquilidad de conciencia, es decir, para; que no le encajen cocinitas que otro se ocupó de ahumar. Por lo demás, nadie le va a creer.

El único método anticonceptivo francamente descortés es el coitus interruptus, que si ya era pecado en la época de Onán, imagínese ahora que hay tantas posibilidades mejores.

Pregunta: —Mi novia cree que meterme la lengua en la oreja me vuelve loco de pasión. En realidad me produce unas locas cosquillas. ¿Cómo se lo explico sin ofenderla?

Respuesta: —Su problema es más común de lo que cree. El mundo está lleno de hombres y mujeres a los que la lengua en la oreja les da cosquillas y no se atreven a confesarlo creyendo que son casos excepcionales, a causa de la gran cantidad de bibliografía erótica (errónea) que recomienda el acto como estimulante de la pasión sin tomar en cuenta diferencias individuales. Sin decirle nada, guíele suavemente la lengua hacia otro lado. Si, ya sé que la lengua es resbaladiza pero todo debe estar un poco resbaladizo en esas circunstancias.

Pregunta: —Tengo un poco corto el frenillo y las mujeres que no me conocen a veces me hacen doler. ¿Queda bien dar explicaciones anatómicas en la primera cita?

Respuesta: —Usted tiene dos caminos. Puede llevar siempre con usted un cartapacio con láminas que exhiban los problemas de su órgano sexual en reposo, en erección y en acción. Antes de introducirse en la cama con la señora o señorita, usted puede darle una simpática y breve disertación acerca de la anatomía masculina, pinchando las láminas con chinchas en

la pared y usando una birome a modo de puntero. A continuación le propondrá pasar al trabajo práctico, guiándola con su propia mano. Pero, para ser sinceros ¿por qué no se opera y se deja de hacer preguntas pavas?

Pregunta: —¿Cuánto tiempo hay que dedicarle a las cosas aburridas y desagradables que le gustan al otro antes de dedicarse a lo que es verdaderamente importante para uno?

Respuesta: —Como usted sabe, la esencia de la cortesía consiste en hacer sentir bien al prójimo/a. Si a su pareja le gusta que le froten el ombligo con pasta dentífrica, le hagan cosquillas adentro de la oreja con un hisopo embebido en licor de anís o bailar desnudo/a con usted, sobre la cama, al compás del vals Sobre las Olas, se supone que usted debe aceptar sus sugerencias y fingir que todo eso le resulta terriblemente excitante. Generalmente con unos cinco minutos es más que suficiente. Después podrán ir a los juegos sexuales normales que le interesan a usted y que son lo único que realmente vale la pena en una relación, como atarle el corpiño en el cuello, practicar salto de rana desnudos alrededor de la cama o meterse uno al otro el dedo en la nariz.

Pregunta: —Por distintas razones, mi novio y mi abuelita se ofenden si no me tomo toda la leche. ¿Cómo puedo hacerlos felices sin necesidad de tragar algo que me produce arcadas?

Respuesta: —Si lo que le produce arcadas es solamente tragar, siempre puede hacer un simpático buche y librarse discretamente del problema en el baño. Esto sirve para su novio y para su abuelita, excepto que con su abuelita necesitará más de un buche. También puede hacer como que traga mientras deja salir el líquido por los costados de la boca. Después podrá secarse discretamente con la sábana. Esto no le sirve, por supuesto, con su abuelita. Pero en términos generales, haga un esfuerquito y piense que si se acostumbra a tragar, va a quedar finísima en cualquier reunión. De todos modos el líquido nunca es tanto como Él cree.

Pregunta: —Si siento una intensa picazón en alguna parte del cuerpo, ¿es correcto rascarme durante el acto sexual?

Respuesta: —Sólo si le pica muchísimo.

Pregunta: —Mi marido insiste en hacer el amor a la mañana sin salir de la cama. ¿Cómo convencerlo delicadamente de que es mejor si antes nos lavamos los dientes?

Respuesta: —Trate de insinuarle delicadamente que su aliento huele a búfalo tuberculoso con oclusión intestinal. O simplemente échele su propio aliento en la nariz. El propondrá lavarse los dientes convencido de que es su propia idea.

Pregunta: —¿Cómo convencer a mi novia de que la arcada fue solamente por culpa de un pelito en la garganta y que todo lo demás que estuve lamiendo sí me gusta ?

Respuesta: —¡Mentiroso! Pero está bien así: la más refinada cortesía no está basada precisamente en decirse verdades desagradables sino todo lo contrario. Puede proponerle a su novia que se depile. Eso le dolerá tanto que nunca más volverá a protestar. También puede realizar usted un sencillo ejercicio que lo ayudará a controlar las nauseas: se trata de lamer un calamarete crudo durante diez minutos todos los días. Hágalo frente al espejo para controlar sus reacciones faciales.

Pregunta: —Mi novia anuncia sus orgasmos con alaridos tales que Tarzán al lado de ella sonaría como un pollito afónico. Sé que debería sentirme orgulloso, pero los comentarios que escucho en el barrio me hacen sentir incómodo. Al salir del telo el conserje nos mira con sospechas.

Respuesta: —De ninguna manera es de buen tono amordazarla con la corbata. En cambio puede llevar con usted una manzana y convencerla de que le resulta terriblemente excitante ver cómo la mordisquea mientras hacen el amor. Cuando usted note que ella se está acercando al orgasmo (esos devastadores alaridos suelen ir precedidos por grititos y suspiros) bastará con un golpecito seco y preciso para encajarle la manzana entre los dientes. También puede tener en cuenta que probablemente ella esté exagerando para complacerlo. Es muy probable que mientras grita con un estruendo comparable al despegue de un cohete espacial ella esté elaborando mentalmente la lista de compras del supermercado. Dígale que le divertiría mucho verla acabar sin ruido. Seguro que ella puede hacerlo perfectamente. Seguro que lo hace siempre en el baño cada vez que termina de gritar con usted.

Pregunta: —Mi novio es muy gentil, se preocupa por complacerme y siempre se asegura manualmente del que yo esté satisfecha. Lamentablemente no la emboca con el botón que me pone en funcionamiento. ¿Como, puedo decirle sin ofender que no voy a acabar por más enérgicamente que me frote la punta de la nariz?

Respuesta: —Disculpe, ¿cómo quiere que el pobre muchacho adivine? El famoso botoncito no es tan fácil de encontrar como usted cree. No es en absoluto ofensivo que usted le guíe la mano e incluso le dé una breve lección de anatomía femenina si lo hace con gracia y buenos modales y mientras él todavía está caliente. Hay varones a los que les cuesta mucho enfrentarse en frío con esa deforme araña peluda que tienen los extraños seres como usted con los que no queda más remedio que relacionarse por razones sexuales. (Le sonará increíble, pero tengo entendido que muchas mujeres ni siquiera tienen testículos). Quiero decir, con ese tierno y encantador conejito, por supuesto. Bueno, lo que quiero decir en realidad es que entre los hombres hay de todo. Y entre los conejitos también. Explíqueme claramente cómo es el suyo.

Pregunta: —¿Debo fingir el orgasmo siempre siempre siempre siempre?

Respuesta: —¡Por supuesto, qué esperaba! Usted es una persona adulta y debe hacerse cargo de las reglas de cortesía que imperan en nuestra sociedad. ¿Usted no dice gracias y por favor? ¿No le enseña (o le enseñaría) a sus hijos que lo hagan? Fingir el orgasmo (si no lo tiene) es tan básico y elemental como eso. Esto me resulta absolutamente asombroso. ¡Las mujeres tienen la posibilidad de fingir y todavía se quejan! Piense lo maravilloso que es estar así dotada por la naturaleza. Si nosotros pudiéramos fingir cuando se nos diera la gana, no sólo el orgasmo, sino el deseo, la vida sexual de los varones sería infinitamente más divertida, y jamás sufriríamos ansiedad, depresiones ni eyaculación precoz. O sí, pero mucho menos.

Sobre todo, no pretenda explicarle a su comparo de cama que las mujeres pueden sentirse perfectamente bien, satisfechas y complacidas sin necesidad de acabar. Aunque sea cierto, eso no nos interesa en absoluto. Nosotros queremos estar seguros de que hemos logrado proveerles tantos orgasmos como el récord comprobado por las últimas investigaciones

sobre sexualidad femenina. Sobre todo las publicadas en el Guinness Book. Usted tiene mucha suerte porque, así como pasó de moda la pesada obligación del orgasmo simultáneo, en los últimos años está pasando de moda la teoría de los orgasmos múltiples, de modo que con fingir tres por encamada será suficiente para él. Hubo un momento en que no quedaba nada bien fingir menos de catorce. Si él no está informado de esas novedades, hágale leer algún material recientemente publicado.

Pregunta: —¿Cómo debo reaccionar si mi jefe me sorprende investigando oralmente una teta de su secretaria debajo de su escritorio?

Respuesta: —La respuesta general a esta pregunta está en el capítulo sobre las gaffes sexuales. Sin embargo, ante un caso específico, habría que ahondar en detalles para dar una respuesta verdaderamente correcta. El jefe ¿se ha mostrado interesado sexualmente en la secretaria? ¿Y en usted? Ésa puede ser la diferencia entre una simple sanción y una venganza. Lo más importante es que sea usted capaz de sonreír sofisticadamente. Después puede pedirle cortésmente que se retire, invitarlo a la fiesta, darle una cita para otro día o aprovechar la oportunidad para pedirle aumento.

Pregunta: —¿Cómo corresponde actuar si encuentro a dos de mis empleados en actitud reñida con la moral debajo de mi escritorio?

Respuesta: —Si no puedes vencerlos, únete a ellos. También puede enojarse mucho, incluso despedirlos, pero es tanto más aburrido.

Pregunta: —Mi señora insiste en que tenga siempre prendido el teléfono celular y mi novia insiste en que lo apague cuando entramos al telo. ¿Cómo puedo hacer para comportarme cortésmente con ambas?

Respuesta: —Evidentemente usted siente un aprecio equivalente por estas dos mujeres, ya que quisiera complacerlas a ambas. Si se las arregla para complacerlas en otros planos, por qué no hacerlo, en efecto, en el de la cortesía, que es tanto más descansado. Le propongo alternar las excusas. Para explicarle a su mujer por qué no se pudo comunicar por el celular puede decirle que:

- Se paró el subte entre dos estaciones y estuvo encerrado dos horas. (No use esta excusa más de una vez por semana).
- Hubo una alarma nuclear en el centro y que refugiarse en el tesoro de un banco. tuvo
- Se derrumbó el edificio del restaurante donde usted almuerza todos los días justo cuando usted estaba abajo en el baño.
- El celular se quedó sin pilas, se le cayó en un charco, se lo pisó un camión, pasó un cóndor y se lo arrancó de la mano, se lo tuvo que prestar a Batman, se le rompió el árbol de leva y se le empastaron la bujías (total, a las mujeres cualquier aparato les da lo mismo).

Por otra parte, para explicarle a su novia por qué lo tiene que dejar prendido puede decirle que:

- No es un teléfono sino un *holter* y lo tiene que dejar prendido para controlar el funcionamiento de su corazón muy en particular cuando está con ella. (Suena peligroso pero muy cortés).
- Está esperando una llamada de la concesionaria que le va a entregar el Mercedes que piensa regalarle a ella.

- Su abuelito está grave.
- Su abuelito está grave y usted es el único heredero.
- Está esperando llamada de la coca por un negocito que piensan hacer juntos.
- Lo tiene que llamar su señora para controlarlo. (Si es buena chica, ella sabrá comprender).

Pregunta: —Pertenezco a un club de sado-masoquistas. El problema es que yo soy arquitecta, tengo gustos refinados (por ejemplo, jamás usaría un jogging) y el equipo de gala de los sado-masoquistas me parece terriblemente grasa. ¿Cómo puedo convencer a otros socios de que aprendan a apreciar prendas menos tradicionales pero más elegantes?

Respuesta: En primer lugar quisiera informarla de que el equipo sado-maso tradicional se ha jerarquizado mucho desde que se supo que lo utilizaba un famoso filósofo francés recientemente fallecido. En efecto, un escritor amigo de Michel Foucault detalla el tipo de parafernalia que el filósofo gustaba de usar y que en nada se diferencia de los tradicionales látigos, botas altas y negras, chalecos de cuero, pulseras con tachas que emplea habitualmente cualquier sado-maso de barrio.

Pero si usted es capaz de diseñar algo mejor, empiece por usarlo usted misma y pronto descubrirá otros interesados en el equipo. Siempre es difícil romper una tradición y más todavía una vieja tradición fetichista, pero no se dé por vencida. Algunos psicoterapeutas podrían ayudarla permitiéndole dejar catálogos en la sala de espera de sus consultorios. Los hay tan en la lona que aceptan cualquier cosa.

Pregunta: —Mi novio tiene la costumbre de llevase toallas del telo. A mí me parece de muy mal gusto pero él insiste en que están incluidas en el precio.

Respuesta: —Por supuesto, los dos tienen razón. Están incluidas en el precio y es de muy mal gusto llevárselas. Sin embargo, se puede proceder como lo hacen muchas de las personas que se llevan cubiertos de los aviones, es decir, pedir amablemente permiso para poder llevárselas sin temor de que los paren a salida y les revisen los attachés. Así van a poder ir siempre al mismo telo, una costumbre tierna y romántica, en lugar de andar yirando por toda la ciudad como hacen ahora. Para convencerlo a su novio, dígame que si se hace habitué el conserje puede llegar a reconocerlo y guiñarle un ojo. Por lo que me cuenta de él puedo prever que esa muestra de confianza lo llenará de orgullo y alegría.

Pregunta: —Tengo en mi departamento un cómodo y divertido colchón de agua. Pero ya varias veces se pinchó y se me inundó toda la casa. ¿Cómo puedo explicarle al vecino del piso de abajo la extraña razón por la que se le está cayendo el cielo raso?

Respuesta: —Es evidente que no puede usar como excusa las cañerías, porque el consorcio le mandaría un plomero. ¿Por qué no le dice que se le pinchó el colchón de agua? A su vecino le hará muchísima gracia enterarse, probablemente quiera conocer su colchón e incluso probarlo. Y hasta es posible que logre regalárselo, con lo cual quedará finísimo y se sacará ese problema de encima. Eso sí, el arreglo del cielo raso se lo va a tener que pagar igual, pero no por razones de cortesía sino por razones legales.

INTRODUCCION (AL ARTE DEL VERBO EROTICO)

En esta sección de mi manual propongo al interés de mis lectores y discípulos varios trozos escogidos de la mejor literatura erótica de todos los tiempos. Esta propuesta sirve a dos fines, ambos emparentados con el propósito de este libro.

Por una parte, todo/a amante refinado/a debería conocer a los maestros de la literatura universal en el género. Queda elegantísimo en cualquier ocasión hacer algún comentario o mejor, todavía, una cita, de algún autor famoso por su calidad literaria y que al mismo tiempo permita lucirse en materia de sabiduría erótica.

Este conocimiento les será útil a mis lectores tanto en el salón como en el dormitorio, tanto en la etapa de la conquista como en la de la concreción. Cualquier manual de educación social y buenos modales incluye fragmentos de buena literatura que no está de más tener a mano en cualquier ocasión. Estas "Citas citables" que aquí propongo pueden cumplir ampliamente con esa función.

Y aun sin necesidad de aprendérselos de memoria, algunos de estos fragmentos pueden darle a los lectores una serie de interesantes ideas acerca de cómo aprovechar en toda su plenitud esa maravillosa posibilidad humana: la facultad de nombrar, el habla, la secreta y pública palabra que tan variados usos tiene en el juego de los sexos.

Pero además cada uno de estos trozos muestra una forma diferente de encarar la cuestión y por lo tanto pueden ser considerados como modelos de cortesía en acción... o bien todo lo contrario. Aunque algunos de mis comentarios previos ponen de relieve los elementos protocolares que entran en juego en cada una de estas escenas, quien haya leído con atención este manual encontrará sin duda otros para pensar o comentar.

MARQUÉS DE SADE, *Juliette*

Marqués, divino y descortés

Quien desee montar una orgía no espontánea sino cuidadosamente organizada en todos sus detalles, puede acudir a los ejemplos que presenta el divino marqués de Sade. Sin embargo se debe tener en cuenta un pequeño detalle: los invitados a las orgías de Sade no son en general participantes voluntarios sino esclavos y muchos de ellos terminan torturados o francamente muertos para diversión del protagonista y de algún convidado al que, sólo por pertenecer al mismo bando, se le perdona la vida. Para aclarar, sin embargo, las diferencias entre la literatura y la realidad, mi hipótesis personal es que los verdaderos torturadores y asesinos no se dedican a leer a Sade, sino que se limitan a mirar televisión. Por otra parte, por muy marqués que sea, no podemos tomar a Sade como un ejemplo de cortesía en materia sexual: es de pésimo gusto y no se considera agradable matar a ninguno de nuestros invitados, si queremos ser reconocidos como anfitriones corteses.

Tumbando a las cinco jovencitas en posturas tan variadas como voluptuosas, le pusimos a cada una dos muchachos sobre el cuerpo. Por una inversión de todos los principios, propia del estado en que estábamos, introdujimos los pitos más gordos en los culos y los más

pequeños en las vaginas. Recorriamos los grupos, los animábamos; el mayor placer de Olympe era sacar los penes de los caminos que recorrían, chuparlos y devolverlos. Algunas veces también cuando los caminos estaban vacantes, bien fuese el del culo o el del cono, introducía su lengua y lamía durante un cuarto de hora:

aquel cuya plaza había ocupado, la cogía entonces. Siempre más diligente que ella, yo estimulaba el celo de los combatientes con enérgicas palmadas en las nalgas, o bien jugueteaba con sus cajones, chupaba su boca, lengüeteaba en la de las muchachas, polucionaba su clitoris. En una palabra, no había nada que yo no inventase para precipitar la emisión del semen y lo decidí en casi todos. Pero era en mi culo donde se eyaculaba, no dejaba que las muchachas gozasen de mi trabajo, y era sólo por interés personal por lo que parecía inflamar a sus amantes.

Una vez acabada esta escena, propuse la siguiente. Se trataba de tumbarse boca abajo sobre la boca de una de las jóvenes, que nos masturbaría, de masturbar a otra ante nosotras, y presentar las nalgas a los diez jóvenes que, servidos por la quinta muchacha que no utilizábamos nosotras, nos encularían alternativamente. Olympe, a quien yo no había creído tan libertina, no cambió más que una cosa en este cuadro: quería besar un culo en lugar de chupar un cono, y la puta, por sí misma y sin consejo alguno, llena de ideas, mordió tan vivamente el culo que sangró. Yo no me contuve y agarrando las tetas de aquella a la que masturbaba el cono, las apreté de tal forma que la hice soltar gritos. En ese momento Olympe descargó.

JORGE AMADO, *Teresa Batista cansada de guerra*

ABC del amante cortés

Nos encontraremos en este caso con una dama que ha sido tratada con extrema descortesía por un amante que merece figurar en el libro de los récords como uno de los peores en la historia de la literatura. Sus torpezas, sin embargo, nos han sido relatadas minuciosamente y con lujo de detalles por el autor, porque suele suceder que circunstancias extremadamente desagradables para quienes deben sufrirlas resultan muy interesantes para aquellos que sólo se dedican a leerlas.

A juzgar por el éxito de este libro de Jorge Amado, el temible Capitán que ha torturado sádicamente a Teresa de mil maneras, si bien es odiado y despreciado por Teresa, goza sin duda del favor de millones de lectores. Pero en el fragmento que nos ocupa, el capitán no cumple ninguna función. Se trata, precisamente, del primer encuentro de Teresa con un compañero de juegos verdaderamente cortés. Ella lo apreciará y usted también.

La segunda noche, ¡ay! ¿por qué no la primera?, Dan , él le pidió que se quedara quieta y con la punta de su lengua empezó por los ojos. Por fuera y por dentro de las orejas, alrededor del cuello, la nuca, los pezones y el contorno de los senos, alrededor de los brazos, los dientes mordían los sobacos, después dientes y labios participaban de la caricia, el vientre, el ombligo, la mata de negros pelos, los muslos, la piernas, los pies y los dedos y nuevamente las piernas, los muslos, la entrepierna, la entrada secreta, la titilante flor, boca y lengua chupando, lamiendo, ¡Ay, Dan, me voy a morir! Así es como se lo pidió, haciéndole él primero, entonces Teresa tomó la espada fulgente y también lo hizo y sintió que se iba a morir, pero aún no era tiempo.(...)

En una de aquellas noches de resurrección, el ángel le marcó en el amplio territorio de las nalgas las fronteras donde se unen el paraíso terrestre y el reino de los cielos. Alzando vuelo desde el pozo de oro donde se había alojado, el pájaro audaz fue a anidarse en la cueva de bronce. ¡Amor mío!, exclamó Teresa.

NORMAN MAILER, *Un sueño americano*

Llamar o no llamar a las cosas por su nombre

¡Ah, qué difícil es establecer cuáles son las reglas de cortesía en una situación en la que prácticamente no hay reglas! Si bien es verdad que en ciertas ocasiones no hay nada tan efectivo y tan correcto, sobre todo, como llamar a las cosas por su nombre, al pan pan y al vino vino, otras veces, en manos de un gran escritor, o de alguien especialmente dotado por la naturaleza para convocar a la palabra, las comparaciones y las metáforas y el llamar a una cosa con un nombre que no la representa habitualmente se transforma en una muestra de altísima cortesía. Así lo demuestra Mailer en este ejemplo, en el que describe a un hombre que se introduce alternativamente por las dos entradas, sin mencionar ni una sola vez los instrumentos del placer y sin embargo exhibiéndolos en todas sus infinitas posibilidades como sólo lo puede hacer la lengua cortés de un gran poeta. Sin duda, admirable lengua, no quizás para sus amantes o al menos para todas (Mailer estuvo preso por haber apuñalado a una de sus mujeres), pero de una refinada y exquisita cortesía para con sus lectores.

Y pude sentir que ella ya estaba comenzando. Mi vacilación la había hecho correr el cerrojo. Estaba a un minuto de distancia, pero en marcha, y como si uno de sus astutos dedos me hubiera pinchado con una aguja, me transformé en un murciélago y le estreché la mano al Diablo una vez más. Una rara avidez brillaba en sus ojos, y el placer en su boca; se veía feliz. Yo estaba listo para la cacería, a punto de iniciar el primer derrame, y tenía una delicada decisión por delante; como un gato atrapado entre dos cables yo saltaba para atrás y adelante, con distintos movimientos para los diferentes golpes, llevando venenos y secretos al Señor desde los rojos molinos,

trasladando mensajes de derrota de vuelta de la triste tumba, y entonces elegí —ah, pero aún había tiempo de cambiar la elección— elegí su trampa. Ya no era más un cementerio, ni una bodega, no, era más bien una capilla, un modesto lugar decente, pero sus paredes se habían estrechado, su olor era verde, había dulzura en esa capilla, una muda y reverente dulzura en esas paredes de piedra. "Así va a ser la prisión para ti", dijo en un último esfuerzo mi lengua interior. "¡Quédate aquí!", llegó la orden desde mi interior; pero ya podía sentir el alimento del Diablo allá abajo, sus fuegos que se levantaban desde el suelo, y esperé que la tibieza llegara adentro, que viniera desde el sótano inferior, trayendo la embriaguez, el calor, las lengüetadas; estaba a punto de una decisión que me llevaría sobre un ala o la otra y tuve que darme rienda suelta, ya no podía retenerme, hubo una explosión furiosa, traidora y caliente como el comienzo de una caída nevada donde la velocidad hace juntarse los tobillos con las narices, y tuve uno de esos estallidos súbitos en que se pierde el sentido, y justo en ese instante todas las ganas se me desataron y sacudiéndome empujé en su trasero tan fuerte como si hubiera venido volando a través de la habitación. Ella lanzó un aullido de rabia. Su éxtasis le debe de haber significado un feroz retorcijón. Y con mis ojos cerrados, sentí lentas cascadas de agua alrededor de un árbol yerto en un lado de la medianoche.

ANDRÉ PIEYRE DE MANDIARGUES, *La marea*

La importancia de expresar con precisión las instrucciones

Como en todas las cuestiones de protocolo, los sucesos se deslizan más acerbamente si todas las partes comparten las mismas reglas de etiqueta. Por eso es muy correcto y agradable que haya un completo catálogo de instrucciones previas, sobre todo por parte de quien está tomando la iniciativa. El hecho de que estas instrucciones sean complejas o difíciles de cumplir no tiene demasiada importancia, ya que las órdenes tienen valor en sí mismas aunque luego no se realicen.

Pero, por si los lectores tienen interés en saberlo, les informo que los dos participantes de esta escena van a atenerse rigurosamente al contrato previamente establecido y todo sucederá sin pausas a lo largo de media hora y unas cuantas páginas más. Hasta que suba la marea.

—*Me vas a besar en la boca, dijo ella, dispuesta.*

—*De ninguna manera voy a besarte en la boca, como dices equivocadamente —respondí— Sino que vas a recibirme en tu boca, como te he contado (¡y tú ponías cara de que me entendías!) que me recibían las putas en casa de Madame Regina. Me quedaré en tu boca todo el tiempo que tarde en subir la marea, más de media hora, ya has visto, y durante ese tiempo, para impedir que hables distraídamente y que me saques fuera, te explicaré el mecanismo de las mareas. Tú estarás muy atenta a la vez a lo que te diga, a lo que haga en tu boca y al mar, que crece en torno nuestro ahora como crece en mí el deseo. A las 11 hs.*

con toda exactitud, cuando el mar esté rigurosamente en su punto más alto, me derramaré en tu boca. Es bueno que sepas que no es fácil dominarse de esta forma a uno mismo, pero yo tengo cierta maestría en ese terreno, a pesar de mi edad, que no es mucho más avanzada que la tuya. Así que necesitaré mucho recogimiento durante la operación, y tu también vas a concentrarte. Pensarás intensamente en lo que quieras, en ti misma, en mí, en alguien a quien ames o en alguna cosa que quizás te apetezca, y sobre todo intentarás sentir el progreso de mi deseo camino de su cumplimiento. Cuando me derrame en tu garganta, tragarás dócil y alegremente, es indispensable, el don vital que habré vertido en ella, y pensarás en ese don como en el resultado del gran movimiento marino que está a punto de producirse. Yo no estaré obligado a decirte en qué habré pensado durante ese rato.

Las mil y una noches (anónimo)

Las mil y una maneras

En tan remota época y lugar como el escenario en el que se desarrollan los relatos de "Las mil y una noches", se estilaba ya el reemplazo de los términos formales para aludir a las partes sexuales por comparaciones más o menos jocosas. Si "poronga" es una calabaza pequeña, a la que puede llamarse también en el simpático vesre de estas tierras "garompa", nadie debería sorprenderse de encontrar aquí otras comparaciones, algunas bastante lógicas y aun vulgares como la de la banana, y otras francamente originales como la del pollito (sin embargo, "pajarito" no deja de ser un modo de denominación bastante común y aun universal). Estas comparaciones pueden tener un tono despectivo, poético o francamente cómico, como es el caso en esta historia, donde cada uno de los protagonistas establece sus propias reglas.

No llevaba el marido una hora de tiempo en su escondite, cuando he aquí que ve entrar en el jardín a un individuo en el que luego reconoció al vendedor de cañas de azúcar que tenía su tienda frente a la casa.

Y el hombre esgrimía en su diestra una caña de azúcar, de las escogidas.

Y en ese mismo momento vio que su esposa, contoneándose, le salía al encuentro y le decía riendo:

—¿Esa es toda la caña de azúcar que me traes, padre de las cañas de azúcar?

A lo que, en el mismo tono, le contestó el otro:

—¡Ye mi dueña y señora, esta caña de azúcar que ves no es nada comparada con la que no ves!

—¡Pues dámela pronto acá! —dijo la mujer. Y él le respondió:

—¡Tómala, tuya es! Y luego añadió:

—Pero dime, mujer: ¿dónde está ese forúnculo de mi trasero, tu marido?

—¡Alá haga que se rompa los brazos y las piernas! —exclamó ella—. Se fue de viaje por cuatro días o quizás seis. Pero ¡ojalá lo aplaste una torre!

*Y ambos a coro se echaron a reír a costa del astrólogo.
Y luego el hombre sacó su caña de azúcar y se la dio a la joven, y ella la peló y la exprimió con mucho arte, y supo hacer con ella lo que en tales casos se hace con todas las cañas de azúcar de esa clase.
Y él la besó a ella y ella lo besó a él y él la abrazó, y ella lo abrazó también y luego él le echó encima su carga, dura de sostener. Y se refociló con sus encantos y bellezas hasta hacerla toda suya. Y luego que se holgó con ella a su sabor, la dejó y se marchó.
Y eso fue todo lo que sucedió. Y dizque el astrólogo todo lo vio y oyó. Y de su escondite no se movió. Y pasado que fue un rato vio entrar a otro hombre, en el que luego conoció al pollero del barrio. Y su mujer salióle al encuentro con mucho cadereo y le dijo:
—¡La paz sea contigo, padre de los pollos! ¿Qué me traes hoy, hermoso?
Y él le contestó en el mismo tono:
—Te traigo un pollito, que es un buen animalito, regordete y presumido, muy jovencito y muy travieso, y de tronco fuertecito y con un gorrito en la cabecita, adornado con una crestita que no tiene parecido entre las crestas de los pollitos y que te ofrezco, si me das tu permiso.
Y la joven le dijo:
—Desde luego, desde luego. Permitido. Y él entonces le dijo riendo:
—¡Pues mira que te lo meto, que te lo meto!
Y con el pollito del pollero hicieron, mi señor, igual que con la caña de azúcar.
Después de lo cual el hombre se levantó, estiró las piernas y se alejó.
Y eso fue todo lo que sucedió, y desde su escondite el marido lo veía y lo oía todo.
Y he aquí que pasado un momento, vio entrar a un hombre en el que reconoció en el acto al almocrebe mayor del barrio.
Y la joven corrió a su encuentro y lo abrazó, diciendo:
—¿Qué le traes hoy a tu pato, padre de los burros? Y él le contestó:
—¡Le traigo una banana, mi dueña, una hermosa banana!
Y ella le dijo riendo:
—¡Alá te condene, so puerco! A ver, so marrano, ¿dónde está ese plátano?
Y el almocrebe contestó en el acto:
—¡Ye sultana, la de tez suave y clara! ¡Este plátano que ves me lo dio mi padre cuando era camellero, y es mi única herencia!
—Pues yo —replicó ella— no veo en tu mano más que el palo de un burrero. La banana no la veo. Y él le contestó risueño:
— Esa, sultana mía, es una fruta que se asusta de las miradas extrañas y se esconde por temor a ser maltratada. ¡Pero mira, sin embargo, cómo se endereza y se empina!
Y eso fue todo lo que sucedió. Pero antes de que la traidora pudiese comerse la bananita, el marido, que todo lo había visto y oído, lanzó un estridente grito y cayó a tierra, en un cuerpo sin vida convertido.*

HENRY MILLER, *Trópico de Capricornio*

La seducción del silencio

¿Cuándo hablar y cuándo callar? ¿Cuándo colmar la oreja u orejita de nuestro bienamado/a permanente, o coyuntural con alabanzas, elogios, comentarios acerca de su performance, comparaciones prestigiosas, palabras varias o interjecciones que, espontáneamente o no, broten de lo más íntimo de nuestro ser? Y cuándo mantener un silencio absoluto y sagrado, un silencio tan grave y total que reemplace con ventaja a toda esa cháchara que en otras ocasiones podría ser necesaria y hasta imprescindible...

Henry Miller, campeón de la cortesía sexual de todos los tiempos, nos provee aquí de un ejemplo como para pensar. Antes de preguntarnos qué decir, el primer interrogante debería ser ¿hablar o no hablar? *That is the question.*

Tomemos a la muchacha del piso de arriba, por ejemplo. ...Solía bajar de tanto en tanto, cuando mi mujer daba un recital, para ocuparse de la niña. Tenía un aire tan simple que al principio no le presté la menor atención. Pero, como todas las demás, también tenía su vagina, una especie de vagina impersonal de la cual estaba inconcientemente candente. Cuanto más a menudo bajaba, tanto más conciente se hacía, a su manera inconciente. Una noche, estando ella en el baño, después de haber permanecido allí durante un tiempo sospechosamente largo, comencé a pensar ciertas cosas.

Decidí espiar por el ojo de la cerradura y comprobar por mí mismo qué era lo que sucedía y, ¡oh sorpresa! la muchacha estaba parada frente al espejo, mirando y acariciando su pequeño gatito. Casi hablándole.

Me excitó tanto que, al principio, no sabía qué hacer. Volví a la habitación grande y apagué las luces, y me tendí en el diván esperando que ella saliera. Mientras estaba tendido allí aún podía ver su sexo peludo y los dedos que parecían tamborilear sobre él. Me abrí el pantalón para que mi miembro se refrescara en la oscuridad. Traté de hipnotizarla desde el diván, o por lo menos traté de hacer que mi miembro la hipnotizara. "Ven aquí, hija de perra", me repetía, "y pon ese sexo sobre mí". Debe de haber recibido el mensaje inmediatamente, porque un instante después abrió la puerta y estaba tanteando en la oscuridad para encontrar el diván. No dije una palabra, no hice el menor movimiento. Sólo mantuve mi mente fija en su sexo que se movía silenciosamente en las tinieblas como un cangrejo. Finalmente estuvo de pie al lado del diván. Ella tampoco dijo una palabra. Solamente se quedó allí silenciosa y, cuando yo deslicé mi mano entre sus piernas movió un pie para abrirlas un poco más. No creo que jamás haya tocado un cruce más jugoso en toda mi vida. Era como un engrudo corriendo por sus piernas y si hubiera habido carteles podría pegar una docena o más. Después de algunos momentos, tan naturalmente como una vaca inclina la cabeza para pacer, ella se inclinó y lo tomó en su boca. Le introduje mis cuatro dedos, frotándola hasta sacarle espuma. La boca de ella estaba llena hasta la sofocación y el jugo se derramaba por sus piernas. No dijimos una palabra, como digo. Sólo un par de maníacos trabajando pacíficamente en la oscuridad, como sepultureros. Era una paradisiaca manera de hacer el amor.

Bien despacito

Si en el ejemplo de García Márquez una sabia mujer, ducha en la canalización del instinto, nos muestra las ventajas y seducción de la velocidad y el ritmo feroz, aquí, por el contrario, la autora uruguaya Peri Rossi se detiene morosamente en una lentísima descripción de una no menos lenta sabiduría: todos los secretos de la lentitud en esta muestra de gentileza, no menos válida que la velocidad descrita por el colombiano, y que en su conjunto dan cuenta de la multiplicidad y variedad que exige esta particular sección de la etiqueta. Por contraste con la cortesía en términos generales, donde lo correcto es precisamente atenerse a un protocolo compartido, que las dos partes conocen, respetan y, sobre todo, repiten sin dudar en todos sus detalles, esta otra cortesía exige precisamente lo contrario. La posibilidad de cambiar, recrear, evitar la rutina en una constante invención que modifica cada vez un rito en lo esencial siempre igual a sí mismo, pero que debería ser siempre diferente en los detalles.

El amor, lento y profundo, va ganando ritmo y velocidad. Tú jadeas levemente. Las dos esferas, encerradas en mis manos, se calientan como frutos salidos de la tierra. Granadas bárbaras, duraznos rojizos. Soles de estío, ganglios efervescentes. Bujías cálidas, guindas ardientes. Entonces, súbitamente, suelto tus senos, los abandono, y ellos, libres, siguen estremeciéndose, trazan dos órbitas más, por la inercia del movimiento que yo les imprimí. Se estremecen como médanos de sólida base y superficie volátil. Vuelvo a alzar las manos, distantes, y froto mis yemas como antes de pulsar un instrumento. Mis dedos están sensibles, alas de mariposa. Separo bien el pulgar y el índice del resto, los afilo, y los dirijo, aún frotándolos, hacia tus pezones. Tus pezones sobresalen de la tela negra como dos faros de piedra. Los agarro suavemente entre mi pulgar y mi índice y los estrecho, sintiéndolos crecer. Al principio, tus pezones se endurecen. La piel se eriza y se arruga. No los veo, sólo los palpo. Pujan por salir, por romper la tela negra de tu malla. Entonces, ciñéndolos bien, los ayudo a romper, como si fueran las cabezas de naufragos sobre las aguas. Tiro de ellos hacia afuera, para que sobresalgan. Y ellos despuntan, como dos soles ocultos dentro de dos soles mayores. Entonces, cuando ya han crecido bastante, aísló uno, primero el izquierdo. Sobresale bajo la tela como si fuera un niño con sombrero. Tu pezón, que no toco, bajo mi mirada se hincha y aumenta. Mirándolo fijamente, me mojo con abundante saliva los dedos. Traslado la saliva hasta la tela negra. Sobre la tela, contengo tu pezón con mi blanca saliva. Describo pequeños círculos concéntricos y giratorios. La tela se va tiñendo de blanco sobre tu pezón. Me retiro un poco y desde arriba contemplo mi obra. El blanco líquido sobre la tela negra crea una zona de nieve, de reflejos densos. Tú inclinas la cabeza y también miras. Miras el círculo blanco que rodea tu pezón, la huella de mi saliva, con un poco de curiosidad, como si aquello que les ha sucedido a tus senos fuera algo que le ocurre a otra.

Acuerdos protocolares

El autor contemporáneo brasileño, Fonseca, nos muestra en este fragmento una escena en que las dos partes, contra lo que podría suponerse, actúan con impecables modales. No es extraño que esta pareja, recientemente formada, se mantenga unida a lo largo de las páginas de la novela. Precisamente uno de los secretos de esta misteriosa cortesía tan distinta para unos y para otros consiste en encontrar al partenaire que esté dispuesto a apreciar nuestro sentido del buen gusto. En este caso hay una muy adecuada complementación de los participantes. Incluso ese pedido después del final que, en casos más comunes, podría señalarse como una muestra de descortesía por parte del caballero, podemos apreciar que funciona aquí como un elemento más en ese juego de dominador-dominada en el que también la dama parece complacerse. Si el caballero no se muestra como un amante delicado y exquisito a la hora de verter en forma verbal sus deseos y necesidades, en cambio tiene la virtud de atenerse siempre y sin dudar a las mismas palabras, con lo que evita confusiones y ¿por qué no? si funcionó tan bien al principio, qué tiene de malo insistir con el mismo tema después del final. Ella, sin duda, sabrá apreciarlo.

—Tengo sed —dijo Zelia.

—Vete a comprar cerveza —dijo Fuentes dándole dinero. Su portugués era perfecto, pero dejaba notar un leve acento.

—¿Así? —Zelia se abrió de piernas enseñando el pubis cubierto de espesos pelos que se metían por la grieta de las nalgas hasta el coxis.

—No me gusta que mi mujer se desnude para otros hombres —dijo Fuentes. Se puso con las piernas abiertas sobre el cuerpo inclinado de Zelia. Verificó extasiado que su pene se endurecía tomando enormes proporciones. Era un hombre, pensó con orgullo, acostándose sobre la mujer, penetrándola con violencia; haría gozar a aquella perra mil veces. Los movimientos vigorosos de Fuentes hacían caer el sudor de su cabeza sobre la cara y los ojos de Zelia, cubriéndole la visión con una película ardiente que convertía en deforme la figura del hombre curvado sobre ella. Consciente de lo que hacía, Fuentes escuchaba altivo el chocar de sus vientres empapados juntándose y separándose: era un indio puro, capaz de joder a cualquier mujer horas seguidas. Zelia, con placer y miedo, temía y deseaba desfallecer de agotamiento y gozo. Siempre soñó con alguien como Fuentes. Fingió que gozaba una vez más, sintiendo un placer diferente, el de satisfacer y servir al hombre. "Soy tu esclava", dijo, y eso pareció dar más fuerzas a Fuentes. Sus brazos la envolvieron como si fuese a romperle las costillas, su cuerpo se arrojó contra el de ella en violentas embestidas que le producían dolor en todos los huesos, principalmente en el pubis. Cuando acabaron, Fuentes se levantó, se acostó en la litera y dijo: "Ahora vete a comprar la cerveza".

Zelia se puso el vestido. Antes de salir, al ver el rostro ceñudo de Fuentes, le preguntó si era feliz, si ella había hecho algo malo.

"Vete a comprar cerveza", dijo Fuentes.

JOHN CLELAND, *Fanny Hill*

Etiqueta sado-masoquista

Este compatriota mío, John Cleland, escribió su novela por veinte guineas: exactamente la cifra que necesitaba para pagar sus deudas y salir de la cárcel de deudores en la Inglaterra del siglo XVIII. Su protagonista y narradora, Fanny Hill, es una prostituta que atraviesa por una serie de aventuras y de galanes que constituyen un acabado catálogo de las costumbres sexuales de su tiempo y su lugar; curiosamente parecidas a las de todos los tiempos y lugares. Con exquisita cortesía se dispone aquí a atender a un buen señor gentilmente sadomasoquista, en nada parecido a los torturadores asesinos de Sade. Si desea usted informarse de la cortesía correcta para tratar a un tierno sado-maso de los que sólo pretenden el cumplimiento de un cierto y reiterado protocolo y no quieren hacer daño a nadie que no tenga ganas de recibirlo, ya sea por amor, por placer o por dinero, este fragmento le dará una idea de cuáles pueden ser sus obligaciones como anfitrión/a. Sepa que a continuación la bella narradora tuvo que estar dispuesta a recibir de buen grado un tratamiento igual al que aquí propina.

Los instrumentos disciplinarios eran varias varillas, cada una hecha con dos o tres ramitas de abedul atadas juntas; él las tomó, las tocó y las miró con mucho placer.

Luego trajimos desde el extremo de la habitación un gran banco vuelto más cómodo mediante un cojín blando; cuando todo estuvo listo, se quitó la chaqueta y el chaleco, y, así que me lo indicó, desabotoné sus calzones y levanté su camisa por encima de la cintura, asegurándola allí; cuando dirigí mis ojos a contemplar el objeto principal en cuyo favor se estaban tomando estas disposiciones, parecía encogido dentro del cuerpo, mostrando apenas la punta sobre el matorral de rizos que vestía esas partes, como un pajarito asomando entre la hierba.

Inclinándome entonces para soltar sus ligas, me ordenó que las usara para atarle a las patas del banco, un detalle no muy necesario, supuse, ya que él mismo lo prescribía, como el resto del ceremonial.

Lo llevé hasta el banco y, de acuerdo a mis instrucciones, fingí obligarlo a acostarse allí, cosa que hizo después de alguna resistencia formal. Quedó tendido cuan largo era, boca abajo, con un cojín debajo de la cara; mientras yacía mansamente, ató sus manos y sus pies a las patas del banco; hecho esto y con la camisa subida por encima de la cintura, bajé sus calzones hasta las rodillas de modo que exhibía ampliamente su panorama posterior, en el que un par de nalgas gordas, suaves, blancas y bastante bien formadas se levantaban como cojines desde dos carnosos muslos y terminaba su separación uniéndose donde termina la espalda; presentaban un blanco que se hinchaba, por así decirlo, para recibir los azotes.

Tomando una de las varillas me coloqué encima de él y de acuerdo a sus órdenes le di diez latigazos sin tomar aliento, con muy buena voluntad y el máximo de ánimo y vigor físico que pude poner en ellos, para hacer que esos carnosos hemisferios se estremecieran; él mismo no pareció más preocupado o dolorido que una langosta ante la picadura de una pulga. Mientras tanto, yo contemplaba atentamente los efectos de los azotes que, a mí, por lo menos, me parecían muy crueles; cada golpe había rozado la superficie de esos blancos montes, enrojeciéndolos y golpeando con más fuerza en la zona más alejada de mí, habían

cortado en los hoyuelos unos cardenales lívidos de los que brotaba la sangre; de algunos de los cortes, tuve que retirar trocitos de la varilla que habían quedado incrustados en la piel.

Finalmente, endurecida ante la visión por su resolución de sufrir, continué disciplinándolo con algunas pausas, hasta que observé que se enroscaba y retorció de un modo que no tenía ninguna relación con el dolor sino con alguna sensación nueva y poderosa; curiosa por comprender su significado, en una de las pausas me acerqué, mientras él seguía agitándose y restregando su vientre contra el cojín que había abajo y acariciando primero la parte sana y no golpeada de la nalga más próxima a mí e insinuando después mi mano debajo de sus caderas, sentí en qué posición estaban cosas adelante, cosa que resultó sorprendente; su máquina, que por su aspecto yo había considerado impalpable, o por lo menos diminuta. Había alcanzado ahora, en virtud de la agitación y el dolor de sus nalgas, no sólo una prodigiosa erección sino un tamaño que me asustó hasta a mí, un grosor inigualado por cierto, cuya cabeza llenaba mi mano hasta colmarla.

D. H. LAWRENCE, "Una vez", *Amor entre las parvas y otras historias*

Comparaciones odiosas

En este breve fragmento de un cuento se verifican varias de mis hipótesis acerca de los buenos modales en el erotismo. Por una parte, el amante tan bien recordado domina el difícilísimo arte de desvestir y desvestirse. Por otra parte, sabe perfectamente qué tipo de elogios y alabanzas convienen antes y después para hacer sentir cómoda y contenta a una dama. Y finalmente queda de relieve que ningún caballero se siente halagado cuando se lo compara con otro, ni siquiera en el caso de que se lo compare favorablemente. D.H. Lawrence, el autor de este fragmento, es un verdadero preceptor en materia de modales sexuales, sólo que no le da importancia a la cuestión estética sino a la ética. En su opinión (largamente expuesta en "El amante de Lady Chatterley") hay formas de hacer el amor que son sumamente inmorales aun en el caso de que ninguno de los participantes resulte dañado o participe de mala gana. Y establece una graduación ética de las posiciones y las formas de satisfacción femenina y una clasificación moral de los orgasmos muy interesante pero nada útil para alguien que es, como yo, un estudioso de la cortesía.

Me levantó de la cama, con rosas y todo y me besó... ¡Cómo me besó! Sentí su boca a través de la fina tela de mis ropas... Por un instante se quedó inmóvil, Heno de pasión. Entonces me arrancó el salto de cama y se puso a mirarme, manteniéndome a cierta distancia. Tenía los labios entreabiertos, con expresión de maravilla, pero aun así parecía que los dioses mismos debían envidiarlo: ¡maravilla, adoración y orgullo! La veneración de que me hacía objeto terminó por ganarme. Me depositó nuevamente sobre el lecho, me cubrió con gran dulzura y dejó las rosas del otro lado, amontonadas cerca de mi pelo, sobre la almohada.

Sin sentir la menor vergüenza ni timidez, se quitó, la ropa. Era adorable: tan joven, algo enjuto pero fuerte, con un cuerpo que sencillamente irradiaba su amor por mí. Se quedó mirándome, lleno de humildad, y yo extendí las manos hacia él.

Nos amamos la noche entera. Cuando se sentó en el lecho había sobre su cuerpo pétalos de rosa aplastados, deshechos, que semejaban gotas de sangre carmesí. ¡Oh, cuánta fiereza había en él y a la vez cuánta ternura!

Él me dijo: "Somos como las dos mitades de una nuez". Me dijo frases hermosas: "Esta noche tú eras una Respuesta". Y luego "Cualquier punto de tu cuerpo que toque me hace revivir de placer". Y también dijo, que nunca olvidaría el contacto aterciopelado de mi piel. Sí, me dijo montones de cosas hermosas.

Anita las repasó mentalmente en forma patética. Yo permanecía sentado, mordiéndome el dedo por la furia.

ANAIS NIN, *Delta de Venus*

Un mal ejemplo

¡No, no, no, y no! Éste es un verdadero ejemplo de cómo los buenos modales sociales pueden chocar contra las más elementales reglas de la cortesía sexual. El caballero que opera en la siguiente situación se muestra muy gentil con sus visitas, a las que provee de un agradable e inesperado espectáculo, pero no cumple con las mínimas necesidades que debería imponerle la etiqueta para con su novia, a la que deja sumamente insatisfecha. Si siguieran ustedes adelante en la historia, comprobarían cómo la joven se las arregla con sucesivos personajes para encontrar lo que el caballero (francamente maleducado) se resiste a darle. Sin embargo, no puedo dejar de apreciar la exquisita cortesía de Anaís Nin con nosotros, sus lectores.

El vasco apartó la falda y descubrió una mata de vello rizado tan espeso que los tres hombres silbaron. Ella mantenía las piernas juntas, con los pies contra los pantalones del vasco, donde él experimentó de pronto una sensación de hormigueo, como si un centenar de insectos avanzaran sobre su sexo.

Pidió a los tres hombres que la sujetaran. Al principio, Bijou se retorció hasta que se dio cuenta de que resultaba menos peligroso permanecer quieta, pues el vasco estaba afeitando cuidadosamente su vello púbico, empezando por los bordes, donde aparecía ralo y brillante sobre su vientre de terciopelo, que descendía en una suave curva. El vasco enjabonaba y luego afeitaba con cariño, retirando los pelos y el jabón con una toalla. Como las piernas estaban fuertemente apretadas, los hombres no podían ver más que vello, pero a medida que el vasco iba afeitando y alcanzaba el centro del triángulo, dejó al descubierto un monte, un suave promontorio. El contacto de la fría hoja agitó a Bijou, que se hallaba a medias furiosa, y a medias excitada, intentando ocultar su sexo, pero el afeitado reveló dónde aquella suavidad descendía en una fina línea curva. Reveló también el inicio de la abertura, la blanda y replegada piel que encerraba el clítoris, y el extremo de los labios, más intensamente coloreados. Quería huir, pero tenía miedo de que la cuchilla la hiriera. Los tres hombres que la sostenían se inclinaron sobre ella para observar. Pensaron que el vasco se detendría allí. Pero él ordenó a Bijou que abriera las piernas. La muchacha agitó sus pies contra él, con lo que no hizo más que aumentar su excitación. El vasco repitió:

—Abre las piernas. Ahí abajo hay algunos pelos más.

Bijou tuvo que separar las piernas y el vasco empezó a afeitarla con cuidado. Allí el vello era otra vez ralo, delicadamente rizado a cada lado de la vulva.

Ahora todo quedaba expuesto: la boca, larga y vertical; una segunda boca que no se abría como la del rostro sino que lo hacía sólo si su dueña empujaba un poco. Pero Bijou no empujaba, y los hombres sólo podían ver los dos labios cerrados, obstruyendo el camino.

Una vez afeitada, Bijou había vuelto a cerrar las piernas.

—Voy a hacer que las abras —dijo el vasco.

Tras enjuagar el jabón de la brocha, se dedicó a pasarla por los labios de la vulva arriba y abajo, suavemente. Al principio, Bijou se contrajo más aún. Las cabezas de los hombres, inclinadas, se iban acercando. El vasco, apretando las piernas de la joven contra su propia erección, pasó meticulosamente la brocha por la vulva y por el extremo del clítoris. Entonces, los huéspedes advirtieron que Bijou ya no podía contraer por más tiempo las nalgas y el sexo, pues conforme se movía la brocha, sus nalgas avanzaban un poco más y los labios de la vulva se abrían al principio de manera imperceptible. La desnudez evidenciaba cada matiz de su movimiento. Ahora los labios están abiertos y exhibían una segunda aura, una sombra pálida y luego una tercera, mientras Bijou iba empujando, empujando, como si quisiera abrirse ella misma. Su vientre se movía a compás alzándose y descendiendo. El vasco se inclinó con más firmeza sobre sus piernas que se contorsionaban.

—Para —suplicó Bijou—. ¡Para!

Los presentes pudieron observar la humedad que rezumaba de ella. Entonces el vasco se detuvo, pues no deseaba procurarle placer: lo reservaba para más tarde.

PETRONIO, *Satiricón*

En la Antigua Roma, a veces, Pepe tampoco quería

¿Usted creía por casualidad que los Pepes de este atormentado siglo fallan más seguido que los de otro cualquiera? De ninguna manera. Y así lo prueba este gracioso fragmento de "El satiricón" de Petronio. Una verdadera lección de cortesía, sobre todo para los caballeros. Las damas, en cambio, no harán bien en imitar las destempladas quejas y burlas de la dama defraudada, realmente poco propicias para levantar el ánimo del varón. Pero quizás apropiadas para desafiarlo... Sin embargo, insisto en no recomendar este peligroso camino de la descortesía desafiante, ya que la ansiedad por demostrar que jamás le ha pasado eso antes ni le pasará después, coloca al caballero en un estado de incómoda exigencia que podría llevarlo a un nuevo fracaso.

En cambio la carta con la que el caballero responde a las burlas es un dechado de buenos modales digno de ser considerado por los caballeros de todas las épocas. Con ustedes, un viejo problema de siempre resuelto con la refinada etiqueta de la Antigua Roma.

Circe contrata a Polieno a través de su esclava. La dama es bellísima y ardiente. Pero Polieno se encuentra en la incómoda situación de no poder satisfacerla, por causas que no comprende. ¿Se trata, quizás, de una bruja? Gravemente ofendida, la joven escribe a Polieno la siguiente carta:

"Circe a Polieno, salud. Si yo fuera una mujer libidinosa, me quejaría de haber sido defraudada; ahora hasta te doy las gracias por tu languidez. He jugado más largo tiempo a la sombra del placer. Sin embargo, te pregunto qué haces y si has llegado a tu casa por tus propios pies. Te prevengo, joven, ¡cuidado con la parálisis! Nunca he visto a un enfermo en tan grave peligro. ¡Por Júpiter, has muerto ya en parte! Y si el mismo frío que aqueja tu sexo llega a palpar tus rodillas y tus manos, puedes ya mandar llamar a los tocadores de trompeta. ¿Qué decir pues? Aun cuando he recibido una cruel afrenta, eres, con todo, demasiado desgraciado para que pueda negarte el remedio."

Cuando la esclava se dio cuenta de que había acabado ya de leer esta burla, me dijo: —Accidentes como el tuyo no son raros, y menos aún en esta ciudad. Así pues, cuidaremos también de este asunto. Escribe, tan sólo, una carta de contestación bien cariñosa a mi señora, e intenta recuperar sus favores con una confesión franca y cortés de tus errores. Pues, a decir verdad, desde el momento en que sufrió la afrenta, está fuera de sí. Yo obedecí muy a gusto a la criada, y escribí en las tablillas la siguiente nota:

"Salud.

"Te lo confieso, reina mía (...) Tienes ante ti al reo confesándose culpable: lo que tu me ordenares lo he merecido: busca un castigo que sea adecuado a estos crímenes. Si decides mi muerte, voy con mi espada; si te bastan los azotes, corro desnudo a mi señora. Pero acuérdate tan sólo de una cosa, que no pequé yo, sino mis instrumentos. Soldado dispuesto a luchar, no encontré mis armas. No se quién fue el aguafiestas. Tal vez la imaginación se adelantó a la lentitud del cuerpo; tal vez la fuerza misma del deseo ahogó antes de hora la pasión. No me explico lo que me ha ocurrido. Me aconsejas que me guarde de la parálisis: ¡como si pudiera sobrevenirme una parálisis mayor que la que me ha robado los medios de poseerte por entero! En una palabra, mi excusa se reduce a esto: yo te daré placer, si me permites enmendar mi falta."

ISAAC BASHEVIS SINGER, *La Imagen*

Una lección de cortesía conyugal

De todo hay en la Viña del Señor y nunca digas de esta agua no he de beber. Por lo tanto, en lugar de burlarnos descortésmente de los cornudos conscientes, bien podríamos tomar ejemplo de la fina cortesía con la que este marido admite y acepta a los amantes de su esposa y aun llega a trabar una relación de simpática amistad con alguno de ellos. En todas las circunstancias de la vida es mucho mejor poder afrontar la realidad con aplomo y buenos modales y la cornudez no es por cierto una de las menos comprometidas. Cómo ser engañado/a y cortés al mismo tiempo es un tema tan vasto que insumiría seguramente otro libro. Entretanto, aquí va esta breve y deliciosa muestra de inesperada etiqueta.

Subí por las escaleras pintadas, golpeé, y una mujer pequeña, pelirroja como fuego y ojos verdes de gata me abrió la puerta. Quedé de pie en el umbral mientras ella me miraba de arriba abajo, inspeccionándome como si estuviese por convertirme en su mayordomo. Sus

dientes eran escasos pero más fuertes que los de un perro. Más adelante la vi partir nueces con ellos. Le dije que me enviaba Jázkele y una sonrisita le iluminó el rostro. Le miré las manos y sentí una punzada de deseo. Algunos hombres se jactan de ser capaces de distinguir a una mujer por sus ojos, otros pretenden que se adivina todo por la forma de su boca. Yo lo puedo descubrir todo por las manos (...) También me gustan los dedos y las uñas cortas. Ella estaba frente a mí vestida con un delantal que le llegaba hasta las rodillas, un vestido de entrecasa corto y pantuflas con pompones.

Sus rodillas eran filosas como las de un niño. Le eché una mirada y supe que sería mía.

Media hora más tarde nos besábamos. Caímos sedientos uno sobre el otro. Oprimió su boca contra la mía como si se tratase de devorarla. Ya en la cama me preguntó "¿Cómo te llamas?" Le dije: "Isaac" y ella dijo "No me gusta Isaac. Te llamaré Potrillo, porque eres joven y fuerte y saltas como un potrillo", y así fue. Me quedé ocho años. (...)

Su marido, Antshel, sabía muy bien lo que pasaba. En una ocasión en que se topó conmigo en la taberna de Lazar y bebimos un trago, se volvió locuaz: "¿Cómo llamas a los dos maridos de una misma mujer?" me preguntó. "Cuñados", contesté, agregando: "Pero esa es una denominación estúpida. Somos más bien como hermanos". Él siguió entonces: "Potrillito, ahora que el gato está fuera de la bolsa, ¿qué me dices de nuestra mujercita. ¿Alguna vez has visto algo mejor?" Y yo le dije "Jamás he visto ni veré". Él me dijo "Ella dice lo mismo acerca de ti. Sólo hay un Dios y un Potrillo. El año pasado, cuando te metieron entre rejas, ella quiso enseñarme tus trucos, pero no tengo paciencia para esta clase de juegos. ¿Celoso? ¿Cómo puedo estar celoso? Ella me lo dijo desde que comenzó "No soy una santa, me gustan los hombres". Y no somos los únicos que tiene. Cuando encuentra a un hombre, enseguida quiere probarlo. Sostiene que si el Rey Salomón podía tener un millar de esposas, ella bien puede tener mil maridos".

Esa tarde quedamos en relación tan estrecha que brindamos por nuestra fraternidad. De cualquier modo, cuando se está enamorado de alguien, no se puede estar por encima de todo. Un hombre no es de piedra, por mucho que se parapete. A uno le duele si se entera que su amada anda por ahí durmiendo con otros. Pero si no tiene opción, sufre y aguanta, como se dice. Uno puede acostumbrarse a todo. Se puede vivir y amar con una úlcera en el estómago. Se puede bailar con dolor de muelas.

El Cantar de los Cantares

Los más exquisitos elogios y alabanzas de este mundo

Nada como la gran poesía universal para encontrar ejemplos adecuados de elogios y alabanzas para antes y para después. Si usted no posee por sí mismo/a la inspiración adecuada, no le tema al plagio, encontrará aquí y allá maravillosos halagos para repetir en el oído de su elegido/a. Si se trata de frases poéticas que exceden los límites de su lenguaje habitual, todo está en encontrar el tono adecuado para decirlas. Para los caballeros propongo un bajo sonido cavernoso; para las damas, un exquisito susurro. Como siempre,

se trata de practicar delante del espejo para adecuar la expresión facial a términos y expresiones que no acostumbramos a decir naturalmente. Aunque si se opta por el más breve y directo camino de la orejita, las prácticas se pueden realizar en cualquier lugar, sin necesidad de estar mirándose en el espejo la cara de tonto/a que uno puede llegar a poner en una situación así. Nótese cómo el rey Salomón no teme comparar a su amada con sus otras sesenta reinas, ochenta esposas de segundo orden e innumerables doncellitas.

¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Como de paloma, así son tus ojos, además de lo que dentro se oculta, como cinta escarlata tus labios, dulce tu hablar. (...) Como roja corteza de granada, tales son tus mejillas, además de lo que dentro se oculta. (...) tus pechos son como dos cabritos mellizos, que están paciando entre blancas azucenas hasta el caer del día y el declinar de las sombras. Subiré a buscarte al monte de la mirra y al collado del incienso. Toda eres hermosa, amiga mía: no hay defecto alguno en ti. (...)
¡Cuan bellos son tus amores, hermana mía, esposa mía! Más agradables son que el vino exquisito, y la fragancia de tus perfumes o vestidos excede a todos los aromas. Son tus labios, ¡oh esposa mía!, un panal que destila miel; miel y leche tienes debajo de la lengua y es el olor de tus vestidos como olor de suavísimo incienso. Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía, huerto cerrado, fuente sellada, tus plantas forman un vergel delicioso de granados, con frutos dulces como de manzanos.

Ya he venido a mi huerto, hermana mía, esposa mía, ya he tomado la mirra con mis aromas y he comido mi panal con la leche mía; bebido he mi vino como leche. Sesenta son las reinas, y ochenta las esposas de segundo orden e innumerables las doncellitas. Pero una sola es la paloma mía, la perfecta mía, la esposa. Viéronla las reinas y demás esposas y la colmaron de alabanzas: ¿quién es ésta, dijeron, que va subiendo cual aurora nacida, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla?

NICHOLAS BAKER, *Vox*

Tecnología del amor cortés

Si hay y hubo siempre tantas y tan variadas formas de manifestar la pasión por escrito, qué decir de nuestro loco tiempo actual en el que innumerables medios tecnológicos nos permiten expresarnos y llegar a nuestro/a cortejado/a de las más diversas maneras. Nicholas Baker, en *Vox*, reproduce una larga conversación telefónica en la que dos contrincantes se seducen y excitan de todas las formas posibles a través de la voz y de la imaginación. Pero a la vez uno de ellos nos relata en este fragmento cómo lleva a cabo una idea que en otros tiempos hubiera resultado inimaginable. Personalmente no considero que su acción resulte totalmente cortés, pero para conocer a fondo el efecto que podría causar, sería necesario enterarse un poco más de las características personales de la dama a la que va dirigido el extraño mensaje.

Decidí que lo que tenía que hacer era sacarme una fotocopia del pito, bueno, no, dos fotocopias del pito, una antes de usarlo y otra después de usarlo, y dejarlas ahí, encima de su mesa.

—¿Qué pretendías conseguir con eso?

—Bueno, más que nada quería que viese mi pija, pero claro, no iba a sacármela delante de ella... Me hacía falta cierta distancia, bueno, ja ja, somos personas civilizadas y tenemos una cierta edad, la cosa no pasa del papel. Total. Pero no te creas que es tan fácil fotocopiar el propio pito. Es un deporte que se practica mucho en las oficinas, me consta, pero hay que ponerse a hacerlo para saber lo que cuesta. (...) Tenía que empezar por conseguir algo lo más parecido posible a una erección, ahí, delante de la fotocopidora, en una oficina desierta, un día de fiesta. Me puse a pensar en ella mirando la fotocopia de mi pija, el lunes próximo, y diciéndose en un principio, caray, qué tipo más chiflado, pero luego dándose cuenta de que no tenía más remedio que mirarla y requete mirarla, sin poder apartar los ojos de aquella imagen concreta de mi pija, saliéndose del papel, y la metía en algún archivo secreto, junto con las notas internas de los asteriscos con los que le anunciaba que me había masturbado pensando en ella, y alguna noche que se quedara trabajando hasta tarde pasaría sus larguísimos brazos por la parte de abajo del cajón y sacaría la carpeta de los asteriscos y empezaría a pasar hojas, asteriscos y más asteriscos hasta llegar a la fotopija. Así se me puso dura y quedaba superado el primer obstáculo. A continuación había que situar la pija en el cristal, pero, ¿qué ocurre?, que la fotocopidora que tenemos en la oficina, que no me gusta nada, pero son demasiado roñosos para comprarse una máquina decente, la fotocopidora que tenemos en la oficina está diseñada de modo que el papel normal hay que ponerlo de lado, en mitad del cristal, entre las dos marcas. ¿Sabes lo que te digo, no?

—Sí.

—Total, que el problema era que en una hoja de ocho y medio por once pulgadas no me iba a salir más que una rodajita de la punta del pito. Siempre podía ponerme a horcajadas encima de la máquina, claro, pero eso era ya pasarse de ridículo. Al final, acabé reproduciéndome el pito con una reducción del sesenta por ciento, porque el ajuste máximo de reducción utilizaba toda la zona del cristal adonde me alcanzaba el aparato, y me quedó algo de aspecto vagamente obsceno, aunque a escala reducida en su conjunto. Parecía una choza, toda chiquitita a media altura del lado derecho de la página. Escribí 70 % DE REDUCCIÓN en la copia. Pero, evidentemente, había que dejar de lado mi plan de sacudírmela a toda prisa y hacer una segunda copia porque el pito, ya menguado, ni por el forro iba a alcanzar el punto donde empezaba el cristal, más allá de la franja de plástico. Pero ahora estaba ya enloquecido con la idea de hacer por aquella mujer algo en lo que quedara algún vestigio de humor, para que pudiera decirse "es una broma", pero que no dejara de transmitir en toda su plenitud la idea de que ese fin de semana había estado solo en la oficina, con una tremenda erección, pensando en ella.

MILÁN KUNDERA, *La insoportable levedad del ser*

Improvisación y modus operandi

Bien: no me cansaré de repetir que es imposible en esta sutil materia establecer reglas fijas que sirvan para cada situación. El caballero o la dama realmente refinados deben llegar a dominar el concepto general de la cortesía para poder emplearlo de manera muy distinta en cada una de sus aplicaciones prácticas. Tomás, el personaje de Milán Kundera, afirma haberse acostado con unas doscientas a doscientas cincuenta mujeres. Siendo un experto, de impecable cortesía, sin duda se ha visto obligado a improvisar más de una vez, a partir de un *modus operandi* general. En esta ocasión, lo vemos precisamente en una situación en la que su propuesta habitual para desvestirse es desoída y tiene que enfrentar a una dama que le hace frente. Como su placer personal consiste en un absoluto dominio de la situación, veamos cómo se las arregla Tomás para revertir el problema sin la menor descortesía de su parte.

Las curiosas desproporciones de la mujer parecida a una jirafa y a una cigüeña seguían excitándolo cuando se acordaba de ella: la coquetería unida a la torpeza; el sincero deseo sexual complementado por una sonrisa irónica; la vulgaridad convencional de la casa y la no convencionalidad de su propietaria. ¿Cómo será cuando hagan el amor? Trataba de imaginárselo pero no era fácil. Se pasó varios días sin pensar en otra cosa.

Cuando ella lo llamó por segunda vez, el vino ya estaba dispuesto encima de la mesa con las dos copas. Pero esta vez todo fue muy rápido. Pronto estuvieron los dos en el dormitorio (en el cuadro de los abedules se ponía el sol) besándose. Le dijo su habitual "Desnúdese" pero ella, en lugar de obedecerle, le respondió: "¡No, usted primero!"

No estaba acostumbrado a aquello y se quedó un poco perplejo. Empezó ella a quitarle los pantalones. Él volvió a darle varias veces la orden (su fracaso resultaba cómico) de que se desnudase, pero al final no le quedó más remedio que aceptar un compromiso; de acuerdo con las reglas del juego que ya le había impuesto la vez pasada ("Lo que usted me hace a mí, yo se lo hago a usted"), ella le quitó el pantalón y él la falda, luego le quitó ella la camisa y él la blusa, hasta que al fin los dos estuvieron desnudos, frente a frente. Él tenía la mano en su húmedo sexo y deslizó luego los dedos hasta el orificio anal, que era lo que más le gustaba en el cuerpo de todas las mujeres. El de ella era especialmente saliente, de modo que le recordaba de un modo muy sugerente la imagen del largo tubo digestivo que termina allí y apenas sobresale. Palpó ese firme y sano círculo, la más hermosa de todas las sortijas, denominada en el idioma médico esfínter, y de pronto sintió los dedos de ella en el mismo lugar de su propio trasero. Repetía todos sus gestos con la precisión de un espejo.

A pesar de que, como ya dije, él había conocido a unas doscientas mujeres (y desde que había empezado a lavar ventanas aquel número había aumentado bastante), nunca le había sucedido que una mujer más alta que él, de pie delante de él, entornara los ojos y le palpara el orificio anal. Para superar su perplejidad la empujó rápidamente hacia la cama.

Su movimiento fue tan brusco que la sorprendió. Su alta figura caía de espaldas, con la cara cubierta de manchas rojas y la expresión asustada de quien ha perdido el equilibrio. De pie frente a ella, tomó por debajo de las rodillas sus piernas ligeramente abiertas y las

levantó, de modo que de pronto parecían las manos levantadas de un soldado que se rinde temeroso ante un arma a punto de disparar.

La torpeza unida al fervor, el fervor unido a la torpeza excitaron maravillosamente a Tomás. Hicieron el amor durante mucho tiempo. Tomás observaba mientras tanto su cara cubierta de manchas rojas, buscaba en ella esa expresión asustada de mujer a la que alguien le ha hecho una zancadilla y cae, una expresión inimitable que hace un rato le había hecho subir a la cabeza la sangre de la excitación.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *El amor en los tiempos del cólera*

El arte de desvestir al prójimo

Como otros famosos personajes de la literatura universal (entre ellos la bella Sabina, en "La insoportable levedad del ser", de Milán Kundera, que recibía a su amante usando sólo un sombrero en la cabeza), la mujer de esta breve historia recibe a sus amantes completamente desnuda. Ésta es una buenísima idea a imitar para quienes pretendan dominar acabadamente el difícil arte de desvestir y desvestirse. Si están ya apropiadamente desnudos/as cuando el otro llega, pueden dedicarse sin dificultades ni trabas personales a la compleja tarea de desvestirlo/a. Una tarea que la ropa actual ha hecho más sencilla pero que sigue siendo todo un desafío para el amante cortés. Resolución inmediata y gran velocidad es lo que nos propone aquí la atractiva Ausencia.

Ausencia Santander tenía casi cincuenta años y se le notaba, pero también tenía un instinto tan personal para el amor, que no había teorías artesanales ni científicas capaces de entorpecerlo. Florentino Ariza sabía por los itinerarios de los buques cuándo podía visitarla y siempre iba sin anunciarse a la hora que quisiera del día o de la noche y no había una sola vez en que ella no estuviera esperándolo. Le abría la puerta como su madre la crió hasta los siete años: desnuda por completo, pero con un lazo de organza en la cabeza. No lo dejaba dar un paso más antes de quitarle la ropa, porque siempre pensó que era de mala suerte tener un hombre vestido dentro de la casa. Esto fue causa de discordia constante con el capitán Rosendo de la Rosa, porque él tenía la superstición de que fumar desnudo era de mal agüero, y a veces prefería demorar el amor que apagar su infalible cigarro cubano. En cambio, Florentino Ariza era muy dado a los encantos de la desnudez, y ella le quitaba la ropa con un deleite cierto tan pronto como cerraba la puerta, sin darle tiempo siquiera de saludarla, ni de quitarse el sombrero ni los lentes, besándolo y dejándose besar con besos desgranados, y soltándole los botones de abajo hacia arriba, primero los de la bragueta, uno por uno después de cada beso, luego la hebilla del cinturón y por último el chaleco y la camisa, hasta dejarlo como un pescado vivo abierto en canal. Después lo sentaba en la sala y le quitaba las botas, le tiraba de los pantalones por los pernils para quitárselos al mismo tiempo que los calzoncillos largos hasta los tobillos, y por último le desabrochaba las ligas elásticas de las pantorrillas y le quitaba las medias. Florentino Ariza dejaba entonces de besarla y de dejarse besar para hacer lo único que le correspondía en aquella ceremonia puntual: soltaba el reloj de leontina del ojal del chaleco y se quitaba los lentes, y metía ambas cosas en las botas para estar seguro

de no olvidarlas. Siempre tomó esa precaución, siempre sin falta, cuando se desnudaba en casa ajena.

Apenas acababa de hacerlo cuando ella lo asaltaba sin darle tiempo de nada, ya fuera en el mismo sofá donde acababa de desnudarlo, y sólo de vez en cuando en la cama. Se le metía debajo, y se apoderaba de todo él para toda ella, encerrada dentro de sí misma, tanteando con los ojos cerrados en su absoluta oscuridad interior, avanzando por aquí, retrocediendo, corrigiendo su rumbo invisible, intentando otra vía más intensa, otra forma de andar sin naufragar en la marisma de mucílago que fluía de su vientre, preguntándose y contestándose a sí misma con un zumbido de moscardón en su jerga nativa dónde estaba ese algo en las tinieblas que sólo ella conocía y ansiaba sólo para ella, hasta que sucumbía sin esperar a nadie, se desbarrancaba sola en su abismo con una explosión jubilosa de victoria total que hacía temblar el mundo.

NAPOLEÓN BACCINO PONCE DE LEÓN, *Maluco -La novela de los descubridores*

Ejercicio de malos modales

Le propongo conocer aquí a la duquesa Rosinalda, una verdadera artista en el misterioso arte de exhibirse, mostrando y ocultando como pocos y pocas saben hacerlo. Sin embargo, no puedo menos que hacer notar varias graves faltas de cortesía, unas de parte del rey de los hungarios, el cruel y enamorado Cacavus, y las otras de parte de Rosinalda misma. Pero no le diré cuáles son: como ejercicio, le propongo descubrirlas por sí mismo/a.

Cercada su heredad, la duquesa Rosinalda, temiendo por la vida de sus hijas, mandó decir a su enemigo que le ofrecía su hermoso cuerpo a cambio de un tratado (...) El rey contestó que consideraba desigual ese trato, porque ninguna mujer valía tanto. Pero Rosinalda no se dio por vencida y empezó a pasearse desnuda entre las almenas a la vista del ejército de Hungría. Y enseñaba con tal habilidad sus encantos, que sus apariciones causaban gran confusión entre los sitiadores. Rosinalda se descubría un seno y el combate cesaba. Los hombres de la vanguardia quedaban como petrificados y los que peleaban a la retaguardia corrían, desoyendo las órdenes al pie de la muralla. Y hasta a los encargados de cuidar el campamento, embriagados por el aroma a perfume de oriente y a leche de aquel seno, abandonaban sus puestos. Otras veces, ocultando su cuerpo tras una almena, Rosinalda enseñaba sus blancas nalgas; y los hungarios se herían entre sí causándose numerosas bajas. Hasta que al tercer día, la duquesa se levantó con gracia la falda de terciopelo rojo y enseñó con desparpajo el sexo. Aquella mata de pelos negros enmarcada en una suerte de tiara de perlas y semicubierta por una tela transparente en la que brillaban diamantes y rubíes, lucía como la más preciada de las joyas. Entonces Cacavus ya no pudo más y mandó decir a la duquesa que levantaría el cerco a cambio de poder gozar de su cuerpo. Al atardecer, al frente de una imponente comitiva, el rey Cacavus entró en el castillo y fue conducido a la recámara de la duquesa donde le aguardaba el botín.

Pero Rosinalda era mujer virtuosa que había jurado fidelidad a su marido, cruzado en Jerusalem. Y estaba dispuesta a cumplir el juramento. Así que se puso carne de pollo bajo las tetas, untó su sexo con grasa de carnero y vistió sus mejores galas. Lucía como una fruta madura con aquel vestido color durazno; pero olía como el diablo. Cacavus al verla se excitó muchísimo, pero como tanta belleza le imponía una suerte de respeto, se quedó

inmóvil en la puerta. "Ven por tu recompensa", le dijo Rosinalda con su voz más insinuante. Entonces Cacavus avanzó hacia el lecho, se quitó las armas y arneses, el jubón y las botas, y se arrojó en sus brazos. Pero apenas pegó aquellos sus grandes labios de hungario entre los pechos de Rosinalda, el hedor le hizo apartarse.

GEORGES BATAILLE, *Historia del ojo*

Prestigiosos consejos para una orgía espontánea

Para cualquiera que se proponga organizar una orgía elegante, aquí van un par de ideas que un buen anfitrión debería tener en cuenta. Sobre todo, se trata de contar con uno o dos de los invitados que deben estar dispuestos a dar el ejemplo. El tema de las apuestas que se desarrolla en el texto es muy característico de todas las orgías y puede estar presente en las más finas, a pesar de ser algo trillado. Resulta casi un alivio encontrarse con una orgía tan agradable, aun con sus momentos de arrepentimiento y desdicha o, simplemente, desdicha (también bastante típica de cualquier orgía que se precie) después de haber pasado por las orgías tan estudiadamente organizadas por los personajes de Sade, que nada tienen de espontáneas porque sus participantes no son exactamente invitados sino más bien esclavos. No se trata de que el autor tenga una idea alegre del sexo (de hecho, si usted leyera un poquito más, descubriría que NO la tiene) pero al menos hasta aquí su orgía ha resultado bastante elegante y es casi un dechado de buenos modales.

Además de Marcelle, había tres hermosas jóvenes y dos muchachos; el mayor no tenía diecisiete años. La bebida produjo un efecto violento, pero, con excepción de Simone y de mí, nadie se había alterado según nuestro deseo. Un fonógrafo vino en nuestra ayuda. Bailando sola un ragtime endiablado, Simone enseñó sus piernas hasta el culo. Las demás jóvenes, invitadas a seguirla, estaban demasiado alegres para negarse. Y llevaban sin duda bragas, pero no ocultaban gran cosa. Sólo Marcelle, ebria y silenciosa, no quiso salir a bailar.

Simone, que simulaba estar completamente borracha, estrujó una servilleta y, elevándola, propuso una apuesta:

—Apuesto —dijo— a que hago pis en la servilleta delante de todo el mundo.

Era en principio una reunión de jovencitos ridículos y parlanchines. Uno de los muchachos la desafió. La apuesta fue fijada a discreción. Simone no vaciló un segundo y empapó la servilleta. Pero su audacia la desgarró hasta la médula. Tanto que los jóvenes, enloquecidos, empezaban a delirar.

—Ya que es a discreción —dijo Simone al perdedor, con voz ronca— te quitaré los pantalones delante de todo el mundo.

Cosa que se hizo sin dificultad. Fuera el pantalón, Simone le quitó la camisa (para evitarle hacer el ridículo). De momento, nada grave había ocurrido: Simone apenas había acariciado levemente con una mano el sexo de su amigo. Pero ella no pensaba más que en Marcelle, quien me suplicaba que la dejara partir.

—Hemos prometido no tocarte, Marcelle. ¿Por qué quieres marcharte?

—Porque sí—respondió obstinadamente (Una cólera pánica se apoderaba de ella.)
De pronto, Simone cayó a tierra con gran terror para los demás. La agitaba una confusión siempre más demente, la ropa en desorden, el culo al aire, como presa de epilepsia, y , rodando a los pies del muchacho a quien había quitado los pantalones, balbuceaba palabras sin sentido.

—Méame encima... Aféame en el culo... —repetía con una especie de sed.

Marcelle miraba fijamente: se sonrojó hasta la sangre. Sin verme, me dijo que quería quitarse la ropa. Se la quité y después la liberé de sus prendas interiores; conservó el ligero y las medias. Dejándose apenas masturbar y besar en la boca por mí, atravesó la habitación como una sonámbula y llegó hasta un armario normando, donde se encerró. (Había murmurado unas palabras al oído de Simone.)

Quería masturbarse en aquel armario y suplicaba que la dejásemos sola.

Es preciso decir que estábamos todos borrachos y trastornados los unos por la audacia de los otros. Una joven se la chupaba al muchacho desnudo. De pie y con las faldas levantadas, Simone frotaba sus nalgas contra el armario donde oíamos a Marcelle masturbarse con un violento jadeo.

De repente, ocurrió algo demencial: un ruido de aguas seguido de la aparición de un hilillo de líquido que se escapaba de la ranura inferior de la puerta del mueble. La desdichada Marcelle se meaba en su armario al gozar. El estallido de risa ebria que siguió degeneró en una orgía de cuerpos caídos, piernas y culos al aire, faldas mojadas y leche.

Los cuentos de Sendeban (anónimo)

La cortesía ¿es siempre en beneficio del prójimo?

En la Edad Media circulaban varias recopilaciones de cuentos y entre otras, estos "Cuentos de Sendeban", que fueron editados, poco después de la invención de la imprenta, en muchos idiomas. Si la cortesía consiste siempre en pensar en la alegría y comodidad de la persona que está con nosotros, no podría decirse que la mujer que participa en esta historia se ha mostrado del todo cortés con su marido. Pero también hay que tener en cuenta la regla de oro: la cortesía bien entendida empieza siempre por uno mismo y no se trata de autoinmolarse (a menos que a uno se le dé la real gana) sólo para placer del compañero. El caballero de este cuento no obtiene todo lo que podría haber deseado, pero tiene en cambio a su lado un verdadero tesoro: una mujer inteligente. Aunque, por supuesto, siempre hay quienes piensan todo lo contrario.

Un demonio le concedió a un hombre tres encantamientos.

Se lo contó el hombre a su mujer diciéndole:

—Esto me ha dicho el demonio. ¿Qué me aconsejas que pida?

Ella respondió:

—Prueba con un encantamiento y si se cumple sabremos qué hemos de pedir.

—¿Con qué pruebo? —preguntó él. Dijo ella:

—*Tu sexo te da mucho placer. Y es uno solo. ¿Cuánto no gozarías si tuvieras muchos?*
El hombre pidió que se llenara su cuerpo de penes. Y el deseo se cumplió. Viéndose cubierto de penes de la cabeza a los pies, el hombre dijo a su mujer:
 —*¿Qué es lo que me has hecho? Replicó ella:*
 —*Pide como segundo encantamiento que retire todos los penes de ti.*
El hombre lo pidió y, en efecto, todos los penes se retiraron de él, incluso el original, de modo que se convirtió en eunuco. Dijo el hombre:
 —*¿Qué es lo que has hecho? ¿No me ha quedado ni siquiera uno!*
Ella sugirió:
 —*He aquí que en tus manos queda aún otro encantamiento. Invócalo y te devolverá el original.*
Lo pido y su pene le fue devuelto. Dijo el hombre:
 —*¿Qué clase de consejo me has dado? ¿Por qué no me has aconsejado pedir riqueza o sabiduría? Respondió ella:*
 —*Si te hubieras hecho rico y sabio, enseguida me habrías dejado y habrías tomado otra mujer mejor que yo.*

FIERRE DE BOURDEILLES, SEÑOR DE BRANTOME, *Las damas galantes*

Lo que jamás debe insinuarse a ninguna dama

Fierre de Bourdeilles, el señor de Brantome, nos da en este catálogo de fealdades femeninas una lista sumamente útil de todo lo que NO conviene decirle a una dama. Estos comentarios, perfectamente adecuados para hacer con los amigos en el café, quedan muy feos si se trata de decírselos a la señora en cuestión.

Es más: ni siquiera se aconseja que se hable de ese modo de una dama en presencia de otra. Cualquier mujer normal está convencida de ser un verdadero catálogo de defectos físicos y el hecho de que los hayamos notado en otras la hará pensar que podríamos estar burlándonos en silencio de ella en ese mismo momento. Es de suponer que cuando el autor publicó su libro no tenía ya edad como para gozar de los encantos de ninguna de estas damas. Ni de otras, salvo previo pago en moneda de curso.

Muchas se ven cuyos rostros llenitos y bellos hacen desear sus cuerpos y luego son tan flacas y descarnadas que la tentación no puede durar. Algunas tienen el "hueso atravesado" que llaman, tan descarnado que hace daño. Otras hay cuya piel está manchada, grasienta, rasposa, granujienta.

Sé de una gran dama, y la he conocido, que es peluda, vellosa por el vientre y pecho, en los hombros y en los brazos, como un salvaje.

Otras tienen carne de pájaro o gallo desplumado y negra como el mismísimo diablo.

Otras son opulentas en tetas, sumidas, colgantes más que las vacas dando de mamar a sus terneros.

Otras hay en las que el pezón parece una guinda podrida. Hay otras, bajando más, que tienen el vientre arrugado y mal pulido y esto sucede a las que han tenido hijos y no han sido bien asistidas en el parto ni untadas con grasa de ballena.

Y otras, para seguir bajando, tienen el negocio repulsivo y desagradable. Algunas tienen el pelo nada rizado pero tan largo y pendiente que se diría el bigote de un sarraceno y, sin embargo, no lo cortan. He oído hablar de otra bella y honesta dama que los tenía tan largos que se los trenzaba y rizaba y emperejilaba con cintas y cordones de varios colores y así lo presentaba a sus maridos y amantes.

Gran cuidado y no poco de lujuria había en esto, pues como ella no podía hacer sola toda esta faena del rizado, preciso era que una de sus doncellas de más confianza la ayudase.

Otras, por el contrario, gustan de tenerlo raso como barba de fraile.

Otras no tienen pelo alguno, lo que es mala señal; otras tienen muy poco.

Otras tienen la entrada tan grande, vaga y ancha, que parece el antro del Silabo. De algunas y grandes he oído hablar que lo tienen más ancho que una muía; y una entre otras que se pasaba el día procurando estrechárselo, pero llegada la noche se lo ensanchaban doble.

Sé de una gran dama que el rey llamaba pan de cono según lo tenía de ancho y grande y no sin razón, pues se lo hizo muchas veces explorar y medir por muchos medidores y aunque de día estudiaba el modo de estrechárselo, a la noche se lo abrían de nuevo. Tal la tela de Penélope, que se pasó la vida en tejerla y destejerla, hasta que se dejó de artificios y se dedicó a buscar los más gruesos calibres.

GIOVANNI BOCCACCIO, *Decamerón*

Cuestiones de nomenclatura

Que las comparaciones han estado a la orden del día desde que el mundo es mundo y desde que el hombre es hombre y posee un lenguaje, está ampliamente comprobado en la literatura erótica de todos los tiempos. Si hoy se le llama la viborita o el gatito, en todos los tiempos han existido diversas formas de mencionar a los órganos sexuales y en muchos casos con el bien definido propósito de hacer reír.

Me han contado algunos nativos que los chistes típicos de la infancia, los primeros chistes verdes de los argentinos, se basan precisamente en ese juego de nomenclaturas. Por ejemplo, aquella vieja historia de que "Napoleón entró en Francia tocando los tambores", un efecto final que para un adulto no necesita traducción. O ese hombre pelirrojo que aparece cada vez con más y más hijos en los sucesivos actos de una obra teatral que termina por llamarse "El gran cañón del Colorado".

La proveya antigüedad de estas bromas se revela en este simpático juego de *El Decamerón* de Bocaccio, escrito durante el Renacimiento. Así como en "Las mil y una noches" hay largas listas de las mil y una maneras en las que es posible llamar a cada una de las partes en conflicto y sobre todo al conflicto mismo, aquí el ermitaño se aprovecha de la inocencia

de la hermosa joven, dándoles simplemente el nombre más ajustado a las necesidades espirituales de ella.

Claro que la historia terminará teniendo graves consecuencias para quien ha despertado a semejantes poderes del Mal... ¿O del Bien?

La hermosa Alibech, de sólo catorce años, huye de su casa y se encamina al desierto a fin de convertirse en ermitaña para mejor servir a Dios. Se encuentra con un ermitaño que le da alojamiento pero, vencido por la tentación, no puede evitar seducirla. La niña es totalmente inocente.

El ermitaño le mostró con muchas palabras cuan enemigo de Dios era el diablo, y después le dio a entender que el servicio más grato a Dios era meter al diablo en el Infierno, al cual Dios lo había condenado.

La jovencita le preguntó cómo se hacía eso y el ermitaño le dijo:

—Pronto lo sabrás y para ello harás lo que a mí me veas hacer.

Comenzó a despojarse de las pocas ropas que llevaba y se quedó completamente desnudo y lo mismo hizo la muchacha; arrodillóse como si quisiera rezar e hizo que ella se pusiera frente a él. Mientras estaban así, más inflamado que nunca el deseo del hombre al verla tan hermosa, se produjo la resurrección de la carne; mirándola, Alibech dijo maravillada:

—Ermitaño, ¿qué es esa cosa que se te sale hacia afuera y que yo no tengo?

—¡Oh, hija mía! —dijo él—, Es el diablo del que te he hablado; ya ves, me causa grandísima molestia, tanta que apenas puedo aguantarla.

—¡Oh, alabado sea Dios, que veo que estoy mejor que tú porque no tengo ese diablo! —dijo la joven.

—Dices bien, pero tienes otra cosa que yo no tengo, y la tienes en lugar de esto: tienes el infierno. Y te digo que Dios te ha mandado aquí para la salvación de mi alma porque, aunque este diablo me atormente, si tienes piedad de mí y sufres que lo meta en el infierno, me darás grandísimo consuelo y a Dios grandísimo placer y servicio, si has venido a estos lugares para hacer lo que dices.

La joven, que jamás había metido a ningún diablo en el infierno, la primera vez sintió un poco de dolor, por lo que dijo al ermitaño:

—Por cierto padre mío, mala cosa debe ser este diablo y verdaderamente enemigo de Dios, pues hasta al infierno y no a otros, le duele cuando lo meten adentro.

—Hija, no siempre ocurrirá así —dijo el ermitaño.

Y para hacer que no ocurriese, seis veces lo volvieron a meter antes de moverse de la yacija, tanto que por aquella vez le arrancaron la soberbia de la cabeza que de buena gana se quedó tranquilo.

En los días subsiguientes retornó la soberbia varias veces y la joven, siempre obediente, se dispuso a quitársela; y sucedió que el juego empezó a gustarle por lo cual con frecuencia se dirigía al ermitaño y le decía:

—Padre mío, he venido aquí para servir a Dios y no para estar ociosa: vamos a meter al diablo en el infierno.

Al invitar la joven tan frecuentemente al ermitaño y animarlo al servicio de Dios, el hombre, que de raíces y de hierba y de agua vivía, pronto no pudo responder a los convites y por eso empezó a decir a la joven que no había que castigar al diablo, ni meterlo en el infierno sino cuando, por soberbia, levantara la cabeza: "Y nosotros, por la gracia de

Dios, tanto lo hemos desganado que ruega a Dios quedarse en paz"; y así impuso algún silencio a la joven. Ésta, cuando vio que el ermitaño ya no le pedía meter el diablo en el infierno, le dijo un día:

—Ermitaño, si tu diablo está castigado y ya no te da tormento, a mí mi infierno no me deja tranquila: conque bien harás si con tu diablo me ayudas a calmar la furia de mi infierno, como yo con mi infierno te ayudé a aquietarle la soberbia a tu diablo.

OVIDIO, *El arte de amar*

Perfeccionar talentos naturales

Poco se ha inventado en los últimos 2000 años acerca de la cortesía sexual. En rigor, las bases son aproximadamente las mismas, con algunas variantes exigidas por la tecnología de la época. Así, el libro de Ovidio difiere apenas de este volumen en algunos detalles. Por ejemplo, en lugar de pasacalles o correo electrónico, aconseja a las señoras intercambiar con sus amantes mensajes escritos en tablillas de cera, con la ventaja de que esos mensajes se borran fácilmente y la tablilla queda lista para volver a usar. Exactamente igual que en la computadora. En este fragmento, el maestro Ovidio aconseja a los caballeros la degustación del vino añejo, es decir, la dulce experiencia de las señoras de cierta edad. Y termina dando cátedra, quizás con cierta falta de flexibilidad, en cuanto a la conveniencia de que los dos barcos lleguen a puerto al mismo tiempo. Si se me permite disentir con semejante autoridad, considero que no hay ningún inconveniente en que uno de los dos llegue primero si tiene la elegante cortesía de esperar y conducir convenientemente al otro. Incluso a veces es mejor que uno de los dos se tome las cosas con más calma.

Las mujeres que empiezan a envejecer son más hábiles en las artes amatorias; tienen experiencia, que es la única que perfecciona los talentos. Con los afeites reparan los estragos del tiempo y, a fuerza de cuidados, consiguen disimular sus años. Con mil actitudes diferentes, sabrán ofrecerte los variados placeres de Venus; no hay pintura voluptuosa que ofrezca más diversidad. En ellas, el placer nace sin provocación irritante; es este placer tan dulce el que comparten al mismo tiempo ambos amantes. Me desagradan los abrazos que no tienen efectos recíprocos; por ello, las caricias de una adolescente no tienen atracción para mí.

Odio a la mujer que se entrega porque tiene que entregarse y que, fría en el punto culminante del placer, va pensando todavía en su rueda. El placer que me es concedido por deber deja de serme tal, y dispenso a mi amante de cualquier deber hacia mí. En cambio, ¡cuán dulce me resulta oír su voz emocionada expresando el gozo que experimenta y solicitándome que modere mis impulsos para prolongar su felicidad! Me gusta contemplarla, embriagada de voluptuosidad, fijos en mí sus ojos mortecinos o, lánguida de amor, negarse largo rato a mis caricias.

Estas ventajas, la naturaleza no las concede a la juventud; están reservadas a esa edad que sigue al séptimo lustro. Dejo que otros, más impacientes, beban el vino nuevo, para mí, prefiero que me sirvan un vino viejo que date de los tiempos de nuestros antiguos cónsules.

Sólo al cabo de un cierto número de años el plátano puede luchar contra los ardores del sol, y los prados recientemente segados hieren nuestros pies desnudos. ¿Prefieres a Hermiona antes que Helena? ¿Y la hija de Altea superaría a su madre? Si quieres gustar de los frutos del amor en su madurez, obtendrás una recompensa digna de tus deseos, por poco que perseveres.

He aquí que el lecho cómplice de los amores ya ha recibido a los dos amantes. Musa, detente ante la puerta cerrada del dormitorio; aun sin ti, ya sabrán encontrar las palabras empleadas en casos semejantes, y sus manos, una vez en la cama, no restarán ociosas. Sus dedos sabrán moverse en ese misterioso asilo donde el amor prefiere arrojar sus dardos. (...) Si quieres creerme, no te apresures demasiado a llegar al término del placer, sino procura, con hábiles retrasos, alcanzarlo lentamente. Cuando hayas localizado el lugar más sensible, no venga un estúpido pudor a detener tu mano.

Verás entonces cómo brillan sus ojos con trémula luz, parecida a los rayos del sol reflejados por espejo de las olas. Luego llegarán los lamentos mezclados con tierno murmullo, los dulces gemidos y esas palabras irritantes que estimulan el amor. Pero, piloto atolondrado, con el despliegue excesivo de las velas no vayas a dejar atrás a tu amante; tampoco toleres que ella te adelante; bogad al unísono hacia el puerto. La voluptuosidad llega a su punto culminante cuando, vencidos por ella, los amantes sucumben al mismo tiempo.

Ésta debe ser la regla de tu conducta cuando nada te acucia y el temor no te fuerza a acelerar tus placeres furtivos. Si el retraso, en cambio, puede reportarte peligros, entonces, inclinado sobre los remos, boga con todas tus fuerzas y oprime con la espuela los flancos de tu corcel.

*Esta edición de 7.000 ejemplares
Se terminó de imprimir en
Indugraf S.A.
Sanchez de Loria 2251, Bs. As.,
En el mes de noviembre de 1995*